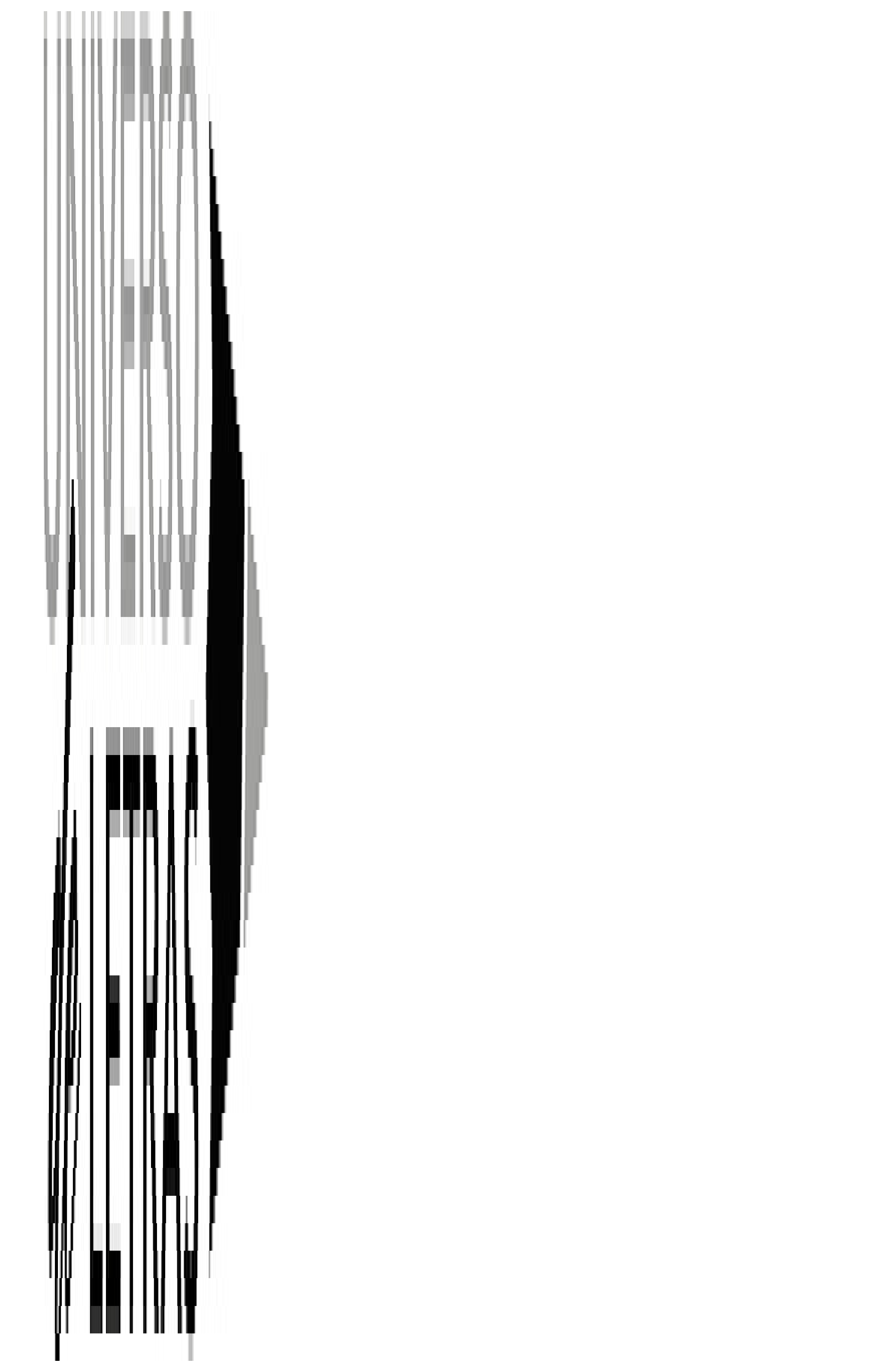
Los años que fuimos invencibles

ALBERTO MARTÍN GARCÍA



Los años que fuimos invencibles

Alberto Martín García



Los años que fuimos invencibles
Alberto Martín García

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Salvador Bustamante Alarma

© Fotografía de autor: Alberto Morala Sanz

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410004177
ISBN eBook: 9788410005990

A mis amigos y amigas:
los que resisten en la batalla
y los que no supieron encontrar el camino de vuelta
cuando llegó la niebla.

Todavía hay falsos recuerdos
Que añoran lo que no pasó
¿Todavía guardas mis secretos?
Los tuyos guardo yo

(Enrique Urquijo,
Sólo ha sido un sueño)

Prólogo

Un balón de fútbol desgastado llega a mis pies. Lo piso con la zurda, tiene la presión adecuada. Miro a los lados y crecen cientos de voces coreando al unísono mi nombre: «¡Santiago, Santiago!». No puedo decepcionarlos, esperan mucho y alguno se habrá dejado el sueldo en la reventa. Los focos me apuntan. Meto la puntera de mi zapatilla debajo del balón, lo elevo y empiezo a dar toques sin que la pelota caiga al suelo: seis, ocho, once, catorce, quince. Algunos con la espuela, otros con la cabeza, el pecho… el cuero me obedece como el anillo de poder a Sauron. Escucho los gritos que ahora se funden en aplausos y…

—Santiago, ¿qué haces? ¿Quieres dar el balón a esos niños y sujetar el carrito de tu hija? —ordena mi mujer.

Si me llama Santiago en vez de Santi es porque está enfadada, abochornada o las dos a la vez. Por mi capacidad para sacarla de sus casillas podría postularme a doctor honoris causa, pero en el fondo me quiere después de doce años esquivando juntos temporales que harían naufragar a otros.

Las palmas se ahogan en el silencio y los vítores son sustituidos por las miradas desconcertadas de un grupo de chavales que espera a que devuelva su balón para seguir jugando. Varios adultos sentados en una terraza contigua, quizás sus padres, también me acusan con una negación y reprueban mi comportamiento sin decir nada, aunque a una señora creo entenderle un «qué bochorno, es peor que los críos». Sigo pisando el balón hacia delante y atrás, moviéndolo despacio, brazos en jarra, camisa por fuera, dudando de cuál es la mejor decisión: dárselo a los niños o preguntarles en qué equipo juego. La única condición es que soy delantero, yo no defiendo y ni hablemos de ser el portero.

—Santiago, ¿estás tonto? Que se lo devuelvas te estoy diciendo.

La presión de Elena surge efecto. Resignado, doy un pase girando el cuello al lado contrario buscando un engaño al rival que convertiría en becario a Michael Laudrup.

—¡Gracias, señor! —grita una niña levantando su pulgar.

Al llamarme señor me incrusta en el pecho dos décadas extra que sumar a la losa de mis cuarenta y cuatro años. Ella quiere que juegue, pero estiro los brazos, derrotado, y señalo con la cabeza a Elena, la culpable suprema de no sumarme a la gran final que es cada pachanga callejera.

Mi hija, sentada en la sillita y con un manantial de migas de gusanitos colonizando su barbilla, me asegura con su risa que está de mi lado. Dos contra uno, mamá, fastídiate.

Seguimos el paseo por la ciudad. Mi mujer me habla de lo que tenemos que comprar en el centro comercial y mi mente se quedó en el partido que no he jugado. Calculo a ojo los lustros que hace que no me pongo unas botas de fútbol… Ah, sí, desde lo de la rodilla, maldito el chaval aquel que pensaba que estaba en la

final de la Champions y malditos los comentarios paternalistas que escuché los seis meses de recuperación: «a tu edad el fútbol es un peligro para las piernas». Lo único que es un peligro es el aburrimiento, quise decirles, y a cambio les contesté que sí, que mejor la natación con gorro de silicona.

Recorremos lugares cotidianos y nos cruzamos con rostros conocidos y otros que lo fueron y cuesta reconocer entre kilos de más y calvicies que no se pueden reparar ni en Turquía. Pasados los cuarenta lo máximo a lo que aspira uno es a que le digan que «sigue igual que siempre», aunque no se especifique si hace referencia al peso, al pelo, a la elegancia o a la estupidez.

Pasamos al lado de la iglesia a la que le rodea un pequeño parque que convertimos de críos en nuestro campo de fútbol de tierra, los de hierba eran para la élite. Ahora el suelo está adoquinado, pero el banco de piedra de enfrente aguanta intacto, ese donde solucionábamos la vida a base de inconsciencia y de probar suerte.

Me paro a saludar a sor María, fiel a su paseo diario para atrasar lo inevitable. Menguada y con las mismas arrugas que portaba cuando, treinta años atrás, entraba en el aula provocando en sus alumnos un miedo que ahora, al darme dos besos y alegrarse por lo bien que me va y por haber formado una familia, resulta ridículo. Me pregunta por el resto de la pandilla, contesto que los veo poco, que están muy ocupados y que les va bien. Que daré recuerdos de su parte cuando el azar nos junte de nuevo. Al verla alejarse pienso en cómo el tiempo mantiene todo en su sitio y a la vez lo transforma tanto como para que aquella inquietud ya no sea más que reconocimiento y comprensión, porque cada decisión que tomó lo hizo por nuestro bien para enseñarnos lo que no se olvida.

El cine, por el que cada viernes pasábamos al regresar del colegio deseando ver las novedades en la cartelera, es una tienda de ropa de una multinacional. En la hamburguesería donde nos juntamos a cenar por última vez los cuatro amigos en 1992, hoy venden carcasas de teléfono móvil y patos de plástico para la bañera. Todos los que pasan por el escaparate afirman convencidos que es una tapadera para blanquear dinero; es su manera de vengarse por habernos robado las mejores hamburguesas de la ciudad.

En el final del paseo marítimo, protagonista de los primeros botellones llenos de culpabilidad y falsa hombría, un chiringuito con copas a nueve euros ocupa la parcela, condenando a los chavales al exilio y a buscarse la diversión en otro espacio que para ellos será el más importante del mundo. El chalet de Wenceslao lo derribaron y construyeron pisos que se pagan previo pacto con la eternidad; hasta los sesenta y cinco años no caducarán las bromas de que la vivienda es del banco.

Laura trabaja en una empresa de recursos humanos, tiene tres hijos y un divorcio a sus espaldas, y alguna vez que nos hemos visto hemos recordado

divertidos cómo pasamos del odio al amor incondicional de los buenos, de los breves, para acabar en un «mejor como amigos» que derivó —antes de terminar de ser pronunciado— en una distancia insalvable.

Toni vive a las afueras, se casó por segunda vez y dice que tiene cuatro hijos, pero en verdad son un perro y tres gatos. Es encargado de una fábrica y su ocio se lo comen el pádel, la reivindicación de que los perros puedan acceder a la playa en verano y los Lego; prefiero no saber en qué orden.

Las redes sociales me dicen que Andrés vive en Sevilla, que es médico con especialidad en neumología, tiene tres críos de los de verdad, le encanta esquiar en Sierra Nevada y escucha a Cohen, Marlango y Rosalía. Nos seguimos mutuamente, nos damos un me gusta en algunas publicaciones y cada cumpleaños repetimos la misma fórmula: muchas felicidades y a ver si organizamos una quedada... que nunca se producirá porque el verdadero valor ya sólo reside en imaginársela.

Borja se hizo funcionario administrativo; su sueño era cobrar catorce pagas y trabajar de ocho a tres con media hora para el desayuno, que en su caso son cuarenta y cinco minutos. Consiguió la estabilidad buscada, retomamos el contacto y lo veo feliz; contagia su alegría.

Y a Jandro le perdí la pista cuando se hizo millonario con la construcción. Su ritmo era tan difícil de seguir como extrañas las compañías en las que derivó su riqueza; plantarse con él era una victoria. Me lo encuentro en la tarde de Nochevieja y promete que me llamará tanto como lo hará Andrés desde Andalucía; yo le sigo el juego asegurando que toca ponerse al día. Así queda esperar que llegue el siguiente treinta y uno de diciembre para calcar la frase e interpretar nuestro papel jurando que así será, que tenemos que vernos más. Si lo ordenó hace años un anuncio de licores quiénes somos para contradecirlo.

La nostalgia la inventó quien le interesaba más hablar en pasado que en presente, alguien que creyó que lo mejor del camino se había consumido. Es tramposa, transforma en épico lo cotidiano y dulcifica los malos recuerdos. Sólo tiene sentido si se renueva. Volver a ella de vez en cuando es agradable —igual que ver una comedia repetida y seguir riendo con las mismas escenas—, pues recuerda de dónde viene uno y lo feliz que fue rodeado de amigos y de tiempo que quemar con crédito ilimitado, aunque hay que visualizar el trayecto de vuelta para no perderse en ella. Ya me avisó mi tío Braulio: el mundo adulto era un peligro que acechaba y que no vimos venir.

Me llamo Santiago Castellanos Villa. No pierdas tu energía leyendo estas páginas pensando en mí, mejor búscate en ellas. Si haces un pequeño esfuerzo no tardarás

en encontrarte y tal vez hasta sonrías. Estoy seguro de que, de alguna manera, mi relato fue también el tuyo, con todos los matices y las diferencias del mundo, eso sí. Puedes quedarte aquí o pasarte siempre que quieras, la llave es tuya y estarás cómodo, pero ya sabes… no olvides regresar. Hay mucho que hacer todavía.

1

—¿Sabes cuál es ese momento exacto en el que a un amigo te lo empieza a robar la vida? Cuando el muy memo acepta resignado que los sábados tiene que ir a comprar algo para la casa o a comer la paella de turno con sus suegros en vez de estar con su gente haciendo el canelo, cuando te dice que no tiene tiempo… Si se cree que son obligaciones que no puede posponer.

—Caray, menos mal que eso no va a pasar nunca en mi grupo, tío Braulio.

Ahora soy consciente de la suerte que supuso no tener el don de descifrar la sonrisa triste de mi tío Braulio mientras observaba sentado en un banco del paseo marítimo cómo la marea ocultaba cualquier rastro de playa. Pudo haberme rebatido, pero al mirarme se dejó llevar por la prudencia, esa a la que recurría cuando la verdad era más dura que el silencio. Quizás pensaría que no era el momento de que descubriera más de la cuenta, o tal vez fuera por egoísmo y decidió que no era responsabilidad suya estamparme con la realidad antes de lo que me correspondía.

—Toma mil pelas, anda, ve a gastártelas con tus amigos en las maquinitas y no le digas a tu madre que te las he dado, que ya sabes.

Claro que sabía. Ella, su cuñada, pensaba que las salas de recreativos de la ciudad eran espacios de libertinaje y perdición. La prueba irrefutable era el olor a tabaco que se pegaba a la ropa como si devorara los cigarros de dos en dos y fuera accionista mayoritario de Tabacalera. El jurar que mis pulmones eran espacios libres de nicotina, cada vez que me acusaba de fumar, la dejaba tranquila hasta el siguiente fin de semana, cuando me sometía a un nuevo juicio sumario del que salía parcialmente victorioso. La realidad era que lo más cerca que tenía a una adicción eran los flases de la marca Pingunfla de lima limón, formados por un trozo de hielo rancio y un 0,01% de lima que le daba un colorido radiante que no habría pasado desapercibido en Chernobyl. Chupaba el plástico helado, que a saber dónde había estado antes que en mi boca, igual que si llevara dos meses predicando por el desierto con una cantimplora llena de agua salada.

El caso es que mi madre pegó al poste con sus acusaciones: mi relación con la nicotina duró lo que tarda una estrella fugaz en desaparecer. A la salida del colegio había un rincón en el parque en el que se juntaban los chavales de mi edad a fumar,

buscando sentirse adultos a las primeras de cambio. Por sus caras sospechaba que mucho no disfrutaban, pero nadie tendría el valor de ser el primero en decirlo y quedar como la gallina mayor del reino. Se podía contar con los dedos de la mano de un mutilado los que se tragaban el humo, el resto lo retenía en la boca a la espera de que nadie mirase y soltarlo, no sin antes hacer tristes conatos de esparcir círculos.

Me presenté en el quiosco regentado por Velasco con seguridad, creyendo aparentar dieciséis años más por lo menos. Él me conocía desde pequeño.

—Dame unos Triskis, una bolsa de pipas con sal, un paquete de Fortuna, una Fanta y... Ah, sí, un par de Huesitos —pedí con voz adulta.

Velasco me dio todo menos el Fortuna. Me miró, lo miré y agaché la cabeza. Ni se me ocurrió decirle que dónde estaba el tabaco. Hizo un gesto que me venció sin necesidad de empezar el combate entre un peso pesado y una mosca. Con las manos y la comisura de los labios manchadas del chocolate de los Huesitos me marché rumbo a otro quiosco, uno que los de clase aseguraban que hasta los escrúpulos estaban en venta. Como no me quedaba dinero para volver a hacer otra pantomima, fui directo y le pedí la cajetilla. Las doscientas pesetas me dolieron.

—Ya puede estar rica esta basura —dije en voz alta mientras el hombre guardaba mi dinero en la caja pensando que quién era él para impedirme que me introdujera en el arte de meterme alquitrán en los pulmones.

Al día siguiente me uní al grupo de fumetas, no sin antes haber custodiado el paquete en casa como si tuviera en mi poder el santo grial. Ningún sitio me parecía lo suficientemente seguro; lo fui moviendo por la habitación temeroso de que me fuera incautado por la autoridad competente que regía mi hogar. El dinero iba a ser el menor de mis problemas si lo encontraban. De noche me desperté cinco veces para asegurarme de que el paquete seguía allí y que los fantasmas no se habían pegado un atracón a mi costa.

Ya en la parte trasera del colegio, donde sucedían las cosas que en la puerta principal nos hubieran costado un castigo, cogí un cigarro con la naturalidad del que lleva media vida fumando. Lo encendí soltando alguna tontería para darme aspecto de maduro y de no estar haciendo nada nuevo, como si hubiera salido del vientre de mi madre con un Ducados y un zippo. El humo me entró sin dificultad, cuando lo normal hubiera sido toser como un loco. Dos caladas después dicté sentencia.

—Vaya mierda. ¿A quién le gusta gastarse la pasta en esta porquería?

Regalé el resto del paquete. Nadie hizo el amago de pagármelo y cuando quise usarlo como moneda de cambio ya estaba vacío. Enumeré las cosas que podía haber comprado con esos cuarenta duros diluidos entre el humo de aquellos imberbes. Fue mi primera inversión fallida.

A partir de ahí me hice presidente del club de amigos contra la nicotina. Dediqué mi esfuerzo entre clase y clase a robar a las chicas su tabaco.

—Mira, mira, Laurita, el retrete no se ha tragado el cigarro, estás a tiempo de aprovecharlo —le dije a mi enemiga suprema tirando de la cadena.

Podría alegar que era por su salud, pero en verdad era por hacerla rabiar y porque me gustaba invertir mi energía, y sobre todo la suya, en que me persiguiera. Rara vez ella conseguía recuperarlo, lo que desembocó en más de una ocasión en un bofetón. Laura ya había iniciado el proceso hacia la madurez y yo era un mocoso, sin dar el estirón, que se divertía siendo molesto.

En los recreativos mis amigos y yo éramos los reyes, sentimiento calcado al que tenía el resto de pandillas de la ciudad, que eran unas cuantas, formándose una polimonarquía de difícil gestión cuando había cola para jugar y el mismo viciado se hacía fuerte a los mandos. Llegábamos como cuando los malos aparecen en el lejano oeste, dispuestos a ganar a quien osara retarnos. Sólo faltaba Morricone dándonos un toque épico.

Cada uno teníamos nuestro juego fetiche en el que nos sentíamos invencibles. Nos acercábamos al mostrador y cambiábamos monedas de veinticinco con tanta ceremoniosidad que parecíamos estar recogiendo oro en la Reserva Federal, el suficiente como para pasar media tarde ejercitando la muñeca y jugando sin parar, poniendo en riesgo la integridad de la huella dactilar del dedo índice apretando botones.

El videojuego de *rallys*, el de golf sin saber ni qué era un *eagle*, el *Pang*, el *Street fighter*, el de fútbol donde para meter un miserable gol había que colocar al delantero en el borde de la media luna del área, el que si lo pasábamos entero veíamos media teta a una chica asiática en la pantalla que no era más que un dibujo… No había rivalidad entre los cuatro amigos porque no coincidíamos en las preferencias, así podíamos desplumar a los pardillos o ser desplumados, como tantas veces pasaba, sin necesidad de dañar la moral interna del grupo.

Aunque para desplume el que se producía cuando aparecían los quinquis de la ciudad y, de manera aparentemente amable y sin la opción de negarnos a ello, nos solicitaban alguna moneda. Frases como «me faltan cinco duros» o «¿me dejas para una partida?» eran coletillas que usaban los que llevaban pelo pincho, pendientes y cara de haber roto vajillas enteras sin estrenar. El verbo «dejar» llevaba implícito que no era ni mucho menos un préstamo con devolución, por si teníamos alguna duda. El momento en el que las víctimas rebuscábamos en los bolsillos la moneda que nos diera una tregua se llenaba de silencio, y al dársela lo único que esperábamos era que se acordaran y no repitieran la petición, que se fueran a por otro la próxima vez. Por suerte para el equilibrio de mis finanzas, no

era algo que se produjera semanalmente entre otras cosas porque el dueño del local los mantenía a raya y también teníamos algún aliado.

El tío Braulio no quiso contarme toda la verdad porque adelantarse significa envejecer. Cuando nos veía devorando el verano supongo que él también evocaba los suyos y encontraba la felicidad en ese viaje al pasado del que regresaba únicamente con visado de turista, porque al volver al presente el parte de bajas se le antojaba una derrota. Él, siendo un crío, tampoco pensaría que la amistad fuera tan difícil de conservar cuando las obligaciones adultas, las excusas y el trabajo redujeran a lo testimonial juntar a los amigos. No le hice caso porque no insistió y porque yo no tenía entre mis planes hacerme mayor.

No se trataba de vivir en Nunca Jamás, era algo más sencillo. El concepto de futuro no existía para mis amigos ni para mí; nadie nos lo había enseñado salvo un profesor amenazando en septiembre con que el curso pasaba muy rápido. Nuestro único reto consistía en rentabilizar con creces el mandato por el que habíamos sido llamados a este mundo: divertirnos.

2

—¿Baja Toni? —pregunté por el telefonillo apretando el botón con urgencia hasta siete veces. Sabía de sobra que estaba, si no le daba un toque él no salía.

—Ya baja, ya baja —contestó su padre—. ¿Este crío no tiene casa o qué? Todas las mañanas la misma matraca con el timbre —esa parte se suponía que no debía escucharla.

Toni salió del portal con la mochila abierta y unas ojeras que le tiraban de la cabeza para abajo.

—Macho, tu padre está siempre de mala leche, es un amargado de mierda —me podía haber metido con el resto de su familia que le habría dado igual, él andaba por inercia.

Hasta que no pasábamos por el quiosco y levantaba ligeramente la vista para echar una ojeada a las portadas de las revistas porno, Toni no daba señales de conexión cerebral. Especialmente a principios de mes, cuando cambiaban los ejemplares y nuevas mujeres nos invitaban a la lujuria, que nosotros con catorce años no entendíamos muy bien a qué se referían. Una teta era una teta y mirar tenía algo de prohibido que nos llevaba a dejarnos la vista. Lo hacíamos aparentando que mirábamos el periódico deportivo que estaba más abajo del mostrador, pero nuestros ojos avanzaban sigilosos hacia arriba —igual que hacían los adultos al pasar— hasta que el quiosquero nos chistaba y nos decía que tiráramos para el colegio si no comprábamos.

—¿Qué vamos a comprar, Manolo? Si somos más pobres que las ratas. Danos unas golosinas al menos, que tú estás forrado con lo carero que eres.

—Un tortazo os voy a dar como salga de aquí, pedigüeños.

—¡Que te den por culo, gordo de mierda! —gritó Toni.

Corrimos sin mirar atrás. Manolo no había hecho ni el amago de levantarse de su banqueta.

—Macho, si vas a insultarlo avisa por lo menos, que si nos pilla nos da de verdad.

—Qué te va a pillar ese puerco, si pesa por lo menos ciento treinta kilos. No nos coge ni subiéndose a la moto cutre que tiene. Un día se la destrozo, ya verás —si Toni decía eso era porque en su cabeza ya se había imaginado la escena.

Andrés nos esperaba en la esquina, prefería arriesgarse a llegar tarde y que subiéramos juntos la cuesta. Según lo vi ya sabía que algo malo nos iba a contar. En verdad siempre lo hacía, era portador profesional de malas noticias. A veces las relataba con un gesto bastante mas grave que el propio hecho. Normalmente el suceso ni nos iba ni nos venía, pero cualquier cosa era mejor que hablar de lo que nos esperaba tras las paredes de la mazmorra a la que llamaban colegio.

—Tíos, ¿habéis escuchado lo de Magic Johnson?

Éramos unos friquis de los deportes, del baloncesto también, aunque no hubiéramos visto jamás un partido de la NBA entero. Magic era Magic y con ver cuatro canastas que salían de vez en cuando en el telediario nos valía para alzarlo al olimpo de los dioses. Y, como era evidente, no teníamos ni idea de a qué se refería nuestro amigo.

—Está sidoso y lo mismo no juega más con los Lakers. Va a palmar —sentenció sin darle ninguna oportunidad de supervivencia.

—No fastidies, con lo bueno que era. Seguro que se ha pinchado una jeringa o es de la otra acera, vaya imbécil —Toni, lejos de sentir algo parecido a la compasión, se mostraba inflexible con la estrella norteamericana.

—Que no, ignorante, que porque alguien tenga SIDA no significa que vaya a morirse, lo dijeron en la tele —mis fuentes informativas solían tener la misma solidez que un castillo de naipes.

—Lo que os digo, que no saben si dejarlo jugar más —reiteró Andrés.

—Cómo va a jugar, no me jodas, le echa un escupitajo a uno y lo contagia. Nadie va a querer acercarse a él. Lo mismo así mete setenta puntos en cada partido, entra a canasta y el equipo rival le hace el pasillo —hacer humor de una desgracia estaba en nuestro ADN.

La dureza de Toni se sustentaba en una ignorancia que no era exclusiva de tres anormales. El SIDA seguía haciendo estragos y, aunque ya en 1991 se sabía que la transmisión se producía de forma exclusiva por hechos concretos, la explicación científica no podía competir con la popular, y los casos más espectaculares relacionados con personajes famosos no consolidaba la idea de que un enfermo podía relacionarse socialmente sin miedo al contagio de su entorno. La muerte de Freddy Mercury, apenas unos días después del anuncio de que Magic Johnson era portador de anticuerpos, no ayudó a hacer pedagogía en la sociedad. Y menos en nosotros, que nos tuvieron que explicar cinco veces que el deportista no se iba a morir porque ni siquiera tenía la enfermedad desarrollada.

Subimos la cuesta del colegio como si fuéramos al funeral de un familiar.

—Si os dijeran que Magic se cura y que a cambio la enfermedad se le pega a don Marcelino, ¿aceptaríais el trato? —preguntó Andrés dando por acabado el luto.

Éramos campeones del mundo en imaginar supuestos sin pies ni cabeza.

—Joder, con los ojos cerrados. Y por sor Ascensión también, que el jueves me pegó un tortazo por decir que Aurora olía a tienda de *hamsters.* Eso tiene que estar prohibido, pero como se lo diga a mi padre me dará otra —Toni habría arrasado con napalm el colegio si hubiera estado en su mano.

—¿Qué está prohibido, el tortazo o el pestazo a *hamster*? —no llegamos a saber si Andrés lo preguntaba en serio o nos vacilaba. Sospeché que lo primero.

—¿Dónde hay que firmar para salvar a Magic? —certifiqué yo, que no le iba a la zaga a Toni.

Justo antes de terminar de subir la cuesta, dejábamos abajo a nuestra derecha la casa abandonada, como la llamábamos sin ningún atisbo de creatividad. Era una construcción señorial de otra época en la que vivió alguna familia adinerada, tenía tres pisos y un jardín por la parte trasera que había invadido la fachada y hasta la entrada principal. Unas escaleras externas y a la vista de los peatones invitaban, a quien se atreviera, a descender al sótano, cuya puerta consumida era la única que estaba cerrada con un candado. La observáramos con una mezcla entre temor y curiosidad, sabiendo que era una cuenta pendiente para mi pandilla que no queríamos afrontar.

—De este trimestre no pasa que entremos, os lo aviso —amenazó Toni.

—Si luego eres el primero que te cagas —lo acusé con pruebas.

—El día que nos den las vacaciones de Navidad lo hacemos, chavales —a nuestra espalda apareció Jandro, el cuarto miembro vitalicio del grupo, cogiéndonos del hombro y poniendo fecha a la aventura. Quedaba más de un mes y aún estábamos a tiempo de hacernos los valientes.

Firmamos el pacto con la esperanza de seguir alargándolo hasta el olvido, tal como hicimos. Cuando sin aviso una mañana la derribaron para hacer un chalet, nos lamentamos por haber desperdiciado una oportunidad única para entrar y descubrir la montaña de basura que se acumulaba dentro tras convertirse en el refugio de los vagabundos y drogadictos de la ciudad.

—Vamos a darnos prisa, que en un minuto suena el timbre y hay examen oral de *mates* —alertó Andrés, de los cuatro el que sacaba las mejores notas.

Me reí esperando que el resto siguiera la broma, pero al ver serios a mis amigos me subió la temperatura quinientos grados.

—Cómo que examen, ¿qué estás diciendo, pedorro?

—Si lo avisó el lunes la profe, trastornado —puntualizó Toni.

—Me cago en vuestras calaveras, ¡el lunes estuve malo, retrasados! Os pregunté si había pasado algo importante en clase y me dijisteis que no.

—Yo qué sé, se nos pasaría.

—¿Se os pasaría? ¿Me cuentas siete veces descojonándote que Carlines se ha caído de la silla para atrás y no me dices que hay examen? Como me saque la monja

a la pizarra os mato.

—Es que fue muy divertida la caída, tendrías que haberla visto —Toni se rio al recordarla.

—Dudo que llegues vivo al final de la clase si te saca —remató Andrés.

Y qué razón tenía el empollón de mi colega.

Llamar desde casa entre semana a algún amigo del colegio tenía algo de prohibitivo y a la vez de sospechoso entre los padres, que estaba justificado si habíamos faltado a las clases por enfermedad. Para nosotros, en cambio, la llamada no era más que una forma de hacer un parón en los deberes o de comentar alguna jugada que no podía esperar hasta la mañana siguiente para ser recordada. Para nuestros padres era motivo de duda acerca de la atención que prestábamos: «te lo han explicado hace dos horas y ya no te acuerdas» o «¿por qué si tu amigo se ha enterado de lo que hay que hacer, tú no?», daban contenido al manual de convivencia entre mayores y pequeños que se remataba con una orden para que la llamada fuera lo más corta posible porque estábamos fuera de la franja barata, que solía empezar a las nueve de la noche y se reservaba especialmente para hablar con las abuelas que vivían en otra ciudad.

Cuando tocaba Matemáticas el ambiente en el aula se asemejaba al que debía vivirse una mañana con sobrecarga de trabajo en el corredor de la muerte. No había una equiparación posible con otra asignatura porque no se trataba de aprobar o suspender, era algo que iba más allá y que giraba entorno al respeto y el miedo que causaba sor María.

Ella nos igualaba a toda la clase. En su materia no había guapos, feos, altos, bajos, chulos, populares o marginados... Nos volvíamos uno porque el temor que nos provocaba salir a la pizarra y que su atención se fijara únicamente en quien tenía delante, era común. Nadie perdía el tiempo en negarlo y hacerse el valiente. La religiosa, con vernos la cara cuando entraba en silencio por la puerta, tenía suficiente información para elegir a sus presas favoritas. Pero para silencio el nuestro: pronunciar una palabra antes de que ella lo solicitara significaba posicionarse y tener más papeletas para ser el primero en salir al paredón. El anonimato era la única receta que podía garantizar un mínimo de éxito, que no era sino una huida hacia adelante: había sitio de sobra en aquel pelotón de fusilamiento que duraba nueve meses.

Sor María apoyó su carpeta en la mesa y dirigió su atención hacia el alumnado. Pelo blanco, arrugas imposibles y la leyenda de que de joven ya era vieja. De haber tenido una videocámara habría sido cómico comprobar la estrategia que seguíamos para no ser los elegidos. Uno tosía, otra abría el pupitre, ocultándose y esperando encontrar dentro la forma de teletransportarse a Venus, un tercero se giraba

buscando su dignidad en la mochila que colgaba de la silla, y el más pelota, cabeza abajo, hacía como que repasaba con fruición los apuntes. La única norma, además del silencio, era no mirarla fijamente, no fuera a interpretarlo como un reto. La solidaridad se hacía imperativa porque una vez que la monja señalase a su primera víctima, la segunda por estadística iba a ser el compañero de pupitre o el que estuviera justo detrás.

No había azar en el infierno.

En el examen oral, al que llegué sin más arma que mi uniforme y un cuaderno guarreado de garabatos y alineaciones de equipos de fútbol, comenzó por mi fila. Yo estaba atrás y tuve la esperanza de que la hora se consumiera antes de que llegara mi turno.

«Señorita Carmen, a la pizarra», y Carmen salió mirando al suelo y empezando el partido con un cinco a cero en su contra. La profesora escribió una ecuación de dos incógnitas —destrozando la tiza contra la pizarra— que a Carmen le pareció hebreo. En el siguiente minuto no hablaron ni la docente ni la alumna. Los ojos de la primera, envueltos en lo que juraría que eran llamas, apuntaban precisos a los de Carmen, que miraba a la pizarra y de reojo a la profesora con nulas esperanzas de que, cuando se volviese hacia ella, sor María ya no estuviese allí y todo hubiera sido una pesadilla.

El resto buscaba desesperado a las cuatro o cinco compañeras que podrían resolver la ecuación, porque al siguiente que saliera le preguntaría por la misma, pero ni siquiera ellas estaban interesadas en demostrar sus conocimientos de forma pública y no compartían su sabiduría por miedo a enfadar a la profesora.

En diez minutos sor María se ventiló a seis compañeras, destrozando cualquier perspectiva de aprobado a corto plazo, y la ecuación siguió en su lugar ya sin esperanza de ser resuelta. Quedaban cinco víctimas antes que yo, faltando cuarenta minutos de clase estaba sentenciado porque de media tendría que estar cada uno ocho en el encerado, algo imposible viendo lo zoquetes que éramos. En hacer esos cálculos malgastaba mi energía, ni se me pasó por la cabeza intentar darle un valor a la x y otro a la y.

—Señorito Santiago, a la pizarra.

¡Boom! En un giro espectacular de guion, la monja varió el orden previsto y quiso que fuera yo quien pusiera fin al drama.

—Sí, sí, usted, deje de mirar a los lados. Sabe de sobra que no hay otro Santiago, a no ser que se haya matriculado casualmente hoy y nadie me haya informado —me dijo mientras yo repasaba a los chicos esperando que hubiera un nuevo alumno que, efectivamente, hubiera acudido al rescate inmolándose por mí.

—Es que el lunes estuve malo, sor María, y todavía me encuentro un poco mal —lancé el ruego con un cero por ciento de probabilidad de éxito y lo acompañé de

un tosido exagerado.

Treinta compañeros miraban acompasados el desenlace. Desde la distancia alguien podría deducir que la pausa de la religiosa era porque se lo estaba pensando, pero ella y yo sabíamos que me estaba dando una orden sin repetir sus palabras. La segunda vez tosí más suave, me levanté y recorrí el pasillo echando un vistazo a la pizarra, cada vez más cercana. Cogí la tiza y el milagro se produjo. El profesor de Historia, para mí un ángel, entró y avisó a sor María de que tenía una llamada urgente. Ella puso cara de fastidio, como si fuera a perderse el espectáculo, salió del aula y me dejó a la intemperie, un lugar que tenía que parecerse mucho al limbo que nos habían explicado en Religión.

—Piluca, no me jodas, dime cómo se resuelve esto que sí te lo sabes. Como no me lo digas te tiro el tabaco al retrete hasta que tengas noventa años —supliqué y amenacé por si alguna de las dos opciones era más eficaz que la otra.

Pilar, una de las listas de clase, evaluó pros y contras y finalmente accedió sin dejar de mirar a la puerta. Si la monja la pillaba siendo cómplice de mi ignorancia el castigo sería para ella.

—La *x* vale cuatro y la *y* menos siete.

Le lancé un beso con la mano, lo anoté y aguardé exultante su vuelta. Estaba tan contento que hasta me puse a dibujar muñecos ahorcados en la pizarra, provocando la risa de mis compañeros. Ya imaginaba a sor María diciéndome que maravilloso, que qué mérito hallar las dos incógnitas a pesar de la gravedad de mi enfermedad, que no era otra que un vulgar catarro que exageré en casa porque los constipados de los lunes se dramatizaban para alargar el fin de semana.

Asomé la cabeza por el pasillo y me dio tiempo a borrar los muñecos de tiza. La profesora regresó de las tinieblas y, sorprendida, vio que había respondido correctamente.

—Cuatro y menos siete —recalqué henchido de orgullo y encarando el camino de vuelta a mi mesa.

—¿Usted se cree que soy idiota, señorito Santiago? Venga aquí ahora mismo.

Anduve hacia atrás de vuelta al averno; casi me sale un *moonwalk.*

—No le voy a preguntar quién lo ha ayudado, ya lo imagino yo sola. Usted tiene un cero y olvídese de aprobar el trimestre. No me extraña que saque esas notas con lo poco que sabe —de brazos cruzados me dejó allí, sometiéndome al escarnio público y marcando territorio.

—Pero si la respuesta es cuatro y menos siete, Madre —alegué poniendo mi vida en manos de la inteligencia de Pilar.

—Claro que es cuatro y menos siete. Ahora explíqueme el proceso desde el principio.

Apoyé la tiza en la pizarra y al desmenuzar la ecuación no acerté ni el reintegro.

—Deje de hacer el ridículo y siéntese. Está suspenso. Aprobarán sus hijos esta asignatura antes que usted.

Cuando uno ya era un cadáver en la clase de Matemáticas tocaba la parte divertida: ver al resto llegar al mismo cementerio. El refrán «mal de muchos, consuelo de tontos» era balsámico, y como espectador, y ya sin la tensión de pasar por la pizarra, me cambiaba la perspectiva hacia otra placentera donde reinaba el humor. Eso sí, con un cero más en mi expediente.

El reparto de roscos fue apoteósico, digno de la mejor panadería. Ni siquiera al sonar el timbre que nos liberaba del calvario nos movimos, esperamos a que ella recogiera sus cosas y se marchara con un seco «hasta mañana» que nuevamente sonaba más a amenaza que a despedida cordial. Mantuvimos la discreción porque no era necesario contribuir a que sor María dejara decidido quién empezaría la tortura al día siguiente, y si algo sabíamos por experiencia era que no se olvidaba.

Con el cero en mi haber y en el de media clase, llegamos al recreo, donde nos esperaba como premio de consolación un pepito de chocolate y crema que nuestro metabolismo aceptaba sin cobrárselo en forma de redondeces. Comprábamos dos y otros dos los robábamos en cuanto la camarera del bar de enfrente se daba la vuelta para cobrarnos, haciendo nuestra propia oferta de 4x2. Nos hicimos fuertes en la noble disciplina de lo que llamábamos mangar. La satisfacción no era tanto el botín como sí el propio hecho de salir triunfadores ante algo que sabíamos que estaba mal. Bolígrafos del almacén del colegio, periódicos del quiosco, bollos, bebidas en el supermercado... La lista era amplia y ni siquiera el temor ante un posible descubrimiento nos paraba. Vivíamos en una competición constante a ver quién se llevaba más cosas, siempre de pequeño valor, y decidiendo por cuenta propia que no hacíamos daño a nadie, que ningún negocio se vendría abajo por nuestras fechorías.

Tarde o temprano cometeríamos un error, caería el comando robabollos y nuestras fotos de frente y de perfil, con la placa de presidiarios, estaría presente en los telediarios. Los vecinos afirmarían, con grandes aspavientos y delante de la pantalla, que ya lo veían venir, que esos chavales no eran de fiar y que esperaban que cayera sobre nosotros el peso de la justicia.

3

— Tío Braulio, ¿por qué no tienes reloj?

—Porque no me hace falta.

—Todo el mundo tiene uno.

—El mundo sí lo necesitará, supongo. Tú haz lo que creas que es bueno para ti, no lo que piensas que lo es porque el resto actúa igual. ¿Para qué quiero yo un reloj si nadie me espera? ¿Porque los demás lo usan debo hacer lo mismo? En el fondo nos da miedo ser distintos, estamos más cómodos copiándonos unos a otros sin salirnos de la línea, porque cuando te la saltas es probable que te señalen y te vean como el raro, y eso no le gusta a nadie. Mira ese chico de tu clase del que me hablas alguna vez, Miguel. Como no le gusta jugar al fútbol, va al conservatorio, saca dieces y los sábados no lo veis haciendo el ganso por la calle, ya pensáis que es extraño y lo dejáis de lado, y probablemente el chaval está haciendo lo que quiere, aunque no sea el más popular. Nunca te dejes llevar por la marabunta o cuando seas mayor serás lo que otros quisieron que fueras, no lo que a ti te apetecía.

Al llegar a casa miré en el diccionario qué significaba marabunta y pensé en esa contradicción que me planteó mi tío: queríamos ser iguales y diferentes a la vez. Y también pensé en Miguel, en que lo habíamos catalogado como raro porque no quería hacer lo mismo que nosotros. Pasaba desapercibido, no sabía si porque estaba más cómodo así o porque socialmente le habíamos otorgado ese papel cuando no quiso jugar al fútbol ni gastarse el dinero en las máquinas. Nadie lo insultaba ni se reía de él, simplemente iba a su aire y hablaba de vez en cuando con algunas chicas y con un chaval de otro grupo. Saludaba al entrar en clase y era el único contacto que teníamos. En los recreos se perdía en ese mundo suyo de soledad y libros donde tal vez se sentía a salvo de una realidad que, con los años y muy tarde, entendimos que no estaba hecha a la medida de todos.

Mi colegio pasó de largo por el acoso escolar quizás por su concepción extremadamente familiar. Fuimos afortunados de no vivir ni de protagonistas ni de testigos incidentes en los que los abusones se aprovechaban o se reían de los más débiles sencillamente porque no habitaba entre nosotros esa fauna. Teníamos nuestra colección de macarrillas, gamberros y choricetes de medio pelo cuyas hazañas no tenían como fin el menosprecio reiterado de los compañeros. Actuaban

por lo general en la calle, que era el territorio en el que se sentían cómodos. Pero sí lo escuchábamos los fines de semana sobre otros lugares: chicos y chicas que no habían caído en gracia de los matones que gobernaban los pasillos. Sufrían sus burlas y su violencia ante la indiferencia de una mayoría silenciosa que optaba por ponerse la venda en los ojos y evitar ser el próximo objetivo de los cobardes que lo único que tenían era fuerza.

En una época en la que el acoso escolar se rebajaba con demasiada frecuencia a la explicación de que era cosa de críos y que peleas habían existido desde siempre, las víctimas hubieran agradecido una mano en el hombro y un gesto valiente del entorno que gritara que no estaban solos. Y a Miguel tal vez le hubiera valido que una tarde nos acercáramos a él y le preguntáramos si se venía con nosotros a dar una vuelta. A lo mejor era tan fácil como eso: haber dado un paso adelante y ser más cercanos y menos tontos.

Los fines de semana vivíamos en un ecosistema al que accedíamos creyéndolo infinito; el lunes por la mañana nunca llegaría. Postergábamos las tareas hasta el domingo después de comer, cuando ya el arrepentimiento cruzara la frontera de lo dramático y nos recordara que había mucho que hacer.

El último cuarto de hora antes de que sonara el timbre —a las cinco y media del viernes— lo destinaba a hacer en el cuaderno las alineaciones del partido que jugaríamos en cuanto el profesor de Naturales terminara de contarnos los misterios de los vertebrados o las partes de las flores, como si encima hiciera falta descomponerlas en más términos. Ya podía estar contándome los secretos del universo que mis esfuerzos mentales estaban dirigidos a equilibrar los equipos y decidir si jugaríamos con dos defensas o con uno. La clave para que el partido tuviera tensión hasta el final era que estuviéramos igualados y ambos contrincantes viéramos la victoria cercana.

Mis padres debieron identificar en mi infancia algún tipo de tara con el fútbol. Con siete años, frente al quiosco de Manolo, cuando aún no me daba por insultarlo con Toni, un lunes mi madre me hizo la pregunta que cualquier niño querría escuchar a la vuelta del colegio.

—Hijo, ¿quieres que te compre alguna cosa?

Miré el escaparate, repleto de golosinas, juguetes, Donuts, pins...

—Sí, quiero el Marca —respondí señalando la portada del periódico donde se veía al mejicano Hugo Sánchez dar una voltereta infinita tras marcar un gol con el Real Madrid. La intenté imitar sin éxito en las colchonetas del gimnasio y alguna vez creí calcarla igual que creía que jugaría en primera división.

—¿Qué quieres el Marca dices? —valía cincuenta pesetas, no era un asunto de que fuera barato o caro, se trataba de averiguar si tenía un hijo normal o había que

llevarlo al médico.

Manolo miró desde la neutralidad, queriendo decirle a mi madre que no se preocupara, que muchas tenían hijos aplicados, a otras les salían drogadictos y a alguna le tocaba que su pequeño fuera por la calle leyendo la prensa deportiva.

Desde aquel día, los domingos y lunes pedí el periódico en casa. Quería saber qué había pasado en cada partido de la liga española. No se trataba de una lectura superficial para mirar las fotos y cuatro datos más. Al cerrar la última hoja, si me hubieran hecho un examen casi habría sabido responder hasta las sustituciones que había en un Hércules-Sestao de segunda división, y si me preguntaban en Naturales por los vertebrados, al cuarto ya me había cansado. Mi orden de prioridades a la hora de aprender era difuso.

—Míralo por el lado bueno, al menos así el chaval lee desde pequeño —justificó mi padre a mi madre, por darle una explicación lógica al tema, viéndome tumbado en el sofá memorizando las páginas del diario.

—Muy normal me reconocerás que no es.

—Normal, lo que se dice normal, no es, para qué vamos a engañarnos —no tuvo más remedio que darle la razón.

Volviendo a nuestros partidos, también había que decidir el estadio. Teníamos dos opciones que no eran más que nuestros Santiago Bernabéu y Camp Nou particulares: la pared de la fachada principal de la iglesia o un patio de arena al lado de casa de Andrés, que vivía en una especie de urbanización céntrica sin vallas ni control de acceso. Del Atlético de Madrid sólo era uno de los que venía a jugar, no tenía derecho a tener su propio Vicente Calderón y con creerse Paulo Futre era suficiente.

Cada uno de los estadios tenía sus particularidades: las porterías de la iglesia —que no eran más que las dos partes de la misma fachada separadas por la puerta principal— estaban en la misma línea, pintadas con tiza blanca, por lo que atacábamos de lado y no de frente, rompiendo cualquier lógica en ese deporte; y debajo de casa de Andrés directamente teníamos una única portería delimitada por dos piedras o dos mochilas que nos obligaban a definir de forma imaginaria la altura del larguero. Los rivales compartíamos cancerbero, al que acusábamos con frecuencia de favorecer al contrario poniendo más interés en función de quién atacara.

Y en ambos estadios había un elemento común del que era imposible deshacerse, el rechazo de los mayores a que jugáramos. Los feligreses entraban al templo amenazándonos con cosas que no parecían muy compatibles con ir a misa, especialmente los de la tercera edad. «Niños del demonio», «estos críos no tienen educación», «la culpa es de sus padres que les dejan hacer lo que quieren»... El repertorio era más extenso que los salmos que se disponían a escuchar. Los

bastones y las garrotas hacían las veces de armas apuntándonos, y nosotros, cuanto más nos regañaban, más chulos nos poníamos. Especialmente, y cómo no, Toni.

—Como me roce la dichosa pelota no os va a quedar mundo para correr, maleducados. Id a jugar a otra parte, que esto no es un campo de fútbol —gritó un anciano que pronto alcanzaría victorioso su primer siglo.

Supongo que cada uno cumplía con el papel que le había tocado: los mayores olvidar que fueron jóvenes y los niños olvidar que un día serían ancianos. A la mayoría nos daba cierto reparo el momento de entrar y salir de la iglesia, quien más quien menos conocía a algún adulto y más de una vez habían ido con el cuento a nuestros padres. Toni, en cambio, no tenía medida.

—Abuelo, si te roza la pelota, cuando te levantes del suelo estaré ya en el sofá de mi casa. Deja de tocarnos los cojones y vete a rezar, anda —le retó mientras daba toques sin dejarla caer. Cualquiera que lo viera de lejos pensaría que estaba haciendo su presentación como fichaje del Real Madrid.

—Niñato malcriado —hizo ademán de encararse, su mujer lo paró y él deseaba ser parado.

Toni amagó con golpear la pelota contra él y sólo con el gesto casi lo derriba. Hasta entonces había sido un enfrentamiento de dos, pero la provocación de mi amigo tornó en una especie de rebelión devota en la que nos acecharon al menos veinte o treinta personas —quizás eran diez y las garrotas distorsionaban mi percepción— señalándonos y diciéndonos que no volviéramos o llamarían a la policía, advertencia que por entonces tenía un efecto balsámico contra la chulería.

—Toni, definitivamente eres gilipollas. ¿No podías parar hasta que entraran y luego seguíamos? —le recriminó Andrés mientras emprendíamos derrotados la huida con el partido suspendido—. ¿Cuál era tu plan? ¿Darnos de leches?

—Que no, tío, ¡que no nos chulean los viejos! Ya podíais haberme apoyado.

—Fíjate si no nos chulean que nos han echado de la plazoleta y nos han jodido el partido.

Yo observaba el debate esperando a que mi amigo terco se cansara del tema, que de media solía ocurrir a los diez minutos de envalentonarse. Entrar al trapo hubiera desembocado en un enfrentamiento y más adelante en una prohibición de jugar allí. Algunos de los que estaban con nosotros no eran de nuestro grupo y terminaron por retirarse perplejos de otra lamentable escena para nuestra colección.

Nos dejaron a Jandro, Toni, Andrés y a mí comiendo pipas en un banco.

—¿Por qué no hemos seguido el partido en el patio de tu casa? —protesté.

—Porque está Wenceslao y como nos coja el balón nos lo birla y no volvemos a verlo —alegó Andrés.

—Se lo decimos a tu padre y ya verás si nos lo devuelve rápido.

—No sé por qué os da tanto respeto ese viejo. Somos cuatro contra uno —Toni tenía más ganas de guerra— y a mí me resbala la historia esa de que ha hecho desaparecer a su mujer.

—¿Qué ponen hoy en la tele? —Jandro era campeón mundial de pelar pipas y de cambiar de tema, aunque se hubiera puesto sobre la mesa nada menos que una desaparición de la que nadie más hablaba. Se conocía la programación mejor que los de la revista TP.

—Si lo sabes perfectamente, chalado —contesté.

—Era por hablar de algo, imbécil —como si nos hicieran falta excusas para hablar de sandeces.

—Hoy echan *Sensación de vivir* y no me dejan verlo. Dicen mis padres que es para mayores —objetó Andrés.

—Tu padre no tiene ni puta idea —a Toni le quedaban balas en la recámara.

—Y el tuyo sí, ¿no te jode?, que llega a las tantas del puticlub —contratacó Jandro.

—Os he explicado mil veces que es comercial de bebidas y allí dentro hay un bar donde le toca repartir, no es un putero —cuando las bromas iban hacía él ya no le divertían tanto.

—Sí, entre Coca Cola y Coca Cola una chupadita —hasta Toni se rio.

—Qué buena está Brenda Walsh —ahí no había discusión, Shannen Doherty era nuestra preferida.

—Tú eres más de su hermano Brandon, Andrés —repliqué.

Las bromas sobre la condición sexual eran una constante entre nosotros, que sabíamos de mujeres lo mismo que de matemáticas o de las flores.

Nada.

Las televisiones privadas llegaron a finales de enero de 1990, y con ellas las conversaciones en torno a sus contenidos crecieron exponencialmente en la vida de los españoles y en el grupo. El proceso fue progresivo dependiendo de la provincia, de la ciudad e incluso del barrio. En las casas se probaba casi a diario a sintonizar los nuevos canales, que se vendían como una revolución mediática, y cada vez que no se conseguía el objetivo se generaba una pequeña decepción. La desigualdad entre quienes ya veían y comentaban en el colegio series como *Campeones* o programas de entretenimiento como *Humor amarillo*, y quienes no sabíamos de qué hablaban, era tortuosa, y por mucho que presionáramos a nuestros padres para que hicieran algo, ya fuera llamar a Valerio Lazarov, a Berlusconi o al presidente de la comunidad de vecinos, seguíamos igual. Algunos ya tenían de antes instalada la antena parabólica, que pasó sin gloria; un conjunto de canales que nadie veía y que otros vecinos gorroneaban si les llegaba la señal.

El día que en casa pudimos por fin ponerle cara y curvas a las Mamá Chicho, lo

celebré metiéndome dos horas de un programa que me daba igual, presentado por un tal Jesús Puente, y que si se hubiera emitido en TVE jamás habría visto. Sin darnos cuenta, la televisión empezaba a colarse en nuestra rutina con una vehemencia cuyos daños colaterales los sufrieron los estudios, los juegos basados en la imaginación e incluso el pasar todo el tiempo libre en la calle con los amigos. A partir de la última década de siglo aquello tenía una dura competencia con un aparato que, cuando sólo tenía dos canales públicos, ya no despertaba la misma pasión salvo por las retransmisiones deportivas y algunos acontecimientos puntuales como los programas de variedades, el *Un, dos, tres*, series importadas de Estados Unidos o por el descuido que convirtió a Sabrina Salerno en la mujer más deseada en España a la vez que millones de hombres disimulaban al unísono en las casas delante de sus mujeres, asegurando no haber visto nada o fingiendo desinterés por la exuberancia de la cantante italiana.

De esa nueva televisión nacieron a su vez costumbres sociales que se repetían en las casas, como las peleas por el mando a distancia, la prohibición de sentarse delante del sofá sin estar los deberes terminados, la jerarquía para decidir el canal ya sin el raquítico monopolio de la televisión pública, las diferentes varas de medir sobre qué contenidos podían ver renacuajos como nosotros, o entretenerse acertando los números del *Telecupón* porque precedía a la serie que se vería esa noche y porque siempre era una buena idea contemplar a Carmen Sevilla superar los sesenta como si hubiera calcado el pacto de eterna juventud a Dorian Gray.

Descubrimos con Oliver y Benji que se podía jugar al fútbol en un campo infinito, que los disparos de Atton tenían la fuerza de un misil destrozando la red o la crueldad de sus guionistas, que lesionaban al portero protagonista sin darle opción a recuperarse. Llegábamos al colegio cantando «Mamá Chicho me toca, me toca cada vez más», entre las risas de los chicos y las caras de lástima de las chicas, que contratacaban con un irrebatible «¿qué os van a tocar esas a vosotros, pringaos?». Nos volvimos fornidos luchadores —sin nada que se pareciera a un músculo en nuestros escuchimizados cuerpos— con *Pressing Catch*, eligiendo cada uno a su favorito y por supuesto menospreciando a los de los demás. Hulk Hogan, Míster Perfecto, Los Sacamantecas, Terremoto *Earthquake*, el Último Guerrero o el temible Enterrador, que sepultaba vivas a sus víctimas y nos hacía preguntarnos, en debates infinitos sin ningún aporte científico que los sostuviera, cuánto se podía aguantar respirando dentro de la bolsa mortuoria. Eran nuestros ídolos del sábado por la mañana, los veíamos mientras dábamos vueltas con la cuchara a la taza de Cola Cao ensimismados con la pantalla, y por mucho que los adultos se empeñaran en quitarnos la ilusión desvelando que era una pantomima, nos daba igual: un piquete de ojos o la sillita eléctrica eran actos de crueldad que celebrar.

Había otro elemento común en las casas —relacionado con la televisión— que

no identificamos como tal hasta pasados muchos años, cuando en algún botellón se planteó una pregunta sobre algo que nunca habíamos compartido siendo pequeños.

—¿Vosotros qué hacíais cuando veiáis una película con vuestros padres y había una escena guarra?

Las de Pajares, Esteso y Antonio Ozores no contaban. Estaban vetadas en los hogares por lo malas que eran, y en cuanto los mayores se iban a cenar fuera o a dormir, aprovechábamos para poner Telecinco y ver fragmentos al azar, esperando algún desnudo que por entonces se justificaba bajo «exigencias del guion».

Las respuestas a la pregunta que hizo mi amiga Ángela en el botellón fueron variopintas. Curiosamente en todas se agrupaban adeptos que habían optado por posiciones similares: coger una revista y hacer que no se estaba atento, levantarse e ir al dormitorio fingiendo desinterés, abrir una conversación irrelevante en el cuarto de estar... Eran opciones que rebajaban la tensión, excepto en los casos en los que un mayor directamente cambiaba de canal o nos mandaba a la habitación al grito de «fuera, que esto no es contenido para ti», quedándose solo para disfrutar de la escena.

Lo que íbamos viendo poco a poco era que lo que pasaba en una casa, lo que se sentía dentro de ella, tenía demasiadas coincidencias respecto al resto, y que seguíamos un mismo patrón al abordar lo cotidiano, aunque luego el nivel económico y la cantidad de miembros por familia también estableciera diferencias con las que sentirse vagamente exclusivos.

4

Los domingos empezaron a tener más sentido social cuando nos independizamos de los padres en la obligación de asistir a misa, algo habitual entre quienes estudiábamos en colegios religiosos. Nunca nos planteamos si queríamos ir o no, era una rutina que formaba parte de las actividades del último día de la semana. Hasta que tuvimos cierta libertad, el combinado vestirse dignamente, misa y aperitivo en el bar a la salida era un ritual y el único momento de la semana en la que estaba toda la familia junta en la calle, aunque en el bar nos dispersábamos; los mayores se ponían a hablar con sus amigos y nosotros a lo que éramos expertos, hacer el tonto.

Cuando cambiamos padres por amigos, seguimos acudiendo un tiempo a la iglesia porque el resto de chicos y chicas también iba, y de alguna manera nos divertía; se trataba de estar en el mismo lugar que la gente de nuestra edad porque escuchar la frase «no sabes lo que te has perdido» era un drama. Podían pasar cosas memorables hasta desfilando camino a la papelera en clase para sacar punta al lápiz. Elegir la ropa, que ya en la adolescencia dejaba de pasar por el tormentoso trámite de heredar la de los hermanos mayores, se presuponía como una elección decisiva; no sabíamos si para que una chica que no nos interesaba se fijara en nosotros o para que nadie nos señalara como repelentes.

En el coro nos juntábamos los jóvenes con la excusa de cantar, pero el objetivo era dar el cante. Éramos un incordio para los mayores, que nos mandaban callar sin éxito indignados al reconocernos como los mismos impresentables que jugaban al fútbol afuera. Había chicas de otros colegios que ya empezaban a transmitirnos emociones alejadas de la tirria y la enemistad obligada hacia el sexo opuesto. Decir que no nos hacían ni caso era tan obvio como que dedicábamos más esfuerzo a que no se nos notara un incipiente interés que a ofrecerles argumentos que jugaran a nuestro favor para causarles algún tipo de sentimiento diferente al de una amistad.

Jandro quiso sentarse con ellas, no supe si para ligar o para reírse, y salió escaldado. Al pasar para ocupar el sitio más lejano del banco, una le puso la zancadilla y se estampó contra el reposabrazos, produciéndose un estruendo y un coro de carcajadas que hizo que el sacerdote detuviese la celebración y amenazara a los de arriba con expulsarnos del templo. La chica fue rebautizada sin un atisbo de

creatividad bajo el nombre de «la que puso la zancadilla a Jandro» y así la sigo nombrando tres décadas después. Cuando nos cruzamos por la calle me viene aquel instante en el que atacó a mi amigo a traición levantando ligeramente el pie. Para Jandro el golpe y el chichón fueron lo de menos; las risas nuestras, y peor aún, las de ellas, le dolieron en un claro ataque a su dignidad.

A lo que sí renunciamos categóricamente fue a seguir confesándonos. En el colegio era voluntario. Solíamos bajar porque significaba perderse un buen rato de clase y soltarle al cura el combo «Padre, he mentido, he robado en el quiosco y me he portado mal en casa» lo repetíamos cada trimestre, convenciendo al sacerdote, a cambio de un par de Padrenuestros y cinco duros en el cepillo de la iglesia, de que nunca más lo haríamos. La promesa duraba lo que tardábamos en volver al recreo, el concepto de arrepentimiento quedaba a años luz de nuestra comprensión.

El problema, hasta que dejamos de pasar por la capilla del colegio a registrar oficialmente nuestros pecados, residía en que de los tres religiosos que impartían el sacramento, dos lo llevaban a cabo en el confesionario y no se les veía tras la rejilla de separación. Sólo se percibía su aliento a tabaco y alguna respiración averiada, pero con el tercero, con don Patricio, se ejecutaba la confesión sentados cara a cara. Ahí el tema cambiaba, y la *gracieta* de bajar para fumarnos la clase no era tanta cuando sentíamos los ojos del cura clavarse en los nuestros, examinando nuestra corrupta conciencia mientras nos escuchaba repetir las mismas mamarrachadas. A alguno le faltó valor para decirle un «póngame lo de siempre, Padre» y ahorrarse los consejos con tono paternal para que fuéramos por el camino recto, senda que ya teníamos la certeza de que era más aburrida que la que avanzaba en espiral.

En las tardes de los domingos había un pacto no escrito entre las pandillas de la ciudad de que debía ser el rato para dedicar a los deberes escolares. Estaba prohibido divertirse. En cada casa se aconsejaba que fuéramos haciendo las tareas de clase poco a poco desde el viernes, con aquella frase que se repetía de «no lo dejes para el último día». Nadie hacía caso, y hasta que no sonaba la sintonía del comienzo del *Carrusel deportivo* en la Cadena Ser a las tres y media, ni me planteaba sentarme en la silla del escritorio y memorizar poetas, novelistas y batallas históricas que no tenía ninguna intención de leer. Pepe Domingo Castaño y su equipo se convertían en los seres humanos más solidarios del país al acompañarnos en la tortuosa obligación de estudiar.

—Si te supieras las asignaturas como te sabes el fútbol, serías astronauta —repetía mi padre cuando entraba en la habitación y se cuestionaba si era posible estudiar y escuchar la radio a la vez.

Claro que no lo era. Mi concentración la usaba exclusivamente para conocer las alineaciones y esperar la señal en forma de pitido agudo que indicaba que había un

gol en algún estadio. Para qué ser astronauta si ya vivía en la luna: por el sonido ambiente, al abrirse algún micrófono, podía identificar en qué campo habían marcado antes de que lo dijera el comentarista. Más que cualquier diez en Ciencias Sociales celebraba un gol de Hristo Stoitchkov, mi ídolo futbolístico por ponerle rostro al descaro. Cuando lo sancionaron seis meses, que finalmente fueron dos, por darle un pisotón a un árbitro, estuve cerca de hacer una huelga de hambre para pedir la liberación de Hristo y exigir a Urizar Azpizarte, el colegiado, que se disculpara por poner su pie debajo de los del búlgaro para que le clavara los tacos. Los posters copaban la pared de mi habitación y yo soñaba con meter los mismos goles en el patio.

La tarde dominical pasaba y mis posibilidades de acabar las tareas decrecían a medida que aumentaban los cálculos sobre las opciones que había de que me tocara enseñárselas a las profesoras. La ley del mínimo esfuerzo, tantas veces mencionada en casa, era la Carta Magna del vago, la legislación que regía mi esfuerzo para ir pasando cursos dedicando el menor tiempo posible a lo que no me interesaba del colegio: aprender. Por eso, a las siete y media veía la previa del partido de la jornada en Canal Plus sabiendo que, en cuanto empezara, se codificaría y debería despedirme de Carlos Martínez y Michael Robinson. Cada domingo fantaseaba con que al encargado de apretar el botón se le olvidaría fastidiarnos, o le daría un infarto, me valían ambas, y podría ver el partido entero, pero a pesar de mis esfuerzos mentales nunca pasó y lo máximo que llegué a disfrutar fueron cinco segundos que sabían a gloria.

Después de cenar me quedaba el consuelo de ver los resúmenes de la jornada en el programa Estudio Estadio, en la segunda cadena, que era como llamábamos a TVE 2 y que presentaba Matías Prats. Era el único rato que compartíamos mi hermano Alfonso y yo frente a la pantalla en el televisor pequeño que había en una habitación que mi padre llamaba sala de lectura y donde nadie leía. El pobre Alfonso estaba convencido de que el Real Madrid era el mejor equipo del mundo. No barruntaba que se acercaba para los merengues una tormenta de hielo en la liga que duraría dos temporadas seguidas gracias a un equipo insular que les robó de golpe los sueños en la última jornada en favor del Barça. Los piques que teníamos semana sí y semana también, a costa del fútbol, los solucionaba mi padre apagando la tele y mandándonos a nuestra habitación hasta que nos calmáramos. Y lo hacíamos, la paz duraba lo que tardábamos en enfrascarnos en otra trifulca que nacía de discusiones tan importantes para la paz del planeta como que si había más aforo en el Santiago Bernabéu o en el Camp Nou o si Emilio Butragueño era mejor delantero que Van Basten. Ninguno dábamos nuestro brazo a torcer y sólo cedíamos cuando del propio debate se pasaba a otro de un nivel parecido y del que tampoco llegaríamos a un acuerdo. Cuando por fin nos cansábamos, el conflicto se

cerraba con frases fraternales como «cállate, payaso», «cállate tú, subnormal», «vete con los raritos de tus amigos» y otros clásicos que se desvanecían con la misma facilidad con la que se originaban, porque entre hermanos el rencor era un lujo que no queríamos permitirnos.

5

—En ciudades pequeñas como esta abundan los mequetrefes sin talento que se creen importantes por conducir cochazos y tener dinero en el banco. Esos son los seres más insignificantes, querido sobrino, no vayas a pensar que derrochan felicidad. Son como pirañas que quieren más y más y se comparan con otros como ellos, a ver quién acumula más riqueza y quién la enseña mejor. Luego al llegar la vejez y la enfermedad se dan cuenta de que han sido unos desgraciados bañados en oro. Se vuelven pequeños y dan hasta lástima cuando redimirse ya no es una opción. En las ciudades grandes también hay muchos, no creas que no, pero por lo menos allí se pierden entre la multitud y dan menos la nota.

—Bueno, pero habrá de todo, ¿no?

A eso ya no contestó.

No supe si aquel intento de lección de mi tío Braulio, mientras preparaba la caña de pescar, era una creencia o un anhelo envuelto de envidia por no haber tenido algo de lo que criticaba. Llevaba años en el paro y había dejado de pedirle todo a la vida menos salitre y una soledad que rompía únicamente para jugar al mus después de comer en la taberna Velero. Yo lo acompañaba a pescar cuando no tenía plan con mis amigos, a veces por gusto y otras porque mi padre me lo ordenaba bajo el disfraz de sugerencia.

—Ve con tu tío, que le gusta que le hagas compañía y así lo ayudas con los bártulos de la pesca.

—Joe, ya podías ir tú de vez en cuando, que es tu hermano mayor y llevas siglos sin quedar con él —mi padre se debatió entre el sopapo y una explicación que a mi edad consideró que no merecía. Negó con la cabeza y se metió en su cuarto, dejando tras su espalda un susurro sin energía.

—Haz lo que te dé la gana.

Mi principal obsesión respecto a mi tío, que nunca quedó solventada por mucho que lo preguntara en casa, era de qué vivía si nunca trabajaba. Cuando lo veía sentía una mezcla entre admiración, lástima y misterio, y no a partes iguales, que me empujaba a querer estar con él. Sus propinas las aceptaba por miedo a ofenderlo y porque fantaseaba con que el dinero procediera de alguna actividad ilegal.

—Tu tío es traficante fijo —me dijo Toni una mañana yendo al colegio.

—Gilipollas, si fuera traficante no viviría en un piso tan pequeño ni se pasaría el día jugando a las cartas y pescando. Piensa un poco cuando hablas, memo —mi amigo no insistió por evitar que le recordara que su padre era un golfo.

El comentario de mi tío sobre la gente pudiente vino a cuento de mi protesta porque a Jandro le habían comprado sus padres, sin motivo alguno, la Nintendo de 8 bits. Andrés, Toni y yo no alcanzábamos a comprender cómo antes de Navidad le venía, y no caído del cielo precisamente, un regalo de esas dimensiones. Nuestro amigo nos lo contó mirando fijamente a la pantalla, con el mando en la mano, mientras Mario Bros iba dándose *calamonazos* contra lo que se interpusiera en su camino. Lo relató como un hecho cotidiano, sin darse ninguna importancia ni buscar la envidia, despertando aún más nuestro deseo de tener una igual.

Ese sentimiento no era nuevo respecto a Jandro. Siempre que íbamos a su casa encontrábamos lo último y más novedoso de lo que fuera: zapatillas de deporte, el balón de fútbol, la mejor televisión ¡y en su propio cuarto!, un vídeo VHS con películas originales… Él nos hacía partícipes de los caprichos que recibía. Era el único del grupo que no tenía hermanos y entre sus preocupaciones no cargaba con la de esquivar dramas propios de la edad como compartir recursos o que los adultos confundieran su nombre, tal como me pasaba a mí. Terminé por aceptar que cierto entorno de mis padres y algunas profesoras del colegio me llamaran Alfonso, como a mi hermano, y cuyo rasgo más parecido que compartíamos era que ambos teníamos piernas y brazos. Cuando escuchaba ese nombre me giraba como si fuera una segunda personalidad adosada a mis apellidos. Años después, cuando una amiga de mi madre me preguntó por qué nunca le había corregido el error, le contesté que para qué, si cuando lo hice me siguió llamando Alfonso.

La generosidad de Jandro procedía de la soledad, esa que le achacaba también a mi tío por otros motivos. Sus padres trabajaban hasta tarde y él pasaba el día solo en casa. Los regalos eran el atajo más fácil para contrarrestar la ausencia de cariño en el hogar, pero lo celebrábamos porque aquella vivienda sin la tutela de los adultos la convertimos en nuestro cuartel general. Cuando sus padres estaban nos encerrábamos en la habitación, a él no le exigían que la puerta estuviera abierta. Teníamos lo que necesitábamos y la mujer que atendía la casa nos preparaba unas meriendas que hubieran saciado a un regimiento. El padre se acercaba a veces a saludarnos. Soltaba algunos billetes, que para él eran migajas, y se iba con un «no la lieis mucho, delincuentes» que sonaba más a que si la liábamos al menos que él no se enterara. Tenía una sonrisa exagerada que le abarcaba el ancho de la cara, esa que portan quienes saben que la vida los ha tratado mucho mejor de lo que se merecen.

Cada pandilla tenía un punto de encuentro específico que solía estar a medio camino para todos, el nuestro era el portal de Jandro. Cuando por el telefonillo nos

decía que bajaba en un minuto, le obligábamos a abrir para subir y comprobar si tenía algo nuevo que anhelar. Nos quedábamos horas, a veces jugando a la videoconsola, otras mirando el techo o la televisión, lo que fuera más interesante, y cuando nos invadía la necesidad de invocar al mal, hacíamos llamadas a desconocidos poniendo voz de ultratumba con joyas como «te voy a matar» o «vamos a por ti, sabemos dónde vives», que en la actualidad hubieran sobrepasado los límites del código penal y la paciencia de nuestras víctimas. Nos salvaba que dábamos menos miedo que nuestra descerebrada pubertad. También nos daba por encargar una pizza para la primera casa que señaláramos en la guía telefónica, pero como no disponíamos de una trazabilidad de la historia, empezamos a enviarlas a casas de gente conocida por si en alguna conversación cotidiana surgía el tema y así testar nuestra eficacia en el arte del gamberrismo de tercera división.

Aquellas estupideces sin sentido eran frecuentes cuando no teníamos anécdotas en las que regocijarnos y nos veíamos obligados a crearlas artificialmente. El día que Toni llamó a Laura, la chica más guapa de clase, para decirle guarradas de forma anónima, y antes de terminar la primera palabra ya lo había reconocido, quisimos comprar cuatro billetes de ida a la Polinesia con tal de no afrontar la vergüenza que daría mirarla a la cara en el colegio. Por si ella tuviera alguna duda de que Toni no era el único implicado, nuestro amigo se encargó de soltar —antes de colgar— un «chicos, nos ha pillado», que lo situaba como campeón nacional del torneo de nos jodemos todos o ninguno.

—¡Cuelga antes de decir eso, capullo! Tanto que chuleabas con que no te iba a reconocer y con respirar ya sabía que eras tú —Andrés compartía pupitre con Laura, el marrón gordo le había caído a él, que era el único que desde el principio le vio lagunas a llamar a una conocida.

Nos reímos con la cara de nuestro amigo, el más racional, el que ante una idea disparatada evaluaba pros y contras. Nunca le hacíamos caso y al final, cuando nos metíamos en otro jaleo, terminábamos dándole la razón porque la tenía. En las pandillas debía existir un equilibrio para que funcionaran, un miembro que a priori desentonaba y que desde fuera no se entendía qué hacía con el resto. La proporción más o menos era de un sensato por cada tres descerebrados. Andrés era nuestro Pepito Grillo particular porque en la génesis de cualquier gamberrada lo primero que pensaba era qué pasaría en su casa si nos pillaban. Sus padres tenían fama de severos y si no iba más lejos en el fondo era por evitarse castigos compatibles con la cadena perpetua.

—Bueno, chavales, vamos a dejarnos de lloriqueos, lo de Laura ya no tiene solución. Pensará que somos cuatro pervertidos, así que no esperéis tener algo romántico con ella —Toni olvidaba polémicas con la misma facilidad que las creaba.

—Tampoco teníamos posibilidades antes de la llamada, no nos engañemos —la sinceridad de Jandro nos devolvió a la realidad.

—*Efectiviwonder*, así que al lío, a lo importante. ¿Qué hacemos con lo del Cascarrabias? Ese viejo se ha cepillado a su mujer. Propongo que descubramos qué ha hecho y le meta la poli en el talego. Seguro que salimos en las noticias como héroes.

—¡Qué más te da a ti mi vecino, si en mi calle nadie le hace caso! Fue una chorrada lo que dije de que era un asesino, lo primero que se me ocurrió.

Andrés había cometido el error de dejar caer que nuestro enemigo más implacable cuando jugábamos al fútbol junto a su parcela, había matado a su esposa. Nuestro Lex Luthor particular, Wenceslao, rebautizado como Cascarrabias, se acercaba a los noventa aparentando algo menos y su kriptonita no era otra que confiscarnos el balón si caía en su patio. Las pruebas sobre las que se sustentaba el argumento de que se trataba de un infame criminal eran que a la mujer ya no se le veía nunca por la calle y que él era un hombre con muy mal genio que no soportaba escucharnos dar golpes con la pelota a la hora de la siesta.

—A ver, mongólicos, si mata a su mujer lo que es seguro es que no va a dejar el cuerpo dentro de su casa, olería a mierda desde fuera —intenté evitar lo que ya aventuraba que pasaría.

—La puede tener en un congelador gigante —alegó Toni.

—Sí, comiendo calippos, no te jode.

—¿Qué más te da, Andrés? No tenemos nada que perder. Nos colamos por el patio de atrás cuando salga de su casa, uno vigila que no vuelva antes de que salgamos y los otros tres entramos. Un vistazo rápido y si no está la señora nos piramos. Además, seguro que tiene guardados un montón de balones que ha ido robando, se los quitamos y los revendemos. Seremos como Robin Hood.

—Tienes tú una pinta cojonuda de ser Robin Hood, sí. Conmigo no contéis, desde su casa se ve la mía. Ya es lo que me falta, que mis padres me pillen.

—Joe con tus padres, macho, haz alguna vez algo que no les guste.

—Ir contigo, por ejemplo —la dupla Andrés y Toni era la que menos se entendía, por eso se necesitaban.

—El sábado vamos. Se va a enterar el viejales de lo que vale un peine.

Las ocurrencias de Toni nos llevaban a vivir experiencias que estaban a medio camino entre la inocencia y la inconsciencia. Las aceptábamos tras una catarata de dudas porque estábamos hambrientos de acumular anécdotas que contaríamos una y otra vez en el banco de la iglesia. Sin saberlo, se convertirían en nuestra razón de ser cuando nos diéramos de bruces con la madurez y nos recordara que los mejores años, esos que estábamos recorriendo a principios de los noventa, habían

pasado. No queríamos ser como los demás ni crecer antes de lo que empujaba el calendario, únicamente necesitábamos colarnos en la casa de un anciano para creernos los mayores aventureros de la ciudad. Si para ello teníamos que inventarnos como rival a un nonagenario, lo hacíamos sin escrúpulos.

Cuando por fin entramos en su casa aquel sábado, la vida también se encargó de recordarnos que éramos unos anormales de campeonato. Yo el que más.

6

Antes de dar una lección al Cascarrabias, tuvimos esa mañana de sábado una cita que en nuestro calendario de cada semana se antojaba más importante que el hambre en el mundo, las vacunas o las guerras: cambiar cromos en la plaza mayor.

Una cita tan señalada como repetitiva requería en el grupo una estrategia que no variaba de un sábado a otro. La repasábamos el viernes después de jugar el partido para recordar el cometido que nos habíamos otorgado. Nos comportábamos como una banda terrorista, con comandos y funciones claras para sus miembros.

—A ver, chavales, cuando vengan en plan chulito los payasos del Sagrado Corazón de Jesús, Andrés, que eres un cagón, y Jandro, os dedicáis a distraerlos cuando estén pasando los cromos. Santi y yo nos sentaremos, haremos la de agarrar el taco, tirar al suelo los que no tengamos y taparlos con las piernas, ¿está claro? Después nos quedamos en el sitio hasta que se piren —Toni se erigía en el líder de la operación.

—¿Y no sería más fácil cambiarlos por algunos del pedazo de taco de repetidos que tenemos y que acabaremos tirando a la basura? Si nos pillan nos tocará echar patas —los viernes Andrés hacía la misma pregunta.

Su planteamiento, basado en la sensatez, se caía por su propio peso porque el placer de fastidiar a nuestros rivales en la lucha por ser los más grandes coleccionistas de la ciudad, predominaba sobre el código más sagrado en el universo de los cromos de fútbol: hacer intercambios en los que ambos salieran ganando. Toni, Jandro y yo queríamos ganar por goleada y no compartir la gloria con los del colegio enemigo, que tenían fama de ser más listos y guapos.

Nos dividíamos en dos binomios indisolubles que actuaban por separado, como células asesinas que en los capítulos del *Equipo A* terminaban claudicando ante los chicos del coronel John Hannibal Smith. Nosotros éramos más sagaces y nos llevábamos los cromos deseados sin levantar sospechas. Al acabar el intercambio se extendía el rumor de que alguien se dedicaba a mangar los más importantes. Nosotros participábamos de la conversación alimentando la sospecha hacia chicos de otros colegios que nos caían mal por el hecho de no estudiar en el nuestro. Alguna vez fuimos acusados y registrados, pero los cromos andaban ya

muy lejos de sus legítimos dueños. Nos indignaba que se dudara de nuestra honradez exagerando el enfado.

—¿Cambiando desde pequeños y voy a ser yo el chorizo? Me ofendéis, chavales, ya me pediréis perdón —gritaba Toni con las manos en alto y la demagogia por los suelos mientras otro cacheaba sus bolsillos y terminaba el registro como en las mejores películas, confirmando al resto, con cara seria, que estaba limpio.

—Seguro que se los ha escondido en el paquete, todas las semanas hacen lo mismo —acusó uno pelirrojo con pinta doble de odioso.

—Pues mete la mano si quieres y compruébalo, mariquita —Toni disfrutaba con el conflicto como nadie.

Más allá de la venganza, coleccionar cromos de fútbol era algo mucho más importante que pegar adhesivos en un álbum. Era formar parte de un selecto club y relacionarse con otros chicos que tenían la misma ambición: llegar los primeros en la carrera de acabar la colección antes que nadie. Había diferentes clasificaciones: el primero en conseguir rellenar los espacios, el más rápido en aunar los últimos fichajes, el lograr las sustituciones de nuevos jugadores en los huecos destinados en el álbum a jugadores que habían cambiado de equipo y que terminaron llamándose «colocas» porque así lo decidió alguien, hacerse con los jugadores del equipo preferido... Era una competición justa en la que partíamos de la misma base: teníamos muy poco dinero y las propinas —procedentes en su mayoría de los abuelos, que eran más fáciles de embaucar que los padres, o de las vueltas sobrantes que embargábamos después de hacer los recados— se desvanecían entre sobres que costaban cinco duros. Con frecuencia se corría la voz de que en la ciudad había un quiosco en el que estaban saliendo las últimas novedades y todos íbamos para allá, traicionando a Velasco, nuestro quiosquero de confianza, por una causa justificada. El poliamor en el mundo de los quioscos estaba admitido y ningún dueño nos lo reprochaba cuando volvíamos con la cabeza alta como si nada hubiera pasado.

Nos enseñábamos unos a otros los tacos de cromos a la velocidad del sonido, cambiándolos de mano sin respiro, parando ante una novedad y comenzando la negociación, que podía ser con más cromos o con dinero en metálico que automáticamente iría destinado a nuevos sobres, partiendo de una regla no escrita de que quince pesetas por unidad era un buen negocio. A quien se atrevía a caer en la codicia y pedir veinticinco se le marginaba en nuestro particular mercado, ese donde regían las leyes de más obligado cumplimiento, las de la calle.

Pero en aquella batalla también había guerras civiles...

—Vamos a dejarnos ya de tonterías y de choricearnos a nosotros mismos los cromos —sugirió Toni.

—Sinvergüenza, ¡si fuiste tú el que vino a mi casa y me despegó el fichaje de Luis Enrique sin que me diera cuenta! ¿Pensabas que no iba a darme cuenta o qué? —replicó Jandro indignado.

—Que sí, pesado, no me lo repitas. Ya te vengaste quitándome el de Koeman, que es bastante más difícil de conseguir. Estamos en paz —Toni hizo el símbolo de la paz con los dedos. En cuanto tuviera la oportunidad reincidiría.

Él había sido el primero en triturar el pacto sagrado: no robarnos cromos entre amigos. Una vez desquebrajado, ninguno nos resistimos en el futuro a aparcar la lealtad que nos profesábamos; tenía algo de divertida esa pequeña traición que no pasaba factura a nuestra amistad. Eso sí, cuando se trataba de ir a la plaza hacíamos un pacto de no agresión, una tregua acordada en pos de un fin superior: saquear a otras pandillas.

Las chicas de clase nos llamaban críos por seguir comprando cromos. Ellas, que habían llegado a la meta volante de la adolescencia por algún atajo biológico, no entendían la emoción que nos invadía el momento preciso de romper el sobre y descubrir el número de nuevos jugadores que nos habían tocado ni la decepción ante un futbolista repetido. No lo comprendían porque en cuanto creyeron hacerse mayores se olvidaron de que también disfrutaron haciendo colecciones: presumir de sentirse ya mujeres tenía como peaje renegar de las cosas que les habían hecho felices en la infancia que acababan de dejar atrás.

En cuanto se formaba un corro en el patio del colegio se sabía que era porque alguien estaba cambiando. Cuando me quitaba mi disfraz de ladrón me sumaba a ese encuentro popular en el que en menos de una milésima de segundo éramos capaces de identificar qué cromos teníamos y cuáles no. Aprendimos de esa manera el valor de la competencia y de esforzarnos en conseguir algo que deseábamos profundamente. No podíamos tener todos lo mismo, y en esa diferencia comprendimos que no siempre se gana y que hay derrotas que son menores cuando en el camino se ha disfrutado del proceso, pese a que el resultado no sea el esperado.

Y es que llegar a la meta y acabar de los primeros la colección sacaba al vencedor de las conversaciones de patio. No poder ofrecer nada y no tener nada que desear era aburrido, y el vértigo de tener a todos los jugadores de la liga y esperar al menos ocho meses a la nueva colección, nos hacía recordar que era más divertido ir poco a poco y no hacer como aquellos niños ricachones que la acababan en dos semanas comprándose los sobres de treinta en treinta.

En invierno, para saciar el ansia hasta que comenzara la nueva temporada de fútbol, abríamos el melón con otras colecciones que, sin despertarnos el mismo interés, también nos gustaban. *Los caballeros del zodiaco*, *Pressing catch*, *Bola de dragón,* ciclismo, coches... nuestra economía se desangraba cada vez que a los de

Panini les daba por plasmar en adhesivos lo que nos fascinaba en la televisión.

—A ver, niñitos de los cromos. Llamasteis a mi casa diciendo unas guarradas que no sabéis ni qué significan. A la próxima se lo digo a mis padres para que llamen a los vuestros.

Laura vino a nuestro banco acompañada de una legión de amigas que nos miraba como si fuéramos cucarachas rojas de las que se rumoreaba que sobrevivían a las bombas atómicas. Nos sacaban una cabeza.

—Y vosotras sí sabéis qué significan, ¿eh? Se ve que tenéis mucho entrenamiento —saltó Jandro dejando tras su ataque un sinfín de interpretaciones.

—Eh, para, chulita, no te vamos a consentir que nos acuses sin pruebas. El sábado estuvimos en la calle, listilla —añadió Toni.

Las cinco se rieron a la vez, unas por convencimiento y otras por obligación.

—Eres tan idiota que no te has dado cuenta de que yo no he dicho cuándo. ¿Cómo sabes que me refería a ese día, tonto del bote? —Laura disfrutaba noqueando a mi amigo y lo demostraba comiendo chicle con una efusividad exagerada y chupeteando, poniendo a prueba mi paciencia.

Toni se quedó callado, era la primera vez que alguien le robaba una respuesta.

—No te pases un pelo, a ver si te van a empezar a desaparecer cosas de la mochila o tu tabaco vuela otra vez hasta el váter de los chicos —de él me podía reír yo que era mi colega, no esa panda de niñatas que, entre otras cosas, llevaba razón al atacarnos.

Plantarles cara era una obligación si no queríamos crear precedente. Hasta entonces aquel grupo había pasado de nosotros, las chicas nos veían como renacuajos en una charca y si ante el primer conflicto frontal nos achantábamos, ya no nos respetarían nunca y se correría la voz en el recreo. Eso no nos lo podíamos permitir.

—Avisados estáis, una más y os enteráis —Laura necesitaba el premio de consolación de tener la última palabra.

—¡Que no nos amenaces! Como llame tu padre a mi casa aprovecho para decirle lo que hace la santita de su hija los sábados con los del último curso del Sagrado corazón. Tú abre el melón de chivarte a los mayores y verás dónde acabas, tonta del culo.

Por suerte se retiraron y nos evitaron un conflicto que no teníamos ni idea de cómo lidiar. Estaban más preocupadas de quedarse sin fumar y porque sus padres no conocieran sus secretos que por la llamada de Toni. Las amenazas surtieron efecto en ambas direcciones.

—A partir de ahora llamamos a desconocidos, ¿vale? —ordené ya cuando estábamos los cuatro. Ninguno puso una pega al cambio de estrategia.

Para qué aprender del error pudiendo cometerlo de nuevo con otra gente.

7

—Tío Braulio, ¿por qué siempre hablas de las cosas malas que pueden pasarme? Que yo sepa no ha sucedido ninguna.

No era un reproche lo que lanzaba, era mi curiosidad después de amontonar durante años un puñado de enseñanzas que parecía dosificar, adecuando el momento para compartirlas conmigo en función de mi edad. Esa vez mi tío tardó en contestar, como si se la estuviera jugando a una carta, como si no explicarme bien el motivo supusiera que lo que había intentado inculcarme pudiera venirse abajo.

—Porque te van a pasar, quieras o no, y porque las cosas buenas se aprenden solas, querido sobrino. No hace falta que nadie te enseñe a reír o a divertirte, pero sí a llorar, aunque no quieras exteriorizarlo. En la escuela imparten Matemáticas, Historia, Geografía... y no te cuentan qué hacer si te rompen el corazón, o con la traición de un amigo, o cuando no consigues el trabajo que desearías tener y acabas en uno que no te gusta y los días se vuelven tediosos. Tampoco te explican cómo es el día siguiente a que se muera alguien que quieres, ni que la vida seguirá cuando pienses que ya no vale la pena. Por eso te lo digo, porque quiero que cuando te pase algo no pienses que eres el único y que no sabrás qué hacer. De todas formas, no te preocupes, eres un chico listo y te irá muy bien.

La enumeración de posibles desgracias a sufrir me dio algo más que vértigo, no tanto por mí, que las seguía viendo muy lejanas y en mi insensatez creía que la mayoría no llegaría hasta dentro de al menos diez siglos, como sí por mi tío, porque en su relato y en su mirada magullada leí su biografía. Sentí pena porque hubiera tenido que pasar por aquello que no era sino la realidad de otra mucha gente desconocida en cualquier parte del mundo.

Comenzaba la operación Cascarrabias. Mi padre preguntó en la comida si me pasaba algo, estuve serio y no hice las bromas habituales. Podía haberle dicho que estaba nervioso porque iba a sumar un nuevo delito a mi expediente criminal, el de allanamiento de morada, que dejaría el del robo de bollos y cromos y las llamadas guarras en anécdota. En cambio, le dije que estaba cansado por el partido sin levantar la cabeza por temor a que fuera capaz de conocer la verdad al mirarme a los

ojos. Aún creía que mis padres tenían ese poder, tal como habían demostrado otras veces cuando al llegar a casa me leyeron la cara —y la cartilla— y supieron qué decía: a ti te ha salido mal el examen, te has enfadado con un amigo, qué has roto, has ido a los recreativos y sabes que no nos gusta... Mantener la separación de poderes con ellos y no contarles lo que pasaba fuera del imperio de las cuatro paredes de su casa, era norma. Que los padres pudieran ser amigos de los hijos, como se escuchaba alguna vez en televisión, era una aberración, y más cuando ellos ya nos habían dado las herramientas y la educación para bucear por la vida. Su influencia sobre nuestros actos menguaba a cada año que cumplíamos. Ellos habían hecho bien su trabajo, pero en la calle había muchas vivencias que experimentar y algunas chocaban frontalmente, y a doscientos kilómetros por hora, con el aprendizaje y los valores que nos habían transmitido.

—¿Era necesario que vinieras con ese pasamontañas negro que lleva escrito que vamos a hacer algo malo, mamarracho? Quítatelo anda, que desde la ventana de mi cocina se ve el patio del viejo y vamos a dar el cante —la indumentaria de Toni que Andrés le reprochaba era material oficial para atracar el Banco de España.

—He traído mis *walkie talkies*, así los que nos quedemos vigilando desde fuera podremos avisar si viene la policía o algo —aún no nos habíamos repartido los papeles y Jandro ya había decidido que por poner material se libraba de entrar.

—Sí, y el FBI, no te jode. Esos *walkies* del todo a cien no llegan ni a diez metros de distancia y hacen un ruido del copón cada vez que alguien habla, como mucho servirán de alarma al Cascarrabias. Guárdatelos en la mochila con el pasamontañas del otro tonto y si pasa algo silbáis fuerte —ordené oliéndome que me tocaba entrar con Toni.

Había más miedo que ganas de hacerlo. Si cualquiera de los cuatro hubiera propuesto una retirada, los demás habríamos aceptado llamándolo cagueta y alegrándonos por dentro de la retirada, aliviados. El castigo de ser señalado como miedica era superior al lío en el que nos podíamos meter. La dignidad no entendía de razones.

Wenceslao vivía en un chalet adosado de dos plantas. En la parte de atrás había una pequeña parcela, antaño ajardinada, con un porche, una mesa, cuatro sillas huérfanas barnizadas de suciedad y una puerta acristalada tras la que colgaba una cortina que no nos permitía ver qué había al otro lado. Andrés aseguraba sin fundamento que aquellas casas eran iguales, por lo que conociendo la suya podíamos hacernos una idea.

—Detrás de la puerta corrediza del porche tiene pinta que está el salón. Nos lo vamos a encontrar de frente —objeté.

—Fijo que se está echando la siesta arriba —confirmó Toni sin ningún dato

que avalara el argumento.

—Y si no, ¿qué? ¿Saludamos y le decimos que venimos a merendar?

—No jodas, que lo mismo nos sirve un trozo de su mujer dentro del bizcocho.

—Eres retrasado, Toni.

Miré al resto de casas para asegurarme de que ningún vecino estaba asomado y salté el muro de metro y medio. Andrés me miró a modo de despedida, como si no fuera a volver a verme.

—Suerte, chicos —casi se le escapa una lágrima.

Toni hizo lo mismo y al caer dentro de la parcela se torció el tobillo. La operación se vino abajo al segundo y medio de comenzar. Tuvo el detalle de no gritar ni delatarnos.

—Cómo me duele, tronco, no puedo apoyarlo.

—Qué torpe eres, me cago en tu puta calavera.

Lo cogí de la cintura y lo ayudé a trepar al otro lado, donde esperaban Jandro y Andrés para sujetarlo cada uno de una pierna y ayudarlo a bajar al suelo. La discreción no estaba bien especificada en el plan de acción.

—Lo dejamos, estamos dando el cante —propuse.

—¡No, no! Susurró Toni, entra tú, tenemos que saber la verdad —parecía un herido en la batalla pidiendo dejarlo atrás.

Como melodrama de Hollywood hubiera tenido un pase, como misión del comando idiotas no le veía futuro. Tres amigos a un lado, uno cojo, y yo dentro, haciendo el trabajo de la policía para certificar que un anciano que ni me iba ni me venía se había cargado a su esposa.

—Qué bien te ha venido la torcedura, desgraciado —si no lo conociera habría jurado que exageraba.

—Venga, hombre, que ya estás dentro, no nos vamos a quedar con la duda —arengó Toni a la pata coja.

—Sois unos jetas. A tomar por saco, si en diez minutos no he vuelto llamad a la funeraria.

Abrí la puerta corrediza despacio y la cortina blanca que me esperaba bailó sinuosa. Dos mecedoras descansaban mirando de frente al televisor apagado. Entre ellas mediaba una mesa baja con el periódico Diario 16, un cenicero y una carpeta negra de la que sobresalían un montón de papeles. Un mueble marrón oscuro con diferentes compartimentos ocupaba gran parte de una de las paredes, predominando los libros y las fotos sobre los objetos de decoración. La puerta del salón invitaba a acceder a un pasillo largo cegado por una tibia penumbra que no evitaba vislumbrar en ambos laterales diferentes habitaciones cerradas y al fondo una estancia más junto a las escaleras que conducían al piso de arriba. Miré hacia la

calle. Tras el muro se veían apenas las coronillas de mis amigos. No dudé de que si aparecía de verdad la policía saldrían por piernas bajo la premisa de que mejor detener a uno que a los cuatro, justo lo contrario de lo que pensó Toni cuando dejó caer a Laura que estábamos detrás de la llamada.

Me detuve en una de las fotografías, la que lucía más grande. Un joven Wenceslao me miraba sonriente sujetando por encima del hombro a su mujer; tras ellos un faro se alzaba señalando al mar y preparándose para alertar a los marineros cuando cayera el sol. Mi sorpresa fue descubrir que el anciano, que rivalizaba con nosotros por el campo de fútbol en el que habíamos convertido la parte trasera de su casa, había sido joven alguna vez y poseía entre sus virtudes la capacidad de sonreír. La imagen desprendía felicidad y yo no tenía derecho a invadir su intimidad, pero estaba dentro y debía llegar hasta el final de la misión.

El silencio me inquietaba, no conocía la casa y jugaba en inferioridad. Para colmo no era como la de Andrés. Me sentía observado. Avancé por el pasillo y con cuidado abrí dos puertas que me hicieron el favor de no alertar de mi presencia; resultaron ser una cocina sin rastro de suciedad, aún impregnada del olor de algún guiso, y un cuarto de baño sin ducha ni bañera. Puedes retirarte, decir que el viejo estaba durmiendo y que no hay ningún congelador con trozos de la señora, pensé, y mientras lo hacía avanzaba y me alejaba de la salida.

Tras la puerta, que ponía fin al pasillo y marcaba el camino hacia el segundo piso, se rompió cualquier abanico de predicciones. Como si hubiera descubierto las Cuevas de Altamira, me topé con una sala del tamaño de mi clase llena de juguetes, con una mesa de ping-pong, una pequeña canasta colgada de un armario, Playmobil por los que hubiera matado años atrás, un camión de bomberos que ya habría querido yo cuando los Reyes Magos aún entraban en mi casa sin ser vistos, y una pequeña mesa sobre la que descansaba un scalextric de tres pisos. Aquello debía pertenecer a otros niños que habían sufrido igual que nosotros la ira del Cascarrabias: vecinos que habían hecho ruido y él se había encargado de darles su merecido. Había material suficiente para que jugara todo el barrio de Andrés. Eché un vistazo y dudé si llevarme algo. Robar a un ladrón ya no es que tuviera cien años de perdón, es que sería un acto de justicia con los chavales que habían cometido el delito de estropear el descanso del viejo. Ya me veía devolviendo cada juego a su legítimo dueño. Sería una especie de Robin Hood del ocio y cuando quisieran recompensarme me haría el digno rechazando regalos, asegurando que lo hacía por los niños, porque no se merecían tal injusticia al ser privados de su derecho más legítimo.

Luego volvería allí, si iba a arramplar con los juguetes necesitaría la ayuda de los chicos. Antes me esperaban once escaleras blancas en las que tenía que estar la respuesta al paradero de la anciana, o de lo que quedara de ella. Mi tobillo crujió al

pisar el primer escalón, sonó como si hubieran retumbado las paredes de aquel infame hogar. Me quedé quieto. Llevaba un rato y no había escuchado más ruidos que los que yo generaba. Al alcanzar la cumbre divisé otras tres estancias, una de ellas un cuarto de baño, otra una sala de estar con un sofá, una lámpara y una segunda biblioteca que complementaba a la de abajo, y una tercera habitación cuya puerta estaba entornada. Me planté delante y me alegré de estar solo para que ni Andrés, ni Jandro ni Toni percibieran el canguelo que recorría imparable cada centímetro de mi raquítico cuerpo. Tal vez si hubieran estado conmigo tendrían bastante con disimular igual que yo, pero el miedo también era cierto que se llevaba mejor cuando era compartido. La puerta protestó cuando la empujé lentamente y me fue enseñando lo que se ocultaba al otro lado: el amor incondicional de un hombre y el ocaso de una mujer.

Wenceslao estaba sentado al pie de la cama, sujetaba un yogur con su mano izquierda y una cuchara con la derecha. Frente a él, sentada en una butaca tapizada en naranja oscuro, su mujer, la misma que habíamos dado por muerta y asesinada sin más pruebas que la imaginación de Andrés refrendada por la estupidez del resto. Ella lo miraba fijamente desde un lugar lejano al que nadie más podía llegar ni siquiera de visita, como si allí sólo quedaran su cuerpo y un conjunto de vivencias caducadas que entremezclar de forma desordenada... como si tuviera delante a un extraño al que no reprochaba que la ayudara a comer. Antes de que Wenceslao se diera cuenta de que me había colado en su casa, fui testigo de su paciencia cuando ella rechazaba una nueva cucharada, y de su voz cálida diciéndole que tenía que comerse el yogur. Presencié su triunfo cuando la convencía y volvía a la casilla de salida, sin tiempo para la celebración, a conseguir que el siguiente intento resultara más sencillo. Repetía el proceso, igual que si fuera la primera vez, y nuevamente el cariño volaba en el trayecto que había desde el envase hasta la boca de la anciana. Ella lucía un vestido de flores, arreglada para salir a la calle como lo hacía cada tarde cuando los recuerdos aún no habían escapado hacia ningún lugar.

—Ya queda poquito, Rosa, dos cucharadas más y terminamos. Lo estás haciendo muy bien.

—Tengo que ir al colegio a por los niños, se van a asustar si salen y no me ven —dijo Rosa señalando el reloj de pared.

—No te preocupes, cariño, aún falta un rato hasta que salgan.

—¿Por qué me dice usted cariño si nos acabamos de conocer? —había más curiosidad que reproche hacia ese desconocido que tenía enfrente y que le resultaba familiar.

—Porque me ha caído usted muy bien y quiero ayudarla.

—¿Y cómo dice que se llama?

—Wenceslao.

—Yo le llamaré Wences, si le parece bien, es más corto y suena mejor —matizó ella.

—Por supuesto que me lo parece, Rosa, me gusta mucho que me llame así.

—Encantado de conocerlo, Wenceslao.

—El gusto es mío.

Del olvido nacen historias tan breves como una frase en la que quedarse a vivir. Para Rosa, ese «encantado de conocerlo» fue el comienzo de algo, de una nueva ilusión que al terminar de pronunciarse ya se había evaporado. Sus ojos veían en Wenceslao alguien con quien compartir sus días, los mismos que poco a poco se apagaban. Más de medio siglo juntos daban el empuje.

—¿Y cómo dice entonces que se llama? —volvió a preguntar Rosa.

—Wenceslao, pero si lo desea puede llamarme Wences —repitió él.

—Sí, Wences es más bonito, me gusta.

Hice el intento de marcharme sin ser visto. Wenceslao se giró y encontró mi silueta congelada bajo el marco de la puerta. Otra persona se habría asustado al toparse con un intruso en su hogar y se habría indignado, llamaría a la policía y pondría una denuncia. Mis padres me habrían aniquilado sin derecho ni merecimiento a defenderme en un juicio justo. Corto pero intenso, rezaría mi epitafio. Quizás una parte la pensó Wenceslao al primer golpe de vista. Frunció el ceño y al examinar mi cara de culpabilidad concluyó que no era una amenaza.

—Hijo, ¿ya has vuelto del colegio? —concentrado en él no me di cuenta de que Rosa me sonreía desde el pasado, situándome en la tesitura de marcharme o hacerme pasar por su hijo.

Miré al Cascarrabias, que aguardaba mi elección. Me leyó la mente y asintió con la cabeza, dándome permiso para formar parte de la función. Supuse que la otra opción, la de gritarme y reprocharme mi visita, por llamarla de alguna manera, asustaría a la mujer.

—Hola, mamá. Hoy el profesor nos ha dejado salir un poco antes —dije dubitativo.

—Habrás esperado a tu hermana, ¿no? Mira que te tengo dicho que prefiero que vuelva contigo, me da miedo que venga sola. Hay mucha gente mala en la calle.

Volví a mirar a Wences, nuevamente asintió para que no abandonara la improvisación.

—Por supuesto, está abajo. Dice que ahora sube —mi promesa era tan frágil como sus posibilidades de recordarla.

—Dame un beso, prepara la merienda para los dos y haz los deberes, que luego dice don Ángel Luis que podrías hacer más —qué razón llevaba aquel docente sin conocerme.

Avancé hasta su sofá y me incliné. Me envolvió con sus brazos y me dio cuatro

besos seguidos. Wenceslao seguía mis movimientos.

—Eres el mejor hijo que una madre puede tener —había orgullo en sus ojos.

Por una vez me tocaba estar a la altura.

—Y tú la mejor madre que un hijo puede tener —a la vista de su sonrisa, que iluminó la habitación, meterme en el papel mereció la pena.

Me incorporé y frente a mí encontré a un Wenceslao derrotado, lejos de la imagen de hombre desagradable que nos habíamos inventado a capricho. Lloraba y no hacía por disimularlo. Me cogió de la mano y me la apretó, agradeciéndome con la cabeza lo que con la voz no hubiera podido. Le acompañé en el apretón y esperé unos segundos para dar rienda suelta a mis remordimientos por juzgarlo, por haberme metido en su casa, por las veces que lo había molestado jugando al fútbol y por las provocaciones para que nos persiguiera. Él quería tranquilidad para su mujer y nosotros correspondimos montando la portería de nuestros partidos en la pared de su casa.

Volví sobre mis pasos y al llegar al patio de atrás salí por la puerta en vez de saltar el muro. Allí estaban mis amigos, comiendo bocabits y esperando noticias sobre mi investigación.

—Entonces qué, ¿la ha descuartizado? —preguntó Toni con el pie hinchado y las manos pringadas.

Podía haberles contado lo que había vivido dentro, pero decidí que me lo guardaría por pudor hacia Wenceslao y Rosa y porque no habría sabido encontrar las palabras adecuadas para explicarlo.

—Están los dos dentro y hemos metido la pata. Aquí ya no jugaremos más al fútbol, chicos —y sin darles opción a la réplica me fui a mi casa.

Para mí ya nunca fue el Cascarrabias. Sería Wenceslao, o Wences, que sonaba más bonito…

8

El curso avanzó entre amenazas del profesor de inglés avisando de que estudiáramos porque el curso pasaba volando y luego venían los lloros. Nos explicaba, como si a nuestra edad no tuviéramos claro en qué consistía el calendario académico, que el invierno estaba al caer y después enseguida venía la semana blanca, y la santa, y el puente de mayo, y que antes de que nos diéramos cuenta llegarían los exámenes finales y más de uno repetiría. Las quinielas apuntaban a quienes en la intimidad llamábamos zoquetes, los que curso a curso se libraban de repetir por un combinado entre un arreón final para alcanzar el ansiado suficiente y miradas hacia otro lado, disfrazadas de benevolencia, por parte del profesorado. Con tal de no encontrárselos en el curso siguiente y mandar el mochuelo a otros docentes hubieran vendido su alma en el mercado de Sonora.

Con Sor María era diferente; impartía Matemáticas a varios cursos consecutivos y después del verano estaría petrificada en el mismo lugar, con su bolígrafo verde y su sed de suspensos. Seguiría dándonos miedo hasta el fin de los tiempos.

Laura y su equipo de chicas populares nos ignoraban. Las veíamos los sábados con los mayores de otros colegios preguntándose por qué habían tenido la mala suerte de tenernos de compañeros. Nosotros a veces nos juntábamos con las de clase que en apariencia pasaban más desapercibidas; una vez eliminada de la ecuación cualquier opción romántica nos movíamos en un tú a tú donde su presencia resultaba agradable. Incluso varias comenzaron a romper el cliché de que el fútbol era únicamente para chicos y se sumaron a nuestras pachangas y a las horas de gimnasia en las que había que elegir entre fútbol, baloncesto y voleibol, demostrando más de una y de dos que nada tenían que envidiarnos. A Toni le sentaba muy mal que cuando echábamos a suertes los equipos eligiéramos a María José, a Lucía o a Alicia antes que a él.

—Te jodes, Toni, ellas juegan bien y tú eres un paquete de narices —Jandro tenía el máster oficial en decir la verdad sin filtrar, pero era cierto que cuanto más jugaba peor era. Rompía cualquier lógica de que la práctica le hacía a uno mejorar en cualquier disciplina.

Nos encontrábamos ante el difícil equilibrio de que nada rompiera nuestro ecosistema de cuatro amigos y relacionarnos con otros grupos con los que

teníamos buena relación, el de las chicas incluidas. Repartíamos las dosis justas de compañía para que no se produjera la fusión de pandillas de forma oficial. No queríamos perder nuestra jerarquía, pero a medida que nuestras posibilidades de ocio aumentaban, era inevitable abrirnos a otras personas, dejando claro, eso sí, que miembros vitalicios del grupo con derecho a voto éramos cuatro.

La celebración de los cumpleaños era uno de los acontecimientos que propiciaba que nos mezcláramos. Al saberse que se acercaba uno, hacíamos quinielas sobre si nos invitarían las chicas o alguno de los que jugaban al fútbol con nosotros los viernes. La mayoría de los grupos estaba formada por cinco o seis miembros y la fiesta podía quedarse corta, por lo que se optaba por invitar a quienes tenían buena relación y aumentar así el número y la categoría de los regalos. En nuestro caso actuábamos como una unidad indivisible, o nos invitaban a los cuatro o a ninguno, y más de una vez al anfitrión tuvimos que pedirle que indultara a Toni, que en algunos círculos no era bien recibido por su tendencia a tocarle las narices a cualquier ser viviente que osara respirar.

Cuando pasamos de la infancia a la adolescencia se fueron sustituyendo las ubicaciones de los eventos, cambiando las casas, los sándwiches de Nocilla, las medias noches cebadas de embutido y la vigilancia de los padres, por las pizzerías y las hamburgueserías donde la inminente llegada de la edad del pavo prohibía la aparición de cualquier adulto tutelando y avergonzando a la par.

El ritual festivo tenía tres fases fundamentales: juntar el dinero para comprar algo bueno en vez de cosas pequeñas por separado, decidir quiénes se encargarían de ello y elegir la ropa adecuada. Que algo estaba cambiando se veía en que abríamos el armario y pensábamos cuál sería la combinación idónea para quedar bien. Si hubiéramos estado solos Jandro, Toni, Andrés y yo, probablemente habríamos aparecido en chándal, gorra y zapatillas. Aunque aún no nos diéramos cuenta, o no quisiéramos dárnosla, que hubiera chicas ya nos condicionaba nuestra actitud porque queríamos agradarlas.

En la evolución de los regalos quedaba constancia del cambio de etapa. Durante años ansiamos que llegara nuestra fecha para pedir algún G.I. Joe, un balón nuevo, un coche teledirigido o el Batmovil auténtico; estaban prohibidas las imitaciones. Semanas antes dejábamos caer al resto, en conversaciones aparentemente improvisadas, nuestras preferencias. Entrábamos en las tiendas de juguetes bajo el desafío de no enfadar al encargado, que sabedor de que no teníamos una peseta en el bolsillo, nos trataba como a potenciales delincuentes siguiéndonos por los pasillos. Aún no se nos había pasado por la cabeza llevarnos algo gratis, por eso no entendíamos la actitud del señor, pero seguíamos toqueteando los juguetes que nos gustaban soñando con que alguno sería nuestro. Aquella imagen de las películas,

en las que los dueños de las tiendas eran muy amigos de los niños, saltaba en mil pedazos en la más cercana a mi casa: jamás vi sonreír a ese hombre ni tener una palabra amable salvo cuando se trataba de contar billetes. Por eso a veces entrábamos para fastidiarlo, nos separábamos para que no pudiera controlarnos, cogíamos los juguetes, los dejábamos en otra sección y disfrutábamos viéndolo nervioso. Ya que no teníamos dinero, divertirnos a su costa no era un mal plan.

Pero con otra edad en los bolsillos, los juguetes fueron condenados al ostracismo en favor de balones de reglamento, ropa deportiva, cintas de *casette* o videojuegos para quien tuviera consola. Eran los regalos habituales, y si íbamos al cumpleaños de una chica, delegábamos en sus amigas porque no teníamos ningún criterio para escoger algo que le gustara a la homenajeada.

Aquellos cumpleaños nos sacaban de la rutina y nos definían en el ámbito social. Estirando el queso de la pizza hasta donde alcanzara el brazo, nos íbamos acercando a nuevas amistades que nos apartaban de la comodidad de la pandilla y ampliaban las conversaciones a temas juveniles que, sin ser merecedoras de un premio Pulitzer, pasaron a estar en nuestra lista de intereses sin abandonar el buen humor y las bromas como el eje que daba sentido a todo. Por eso, en cada celebración a alguno todavía se le salía la Coca Cola por la nariz al explotar ante una ocurrencia y la risa seguía siendo el virus inofensivo más contagioso.

1992 fue grande para España. La Expo de Sevilla, los Juegos Olímpicos de Barcelona o Madrid capital europea de la cultura, convergían en muy pocos meses y a mí me daba igual porque salvo tragarme por televisión hasta el lanzamiento de jabalina, no iba a disfrutarlo mucho más. Cumplí quince años y crecieron las voces que decían que era un hombrecito, que vaya estirón y que ya tendría por ahí alguna novia.

—Sí, media docena —contesté a un amigo de mi padre que merendaba con él de vez en cuando en casa.

Engullía magdalenas de un bocado y mi madre le animaba a comer más mientras miraba a mi padre para que se fijara en cómo chupeteaba al absorber la leche. Siempre sospeché que mi maldad se debía a una cuestión genética heredada de mi madre, pero como su picaresca se asentaba en la comunicación no verbal, nunca pude aportar pruebas de mi teoría.

—Qué cabroncete estás hecho. Ya sabes, quien mucho abarca poco aprieta —en verdad yo no lo sabía, le seguí al hombre el chascarrillo sin mucho interés hasta que me liberó de escucharlo y pude volver a mi habitación.

Más allá de las frases hechas correspondientes a cada edad, un año que llenaría de orgullo y satisfacción a los españoles y donde muchos recibirían su parte del pastel procedente especialmente del turismo internacional, se convirtió en una

gran tragedia para mi pandilla.

Hay veces que ese sexto sentido que nadie sabe muy bien de dónde procede hace acto de presencia desde el amanecer. Me desperté con una sensación de extrañeza que estaba por encima del sueño que tenía cuando mi padre, antes de salir a trabajar, entraba en mi cuarto, subía la persiana de un tirón y me decía que tocaba levantarse, bromeando con que mis amigos ya estaban en el colegio y yo todavía en la cama.

—Papá, estoy seguro de que Jandro aún sigue en la cama, déjame cinco minutos más —el ruego no tenía ninguna esperanza de ser aceptado.

Mi madre desayunaba en la cocina ojeando el periódico y escuchando a Iñaki Gabilondo, a quien acusaba de escorarse hacia la izquierda. Me serví los cereales con leche y estudié la parte de detrás de la caja de los Choco Krispies con más interés que el que ponía con los apuntes de Gramática. Había algo que no terminaba de cuadrarme, y no era el camino que había elegido el mono en el laberinto del juego plasmado en el envase.

A abril le había sentado mal la llegada de la primavera. Hacía frío en la calle y a mis guantes de lana le salieron agujeros.

—¿Baja Toni? —pregunté.

—¡Toni, el pesado de todas las mañanas!

Mi amigo apareció como siempre, legañoso y ajeno al mundo.

—Tío, ¿tu padre hace a propósito lo de insultarme antes de colgar el telefonillo o es así de retrasado?

—Es así de retrasado —contestó evitando cualquier debate innecesario a las ocho y media.

La adolescencia estaba llena de rutinas maquilladas de rituales. Pasar por el quiosco de Manolo, ver las revistas y forzar su enfado era uno. Había veces que desde su posición no nos veía y Toni se acercaba para cabrearlo dando golpes al cristal y saludándolo con la mano y una sonrisa que pedía a gritos un bofetón.

—Niñato, te vas a comer la revista —amenazó tras la ventana.

—Ya te comes tú todo el quiosco por nosotros, no sé cómo ganas dinero —retó Toni abriendo el Marca en la mesa de periódicos, expuestos en la calle, y pasando las páginas despreocupado.

Manolo se levantó de su banqueta y salió sabedor de que éramos más rápidos. Cruzamos la calle y alzamos el dedo corazón bien alto.

—¡Hasta mañana, gordo asqueroso!

Andrés miraba el reloj en la esquina. Se le notaba preocupado.

—Perdona la tardanza, tío, este idiota si no provoca a Manolo no se va feliz al colegio —me justifiqué sin necesidad.

Nuestro amigo caminaba un par de metros por delante, ya nos tenía que haber

relatado la última desgracia mundial.

—Joe, macho, que nos hemos retrasado dos minutos, tampoco es para que te pongas así —le recriminé.

Estaba más dramático de lo habitual.

No nos dimos cuenta de que estaba haciendo tiempo hasta que Jandro, también como un ritual, apareciera de un salto apoyándose en los hombros de alguno.

—¡Vamos, chavales, que hoy hay gimnasia! —los días de Educación Física, dos a la semana, eran un bálsamo que hacía la condena del colegio asumible.

Andrés se giró y mirando al suelto soltó sin preámbulo una bomba que nos resultó más devastadora que las de Hiroshima y Nagasaki juntas. Oppenheimer era un principiante a su lado.

—Me voy del colegio, chicos. A mi padre lo han destinado a Bélgica y nos mudamos.

Cuando alguien recibe una mala noticia, su primera obligación es hacer como que no la ha entendido y esperar que la segunda versión sea mejor.

—¿Qué? —dijimos al unísono convencidos de que él mismo corregiría la tontería que acababa de soltarnos.

Andrés repitió exactamente las mismas palabras y empezamos a comprenderlas, no a asimilarlas.

—¿Cuánto tiempo sería eso? —preguntó Jandro con la esperanza de que dijera que unos meses.

—Mínimo tres años. Después lo más probable es que vayamos a otra ciudad de Europa o de Estados Unidos. Aquí seguro que ya no volvemos.

—Pero tú no te puedes ir, tenemos un pacto. El grupo es indivisible —Toni lanzó un último intento de convencerlo de algo que sabíamos que no dependía de Andrés.

—Claro, va a sus padres y les dice que se queda a vivir aquí porque tiene un pacto con tres desgraciados —intenté hacerle un poco más fácil el trago a mi amigo y desprenderle de la culpa que no tenía. Él era la víctima y nosotros los daños colaterales.

—¿Tú de qué lado estás? —me recriminó Toni, y sin darme la oportunidad de explicar que en el de Andrés hasta la muerte, se fue corriendo en dirección al colegio para que no lo viéramos llorar.

Ese día ninguno habló con los otros. Estuvimos juntos y nuestro silencio fue respetado hasta por los profesores, que ya sabían que el centro habría en breve una baja. Cuando sor María llegó y comenzó a elegir a las víctimas más valiosas a las que sacar a la pizarra, nos indultó a los cuatro, respetando con tacto el luto y concediéndonos una tregua que agradecimos. Al pasar por mi pupitre, me observó

y asintió con una mirada de comprensión hasta entonces desconocida, enseñándome que los profesores también tenían sentimientos.

Aquella semana hicimos lo que estuvo en nuestra mano para robarle la cartera al tiempo. Fuimos al cine dos veces en un abril que nos quería apartar de nuestro amigo. Vimos *El cabo del miedo*, pese a estar recomendada para mayores de dieciocho, y *Hook*, *el capitán Garfio*, donde un avejentado Peter Pan terminaba recordándonos que volverse adulto era un giro vital sin marcha atrás. Organizamos partidos en el recreo y reclutamos a quienes habían jugado con nosotros como si estuviéramos organizando una pachanga homenaje.

Pasamos las horas hablando los cuatro en nuestro banco que, para el resto de la ciudad, no era más que un trozo de piedra antigua; sólo los lugares que pasan desapercibidos a ojos de la mayoría pueden ser especiales. Nos enfrascamos en discusiones sesudas, sin datos para el debate, como quién ganaría en una pelea, si Stallone o Schwarzenegger —Jandro estaba seguro de que Van Damme podría incluso con los dos a la vez—, o quién sería el vencedor de una carrera con un Seat Panda, si Carlos Sainz o Juha Kankkunen. Así fuimos consumiendo los últimos instantes en los que mi pandilla conservaría el formato original. Bélgica y el futuro no formaban parte de la conversación. Sin que ninguno lo impusiese, obviamos la realidad porque mientras que no la mencionáramos nos parecería que estaba más lejos de lo que anunciaba el calendario.

El día antes de irse aparecieron por nuestro banco Laura y su grupo de chicas. Pensábamos que venían con ganas de pelea.

—Como me toquen las narices se comen la arena, ya lo veréis —avisó Toni al verlas acercarse.

—Si luego te cagas cuando te dicen algo —Andrés podía meterse con quien quisiera, tenía inmunidad diplomática.

—Hola, Andrés. Venimos a despedirnos de ti y a traerte este regalo. Sentimos mucho que tengas que irte a Bélgica. Además, eres el mejor del grupo —lo dijo como si los otros tres no estuviéramos allí.

Andrés se puso de pie y repartió besos cual crupier en el momento más álgido de la noche.

—No me jodas, si llego a saber esto yo también les digo que me voy —susurró Toni.

Laura, Sara, Icíar y Silvia mostraban un afecto que jamás hubiera soñado. Una de ellas sujetaba una bolsa de plástico.

—Toma, para que no te olvides de nosotras.

Una tarjeta firmada por las cuatro, con dedicatorias que no nos hubieran escrito ni en la escayola de un brazo roto en cien pedazos, y una cinta de *casette* con canciones grabadas de la radio, fueron los presentes con los que lo agasajaron

aquellas pescuezas. Andrés leyó en voz alta alguna de las canciones escritas a boli en la parte de atrás de la carátula, la mayoría temas que habían sido número uno en Los 40 principales durante 1991.

—*Naturaleza muerta*, de Mecano; *Maldito duende*, de Héroes del silencio; *Shiny happy people*, de R.E.M; *Pisando fuerte*, de Alejandro Sanz; *La casa azul*, de Duncan Dhu; *Chiquilla*, de Seguridad Social... Joe, muchas gracias, me gustan todas.

—Este pájaro no ha escuchado a R.E.M en su pajolera vida —me dijo Toni al oído.

—Escríbenos alguna postal y nos cuentas cómo es Bruselas, ¿vale? —le dieron otro abrazo, le sonrieron exclusivamente a él y se despidieron con un hasta pronto del que Jandro, Toni y yo quedamos excluidos. No dedicaron ningún esfuerzo en ser simpáticas, ni en la derrota se compadecieron.

—Estas tías son gilipollas. No te han hecho caso en quince años y ahora vienen de majas. Que las den por ahí —la frase, pegándole más a Toni, salió de los labios de Jandro.

Los amigos que se cambian de país se pierden para siempre. En la previa al adiós se hacen promesas de escribir cartas, habrá llamadas de teléfono, se harán visitas regularmente... que en el caso de Andrés no sucederían porque ni siquiera tenía familia en la ciudad. Cuando pasamos la última tarde merendando en una hamburguesería, aún creíamos que sería posible mantener a distancia la estabilidad del grupo. Le regalamos un videojuego de la Master System, porque sólo la usaba para jugar al *Alex Kidd in miracle world*, y dedicamos los últimos minutos a recordar las mejores anécdotas compartidas, comenzando la cuenta atrás.

Ninguno de los cuatro lloramos al despedirnos porque mostrar debilidad o sentimientos diferentes a ser brutos, graciosos o imbéciles, era una línea roja que no podíamos traspasar. Ese sábado nos levantamos a las seis de la mañana y aún de noche lo acompañamos hasta el coche que lo llevaría con su familia al aeropuerto. Apenas dijimos unas cuantas frases hechas para mostrar que seguíamos de una pieza. Por dentro nos rompía perder a uno de los nuestros, y quizás al más importante, el que nos daba cierta coherencia para no ser, o al menos parecer, más idiotas de lo que ya éramos.

Cuando el coche se alejó y miró hacia atrás, supimos que era un punto y final, y también que seguiría siendo nuestro amigo, porque cuando recordáramos cualquier anécdota él estaría ahí, presente en la memoria de nuestros mejores años con esa cara de niño responsable que tanto aportó a la pandilla desde que coincidimos —recién llegados a este mundo— en la misma clase.

9

—Los padres de Jandro se van a separar, tío Braulio.

—¿Eso quién lo dice?

—Ni idea, se comenta por ahí.

—¿Y no le habéis preguntado a vuestro amigo? Quizás sería el camino más fácil para saber la verdad.

—¿Qué dices? ¿Cómo voy a decirle que sus padres ya no se quieren? Ni loco, vamos.

—Entonces no deberías creerte las tonterías que se escuchan.

—Y si es verdad, ¿qué? —repliqué.

—No es asunto tuyo ni de nadie más que de esa familia. Los rumores los alimentan quienes son más felices hablando de los demás antes que intentando ordenar sus propios problemas. Son los mismos que, cuando sus habladurías vuelven como un *boomerang*, se indignan y claman porque otros entran a valorar su privacidad. Y así en bucle, si eres víctima te enfadas y si eres testigo te sumas a una corriente que lo único que hace es perjudicar a los afectados de esas tonterías que se dicen. Todos opinan de los otros, es un deporte nacional. Tú haz lo que te dé la gana y olvídate de lo que piensan personas que cuando te vaya mal no van a estar ahí apoyándote. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —respondí creyendo que si no hacía la pregunta no terminaría la frase y me dejaría semanas pensando qué podría ser.

—Porque hagas lo que hagas van a corromper la verdad tanto como les interese para convertirte en su foco de atención, así que dedícate a disfrutar mientras que no molestes a nadie.

Entendí lo que quería decir mi tío Braulio, aunque no sabía si sería fácilmente aplicable. Lo que estaba claro era que los rumores estaban a la orden del día. El de la familia de Jandro se basaba en que al padre las pocas veces que se le veía era coqueteando con la dueña del estanco de al lado de su casa. Ni Toni ni yo notamos ningún cambio en nuestro amigo y aun así habíamos sido contaminados por el cuchicheo interminable del pueblo llano y soberano. Igual que cuando llegaban noticias de que una profesora sería despedida por conductas sexuales inapropiadas en la calle, que a los abuelos de un compañero los iban a desahuciar por no pagar el

piso, que al padre de otro lo meterían en la cárcel por vender droga… Nada de aquello finalmente sucedió ni nadie se vio reflejado en el espejo como culpable de propagar mentiras que hacían daño.

Lejos de aprender del error y sumarnos al bando de la prudencia en el que había muy pocos alistados, volvíamos a tropezar en la misma piedra cuando una nueva historia rocambolesca aparecía en las conversaciones de la ciudad. Por eso, cuando nos dijeron unos compañeros del otro grupo que el bar la Estrella, situado en una calle secundaria cercana al centro de la ciudad, se había convertido en un burdel, sentimos la obligación de sacar nuestras placas de agentes de la calle y comprobar qué había de cierto, partiendo de la base de que nos lo creíamos a pies juntillas. Pasamos en varias ocasiones por delante de la puerta sin que notáramos movimiento, con el hándicap —que a la vez era el motivo por el que crecía el misterio— que desde fuera no se veía el interior del local porque la cristalera era negra y para acceder había que bajar unas escaleras. En la Estrella habíamos celebrado algún cumpleaños; imaginar que era un espacio de perversión en el que cualquier hombre que entrara lo haría asegurándose de que nadie lo veía para no dinamitar lo que le quedara de reputación, era motivo suficiente para investigarlo.

Decidimos actuar al volver del colegio por la tarde. Debía ser una operación limpia: entrar, verificar la naturaleza lasciva del nuevo negocio y salir con alguna prueba que pudiéramos usar al día siguiente en clase para certificar nuestra valentía, que era a lo que íbamos. Cuando por fin nos atrevimos a abrir la puerta, correr la cortina color burdeos y bajar por las escaleras, lo hicimos como si los GEO estuvieran a punto de desarticular el núcleo duro de una banda terrorista. Uno a uno, en fila y sin haber pensado qué haríamos cuando estuviéramos dentro y decenas de prostitutas se nos abalanzaran ofreciendo sus servicios por un dinero que ni de lejos teníamos. Quizás pensamos que la prueba que llevaríamos al colegio sería una de las chicas, que de pie en la pizarra protagonizaría la sección mensual en la que algún familiar nos hablaba de su profesión para ir motivándonos, o avisándonos más bien, de que lo de vivir del cuento a costa de los padres no era un contrato a perpetuidad.

Jandro, que lideraba la expedición, abrió una segunda puerta y Toni lo empujó a traición hacia adentro negándole cualquier oportunidad para el arrepentimiento. Entramos al averno y la escena contra la que nos estrellamos nos inhabilitó como investigadores hasta más allá de la eternidad.

—Antoñito, ¡qué haces aquí con tus amiguitos, qué sorpresa me das! No me ha dicho tu madre que me harías una visita. Venid y os invitamos a un chocolatito. Chicas, ¿habéis visto qué nieto tan guapo tengo?

La abuela de Toni, hermana mayor de Matusalén y defensora acérrima de los

diminutivos, y su comando de jugadoras de la brisca, devoraban con fruición unos cruasanes mojados en chocolate caliente. En las otras mesas el mus, los ceniceros abarrotados y el coñac hacían de *atrezzo* de aquel club social en el que la tercera edad se divertía en compañía, combinando comentarios de las mejores jugadas de la partida con el relato de recuerdos manoseados.

—Joder con las prostitutas, lo que les cuesta jubilarse —me dijo Jandro al oído acostumbrando a sus ojos al panorama que teníamos delante.

—Chicos, que dice mi abuela que nos invita a chocolate y bollos. ¿Nos quedamos? —preguntó Toni tan desorientado como nosotros después de recibir una ráfaga de besos que le dejó la mejilla tatuada de color carmín.

—No tenemos nada mejor que hacer, Antoñito, por mí sí —contesté sin saber si había otra opción.

Lo que no teníamos era derecho a hacernos los duros, y menos él, que había quedado reducido a un Antoñito que en boca de su abuela sonaba celestial y en la mía ridículo.

Resuelto el misterio del prostíbulo de una forma tan pobre, llenar el estómago con dulces era el final feliz más digno al que aspirábamos. Nos sentamos con ellas, cumplieron con los trámites de decirnos lo altos y mayores que estábamos y lo mucho que íbamos a gustar a las chicas, y nos pidieron comida como si acabáramos de regresar de la guerra. Observamos con sorpresa que las ancianas también se picaban jugando con sus amigas, cumpliendo cada una con su papel: una acusaba de sumar mal las puntuaciones a la que tenía la libreta en su poder, otra protestaba porque le tocaban siempre las mismas cartas —y para colmo malas—, la abuela de Jandro le recriminaba a esa que cuando le tocaban buenas bien que se callaba y la cuarta exigía que se revisaran las cartas porque a ella nunca le salía un as y debía faltar alguno en la baraja. Nos mirábamos entre nosotros conteniendo la risa al ver la vehemencia con la que luchaban por ser las ganadoras.

No dejamos ni una miga en los platos ni aprendimos que un rumor es una mentira atractiva disfrazada de verdad a base de repetirlo: el local había habilitado una puerta de entrada por el otro lado de la calle para que los mayores no tuvieran que bajar tantas escaleras, de ahí el misterio de no ver nunca entrar a los clientes. Aquel simple cambio para facilitarles el acceso tomó vida propia y llegó a nuestros oídos transformado en un supuesto club de alterne que no fue tal. Volveríamos a caer en el error más adelante, nadie lo dudaba, pero mientras endulzamos la tarde con aquellas señoras que fueron tan simpáticas con nosotros y nos enseñaron que pasarlo bien no era algo reservado para la gente de nuestra edad y que en el presente cabíamos todos, ellas las primeras.

Los días posteriores al adiós de Andrés fueron extraños. Intentamos tapar su hueco

haciendo exactamente lo mismo que con él, lo teníamos en la boca a todas horas pensando que así volvería antes. Al terminar el duelo, volvimos a ser pasto de las llamas de sor María y de la indiferencia de las guapas. A nuestras enemigas habituales se unió puntualmente un gremio que había pasado de puntillas hasta la fecha: los malotes, quinquis, macarras, gentuza, jinchos… y otras mil acepciones válidas para denominar a aquella especie autóctona presente en cada ciudad y pueblo de España, y que bien hubiera podido aparecer en cualquier de los reportajes de Félix Rodríguez de la Fuente.

Haciendo balance global, fuimos afortunados estando alejados de su foco de atención. Se podría decir que pasamos desapercibidos. Sin embargo, tuvimos un encontronazo que el Vaticano planteó incluir en su catálogo de milagros de imposible explicación.

Algunas mañanas de sábado sonaban apresurados los teléfonos y se organizaban pachangas de fútbol en una cancha pública que había en un barrio a las afueras. El único requisito en casa era que a las dos y media se comía. Había que cumplir con las normas básicas de convivencia bajo el yugo de frases cotidianas como «esto no es un hotel» o «cuando tengas tu propio piso harás lo que te dé la gana».

—Si a y media no has venido, te quedas sin comer —amenazaba mi madre sin la menor duda de que su promesa no llegaría a buen puerto.

Cada jugador se encargaba de llamar a otro hasta ser un mínimo de diez. Bajábamos a los garajes a buscar el arma más letal para ser libres: las bicicletas. Había quien la tenía de montaña, como Jandro, aunque la mayoría nos decantábamos por las California de un plato y un piñón disponibles en cuatro colores. Los señalados como flipados elegían bicis de carreras incompatibles con caminos y aceras que generalmente eran propiedad de sus hermanos mayores.

—¿Y a ti tu hermano te deja esa bicicleta así por la jeta? —preguntó Toni a Carlines, uno que jugaba con nosotros.

—Claro, ¿por qué no? —respondió extrañado.

—Porque el mío no me da ni los buenos días. Si le pido algo nos matamos en casa —contestó Toni, más extrañado aún que Carlines, al pensar que existía otro modelo de fraternidad que no pasara por la confrontación.

Había que darse prisa y llegar pronto a las canchas públicas de fútbol sala, la demanda superaba los espacios disponibles. La ley de que los primeros que llegaban se quedarían fijos imperaba y nadie la discutía. A veces, la magnanimidad de los vencedores convertía partidos tradicionales en torneos triangulares donde cabía un tercer equipo. Había que meter dos goles en diez minutos y se cambiaba de rival; con la amenaza del banquillo nos lo tomábamos más en serio. Cuando tocaba estar sentados nos echábamos las culpas unos a otros por no haber ganado y los piques, que se sustentaban sobre la frase «qué malo eres», duraban lo que

tardábamos en volver a la cancha a creernos herederos de Maradona.

Echábamos a dedos la selección de los jugadores. Elegíamos primero al que no le importaba ponerse de portero, aunque fuera malísimo, porque libraba al resto del ridículo de darnos la vuelta cada vez que alguien tirara fuerte cerca de la portería —a trallón—. Nos ahorrábamos un pelotazo innecesario porque había otro compañero dispuesto a sacrificarse y creerse Paco Buyo. Además, el triunfo y la épica posterior al partido nacía de meter goles, no de pararlos; no había gloria para el cancerbero.

El día del milagro comenzamos a jugar con normalidad, cada uno con la camiseta de nuestro club favorito, casi todas falsas, pero oficiales de puertas para adentro si no se ponía mucho empeño en encontrarles las carencias, los hilos sueltos y los *made in Morocco*. Usábamos las mismas zapatillas con las que corríamos en el colegio, con las que jugábamos al baloncesto y con las que hubiéramos escalado el Everest de haberlo tenido enfrente de casa. Eran multiuso, y hasta que nuestras madres no se ponían de acuerdo para alertarnos de que daban asco y que a la familia la iban a tomar por pordiosera por nuestra culpa, no las cambiábamos por unas nuevas.

Las bicicletas estaban aparcadas unos metros detrás de una de las porterías, al otro lado de la valla que delimitaba el campo de la acera. Sin tiempo para reaccionar, legiones de malotes, hordas de quinquis, batallones de macarras... emergieron de la nada, subieron a gritos a las bicis y se marcharon calle abajo riéndose. Quizás eran seis o siete, nadie ha sabido nunca dar una cifra exacta, pero si nos hubieran interrogado al poco de irse habríamos afirmado con nuestra impecable memoria fotográfica que eran al menos cuarenta o cincuenta y le habríamos exigido al agente que lo anotara bien claro en su libreta: «apunte, apunte, cuarenta por lo menos».

Detuvimos el partido y nos miramos preguntándonos qué había sucedido en apenas diez segundos y planeando cada uno, a título personal, qué diría en casa para justificar por qué subimos al partido en bicicleta y bajamos andando.

—¡Hijos de puta, qué asco de gentuza, los mataba a todos! —gritó Jandro cuando estuvo seguro de que no lo oían.

—A ti te da igual, te compran otra el lunes y ni te enteras —no supe si lo de Toni era un reproche o una forma de consolarlo.

Los que habían venido en autobús nos miraban con una mezcla de alivio y lástima, ofreciéndose a compartir su bono para la vuelta.

—¡Qué bonobús ni qué niño muerto, que nos han mangado las bicis, copón! —chillé yo también pensando que así parecería que había hecho algo para evitar el robo.

La realidad fue que cuando los vimos llegar no reaccionamos porque no

pensábamos que en plena calle nos robarían sin miramientos, y más cierto era que si nos quedamos quietos fue porque en el enfrentamiento directo no teníamos ninguna posibilidad de ganar. De aquellos aprendices de la delincuencia se decía que llevaban navajas. No quisimos comprobarlo, no tuviéramos la mala fortuna de que el rumor esa vez fuera casualmente cierto.

Las ganas de jugar al fútbol eran tan irracionales que continuamos el partido. Ya no nos podían birlar nada y hacía falta algo más para dejarnos sin pachanga, aunque los goles los celebramos con menos intensidad en señal de duelo por las bicis perdidas. Muchas visitas a las abuelas harían falta para reponer el medio de transporte que más alegrías nos daba, sus propinas eran las únicas que nos hacían tener superávit de vez en cuando y el agujero en nuestras cuentas iba a ser considerable si tocaba ahorrar una parte.

—¡Ey, flipad, los jinchos vuelven con las bicis! —dijo Carlines señalando al horizonte con la incredulidad del marinero que avista tierra firme por casualidad.

—No hagas bromas con eso, Carlines, por dios, que nos acaban de choricear —miré hacia donde apuntaba su dedo y no vi nada, el sol me daba de frente.

—Que no, joe, fijaos bien —insistió.

Del resplandor del final de la calle emergieron los mismos delincuentes con las bicicletas. Intactas. El primer pensamiento que tuvimos fue que venían a regocijarse en el sufrimiento ajeno, pero al llegar a nuestra altura se bajaron, las aparcaron con cuidado y se marcharon encendiéndose cada uno su correspondiente cigarro y afirmando que eran buenas. No interactuaron con las víctimas ni dieron explicaciones, ya habían decidido que no las merecíamos ni nos iban a tratar de tú a tú. El alivio que sentimos nos hizo volver al partido como si nos hubiéramos dopado con nandrolona, felices de recuperar nuestro tesoro y sabiendo que nadie nos creería si contábamos aquel incidente con final feliz.

Tumbado en la cama, a la espera de volver a la calle, llegué al fondo de la cuestión. Me estuve preguntando por qué nos las devolvieron cuando perfectamente se las podían haber quedado al menos hasta que el padre de alguno pasara por la comisaría. Como una revelación, entendí el modus operandi de los macarras: no les interesaban las bicicletas, probablemente tendrían unas mejores conseguidas de cualquier manera menos con el sudor de sus abuelos. El verdadero premio para ellos fue recordarnos que podían hacer lo que quisieran, que estaban por encima del mal y que, si nos perdonaban poco menos que la vida, era porque así lo decidían. Marcar el territorio en su barrio, demostrarnos que podíamos jugar allí y volver a nuestras casas con lo mismo con lo que habíamos llegado, era su poder, y que lo supiéramos, su victoria.

En la fauna de muchas calles de la ciudad había quinquis a los que clasificábamos por categorías en función de lo burros, lo pedigüeños o lo ladrones

que fueran. Todos teníamos alguna experiencia cercana con ellos; el secreto para mantenerlos al margen era conocer a alguno desde la infancia, cuando aún no había tomado el camino del choriceo, aunque ya se le presupusieran habilidades innatas. Le hacíamos un poco la rosca si lo veíamos en los recreativos, ganándonos su simpatía con la excusa de qué bien lo pasábamos juntos cuando teníamos cuatro años —uña y carne si hacía falta recalcar—, y él avisaba a los que lo acompañaban que a nosotros ni tocarnos, consiguiendo una inmunidad diplomática en el mundo macarra muy valiosa que sabía a gloria y una mejora del estatus entre las pandillas.

10

Junio era el mes más codiciado. Las clases por la tarde desaparecían del horario, los uniformes eran sustituidos por la ropa de color que quisiéramos llevar y el calor nos invitaba a soñar con un mundo infinito de tres meses de vacaciones a la vuelta de la esquina.

También era el mes de la amenaza, la de que los suspensos traerían adosados considerables rebajas en el disfrute vacacional. Estudiar en julio o agosto era la versión macabra, o la heredera más bien, de los cuadernos de Santillana que cualquier niño sufrió como un calvario bajo el mandato de que o se hacían un par de páginas o no se bajaba a la playa. Por mucho que busqué en la enciclopedia, no encontré al inventor de esa obligación que se reprodujo en las casas más veloz que la varicela. Cuando preguntábamos a los amigos encontrábamos el mismo modus operandi en los adultos: hacernos creer que era por nuestro bien para que al empezar el curso en septiembre no se nos hubiera olvidado lo aprendido. A quién le importaba septiembre teniendo un trimestre de disfrute a la vista.

Madre Asunción entró a media mañana a impartir su clase de dibujo protestando porque en el aula olía a humanidad y algunas ventanas estaban cerradas, otra característica de la época.

—¡Huele a choto más bien! —dijo Toni para provocar.

—A choto y a llanto va a oler usted como no se calle —el sentido del humor no estaba entre las virtudes de la religiosa.

Acostumbrados en el curso a vestir con tonos oscuros, el colorido de las últimas semanas nos hacía ver con una óptica diferente. A través de la ropa descubríamos nuevas tonalidades en el carácter de nuestras compañeras. Empezamos a mirarlas con ojos que iban más allá de la indiferencia o de la simple amistad, especialmente entre las que se animaban a jugar al fútbol sin miedo a caer en el cliché del marimacho. Toni, Jandro y yo no lo comentamos al principio nuevamente para esconder lo que suponíamos que era una debilidad, la misma que ya no tendría freno a la vuelta del verano. Cuando Alba, que se sentaba al lado de Jandro, llegó en camiseta de tirantes, mi amigo se pasó la clase mirando fijamente a la pizarra sin parpadear, por no quedarse bizco o por miedo a que Alba lo pillara oteando su ligero escote. Sor Asunción se encargó de romper la prudencia que había

demostrado estoicamente Jandro.

—Señorita Márquez, ¿usted se cree que porque pueden venir sin uniforme tiene que traer esas pintas y enseñarlo todo?

La clase entera miró a nuestra compañera, ruborizada por ser el centro de atención, pero lejos de avergonzarse, encontró apoyo en el resto, porque no iba enseñando nada, simplemente el contraste respecto al uniforme era evidente y la convertía en una chica más atractiva, algo que no gustó a la monja. No dejaba de ser un choque cultural en el que se impuso por poder la religiosa, logrando que fuera más tapada, y moralmente Alba, que al acabar la clase y con ganas de llorar, cambió las lágrimas de rabia por las de orgullo al ver que nos acercábamos a decirle que iba perfectamente y que no cambiara nunca. La culpabilidad era un concepto que aún no gestionábamos de forma correcta; podía aparecer antes por una anécdota como vestir una camiseta que por perpetuar los robos de comida en el bar de la esquina.

En el último día de clase además de humanidad emanaba libertad. Los profesores se empeñaban en dar su lección cuando ni ellos se la creían ni nosotros la escuchábamos. Los exámenes ya estaban hechos, la suerte repartida de forma desigual y hasta una semana después no sabríamos los resultados. Confiábamos más en su benevolencia, en aquello que se llamaba levantar la mano, que en nuestro esfuerzo. Pero faltaba el ritual más importante, el requisito final que nos daría la condicional hasta mediados de septiembre: sacar el bote azul de Cristasol, la bayeta, que solía ser una camiseta reconvertida cruelmente en trapo viejo, y dejar el aula como los chorros del oro. Treinta alumnos echando a la vez medio envase en los pupitres, ventanas y lo que se terciara, impregnaba la estancia de un olor ácido irrespirable y nos provocaba picor en los ojos y la garganta, pero allí seguíamos, frotando sin parar, quitando chicles de debajo de las mesas, encontrando cromos, restos de sándwich mohosos, mecheros, bolsas de patatas vacías, colecciones de bolígrafos que eran de otros, pegatinas… Un botín que, enterrado entre los libros de texto y la suciedad, ni recordábamos que existía. No dejaba de ser la roña acumulada de nueve meses y la constancia de que quienes sacaban las mejores notas lo tenían limpio y ordenado, y como una cochiquera, tal como decía sor Asunción, los que caminábamos con babuchas por el alambre del fracaso escolar. Para fastidiar a quienes terminaban rápido, echábamos repetidamente un chorro extra de Cristasol que les hacía volver a pasar el trapo. Demostrar eficiencia en el trabajo no era una buena elección.

Los primeros días de vacaciones sentíamos la necesidad de hacerlo todo a la vez. Había que echar el partido, coger las bicis, ir a la piscina, pasar por la feria y decidir con mucho tiento a qué atracciones subir; el presupuesto era limitado. La hora de

llegada a casa se alargaba y el anochecer se hacía de rogar. Echábamos de menos a Andrés en cualquier momento. En la feria siempre se ponía debajo del barco pirata y decía que ahí no subía porque se mareaba con tanto vaivén. Lo convencíamos de que ya con un año más no le pasaría y nuevamente acababa agachado en la jaula de la atracción, suplicando que parara o que vomitaría hasta el último gramo del algodón de azúcar. Jandro, Toni y yo nos colgábamos de los barrotes con los brazos y las piernas, muriéndonos de risa y homenajeando a nuestros primos los chimpancés. El resto de chavales con los que compartíamos jaula gritaba asustado ante la posibilidad de que la fuerza de la gravedad repartiera caprichosa un vómito que nunca llegó.

Ir con Jandro era un chollo. Toni y yo nos hacíamos las víctimas cuando se nos acababa el dinero y él se llevaba las manos a los bolsillos repartiendo monedas que acababan en el gancho, del que nunca agarramos ni un triste peluche, y peor aún, no teníamos a nadie a quien regalárselo, en la barraca de la carrera de camellos con el feriante cantando en algo parecido al italiano, o comiendo un bocadillo de lomo hecho en una parrilla por la que no había pasado ni de cerca un estropajo en los últimos siete años.

Las vacaciones activaban un acuerdo no verbalizado en las pandillas del que nunca se dudaba que fuera a derivar en algo más allá que en un pequeño descanso para airearse: cambiar de amigos y dar paso a los del verano, aquellos con los que durante el curso la relación pasaba por un saludo fortuito en la calle y algún comentario poco trabajado como «ya queda menos para el verano». Con ropa de abrigo eran casi desconocidos, costaba reconocerlos, y cuando los pantalones cortos y los bañadores eran los protagonistas de nuestro vestuario, nos convertíamos en los mejores colegas del mundo dos meses y medio.

La familia de Jandro y la mía pertenecían a clubes diferentes en los que pasábamos la jornada completa: comíamos, merendábamos y cenábamos. Apenas veíamos a nuestros padres, despreocupados porque aquellas instalaciones tan amplias y acondicionadas eran refugios donde el peligro no tenía cabida. También bajábamos a la playa más cercana a coger olas que creíamos del tamaño de gigantescos molinos de viento, aunque el hombre del tiempo afirmara equivocado que apenas medían metro y medio. Quienes teníamos el mar cada mañana en el horizonte lo valorábamos sin la urgencia de desgastarlo con la obligación del turista, y combinarlo con el club nos llevaba a disfrutarlo más.

El uno de julio Toni se marchaba a su pueblo en Extremadura. Paralizábamos los planes futuros hasta el otoño —cuando la vida volviera a estar en su lugar— y nos despedíamos como si fuéramos a vernos mañana. En la juventud, la radicalidad no era una elección, y pasar del todo a la nada, sabiendo que ese todo seguiría allí

ochenta días después, era sencillo.

Los veranos pasaban despacio porque los transformábamos en una aventura y nuestra capacidad de ilusionarnos por cualquier novedad ralentizaba los relojes. Las costumbres asociadas a la infancia desaparecieron, dando paso a otras más propias de la etapa en la que nos encontrábamos.

Atrás quedaba nuestra vocación fallida de jugar a ser arquitectos construyendo cabañas con cualquier material abandonado de la parte trasera del bar o de los contenedores. Al terminarlas no sabíamos muy bien qué hacer dentro —más que mirarnos a la cara y celebrar que ya éramos propietarios de algo— porque lo divertido estaba más allá de aquellas cuatro paredes que luchaban por no venirse abajo, ya fuera diseccionando a un saltamontes, comprobando hasta dónde llegaba la profundidad de un hormiguero, balancearnos en los columpios creyendo que podríamos dar la vuelta completa sin partirnos el cuello contra el suelo, tirarnos castañas —de las que aseguraban los rumores que moriríamos si comíamos una—, espiar a los mayores detrás de los arbustos como agentes de la T.I.A. o evitar lo imposible: la colección de rodillas magulladas por caídas en el bordillo de la piscina, en la cancha de fútbol o coronando con las bicicletas el Alpe D'huez del club, que no era más que una cuesta empinada. Heridas y cicatrices que cargábamos a nuestras espaldas sin protestar y con la solidaridad del socorrista sacando del botiquín un líquido terrible llamado agua oxigenada que, al arrojarlo sobre la herida, convertía en realidad el ver las estrellas de cerca. Estaba vetado el lloriqueo al que teníamos derecho, no fuera que recibiéramos un segundo mamporro de nuestros padres por no haber tenido el cuidado que nos ordenaban antes de dejarnos solos, advertencia que se podía cumplir únicamente estando atados a una silla debajo de la sombrilla.

Las pandillas, que en los colegios se sustentaban en la homogeneidad de sus miembros, se nutrían de chicos y chicas que a priori no les unía más que la urgencia de vivir perpetuamente en sus vacaciones. A diferencia del invierno, no existía la segregación por género y se aceptaba por igual al masculino y al femenino. Ni siquiera coincidíamos en el colegio ni en la edad; mi grupo en aquel 1992 se movía entre los catorce y los dieciséis años. Dos de diferencia representaban un mundo de experiencias que aún desconocía. Los mayores disfrutaban con nosotros porque nos veían como discípulos a los que relatar, partiendo de la exageración y la mitología, sus vivencias con el alcohol, el repetir curso, las peleas y, por supuesto, con el noble arte de ligar del que no me sabía ni la primera lección. Nos creíamos lo que contaban porque desconocíamos bajo qué criterio separar la realidad de la fanfarronería, y como en el fondo nos daba igual, decíamos a todo que sí.

—Este curso me he liado con cinco —presumía Diego tumbado en la hamaca, dando una calada y aleccionándonos sobre la importancia de poner muescas en su

expediente.

Las confesiones llegaban de noche, después del bocadillo, que superaba la media barra, y de horas eternas de fútbol, bicis, frontón y helados de Miko sin premio. Unos relataban fumando sus hipotéticas proezas y otros escuchábamos. Con un cigarro en la mano todo parecía más adulto y ridículo.

—Menos lobos, don Juan, que por mi instituto se dice que eres una seta —replicó Yolanda ocultando sus celos y dando rienda suelta a múltiples interpretaciones.

Los que nos habíamos liado con un total de cero chicas asistíamos divertidos al intercambio de golpes sin maldad entre Diego y Yolanda, dos de los más populares del club. En el fondo se gustaban, validando la expresión que tanto repetíamos de los que se pelean se desean.

De lejos nos llegaba el bullicio del bar y de la terraza. Los mayores disfrutaban de largas conversaciones y, a su modo, actuando como nosotros, porque en su caso aquellas amistades tampoco eran las habituales. No compartíamos con ellos zona de ocio, ni falta que hacía, hasta ya bien entrada la noche cuando nos gritaban que tocaba volver a casa.

Otro de los ingredientes estivales básicos era la aparición de chicos y chicas que venían de forma esporádica al club invitados por alguno de los nuestros. Pasábamos de la frialdad de las presentaciones a los «¿cómo decías que te llamabas?» para acabar por bromear, hacernos ahogadillas y comer en la misma mesa como si nos hubieran separado al nacer. Si además eran chicas y guapas, el murmullo nacido del silencio y de nuestras caras de bobos se hacía presente y se completaban quinielas sobre si alguno seríamos capaz de ligar.

—Macho, es que a ti las tías te ven como un amigo. Te gusta vacilarlas, hacerles bromas, pero te falta maldad, que es lo que les mola —me dijo en tono paternalista Pablo, con su brazo colgado en mi hombro, volviendo de hacer un nuevo intento de apretar muy rápido el botón de la máquina para que nos salieran dos latas de Coca Cola por el precio de una.

—¿Y qué quieres, que vaya por ahí escupiéndolas y cagándome en todo? Si les gusta la maldad que se vayan con los jinchos, no te jode.

—No, tronco, no me refiero a que te comportes como un delincuente. Mira Diego, se lio con Marta después de ignorarla tres días. Se lo llevó ahí al césped a pedirle supuestamente explicaciones por ser tan chulo y trasca, morreo al canto y dice que casi le toca el culo.

—Hombre, si por casi te refieres a la parte superior de la espalda… —no me convencía su argumento, y más sabiendo que Diego era un fanfarrón.

—Haz lo que quieras, yo te digo que esa que ha venido hoy, Mariana, te pone ojitos. Marta me ha dicho que le gustas. Os habéis tirado media tarde hablando en

el bordillo de la piscina, a ver eso qué va a ser. Ya no te doy más la chapa, tú verás.

—Estábamos hablando de su prima, que está en mi colegio. Lo mismo se muda aquí.

Estar hablando un rato con una chica significaba que alguno de los dos, o los dos, quería algo. No existía la opción entre diferentes sexos de conversar sin intenciones ocultas y explicarlo era casi peor.

La personalidad era algo que se formaba a base de batacazos y de dejarse influir por la persona incorrecta. Pablo me estuvo comiendo la cabeza con que tenía una oportunidad más histórica que el Tratado de Versalles; si la aprovechaba el resto de chicas empezaría a verme con mejores ojos y sería lo que calificó como un caramelito deseable para ellas.

—Una vez que abres la veda, ya te catalogan como un tío hecho y derecho y hablarán de ti. Estarás más cotizado que el oro —aseguró mi amigo antes de urdir un encuentro a solas con Mariana.

—Sí, oro del que cagó el moro, ya verás tú.

Cuando la pandilla fingió tener cosas que hacer y de forma escalonada se marchó, por la cara de Mariana ya debería haber anticipado que algo no iba bien. La poca luz que nos iluminaba y mi inexperiencia para estar a solas con una chica no fueron el combinado perfecto para que descifrara la verdad, que coincidía en su totalidad con la que intenté explicar a Pablo.

—¿Por qué se han ido? ¿Eso lo hacen muy a menudo? —cuestionó Mariana por si se trataba de una tradición.

—No te preocupes, volverán enseguida, los habrán llamado sus padres desde el bar —respondí mientras me acercaba a su silla. Me puse a su lado y hablé de cosas banales.

Diez minutos después me decidí. Si ella no se había levantado y se había marchado no podía ser por más motivo que querer rollo. La miré, me estaba contando sus programas de televisión preferidos. Yo no la escuchaba, sólo tenía en la cabeza elegir el momento perfecto para lanzarme a sus labios.

—¿Farmacia de guardia te gusta? —preguntó sin prevenir lo que se le venía encima.

De una farmacia hubieran salido las vendas y los litros de mercromina necesarios para amortiguar el batacazo que me di cuando la pillé desprevenida y planté mis morros sobre los suyos. A la misma velocidad que el Sputnik 1, se apartó horrorizada.

—¿Qué estás haciendo? Eres un cerdo, todos los tíos sois iguales, ¿no se puede hablar con uno sin que quiera algo a cambio?

Se levantó indignada y la noche escondió parcialmente mi cara de idiota.

—Lo siento, yo pensaba...

—¿Qué pensabas, que por hablar contigo ya nos íbamos a liar?

Pude decirle que no, que de hecho lo contrario a ese argumento era lo que le había explicado a Pablo, pero el ridículo ya estaba ejecutado y lanzar la culpa a otro hubiera sido una traca final digna de la primera mascletá del año en Valencia.

Se marchó y me quedó rezar para que no se lo contara a nadie. Pablo apareció de entre los arbustos y no respetó el luto ni un segundo.

—Joe, tronco, no sé qué ha podido pasar. Estaba seguro de que esa chica quería tema.

Yo estaba tan avergonzado y con la lección tan aprendida que ni tuve fuerzas para mandarlo a la mierda. Quitarme la culpa no serviría, tuve la oportunidad de actuar a mi manera y preferí dejarme influenciar.

—Como le digas a alguien lo que has visto, te descuartizo.

—Mis labios están sellados —prometió.

Mantener los secretos requería mucha fidelidad. No daba un duro porque mi amigo no quisiera apuntarse un tanto con la exclusiva.

Aquel verano vinieron otras chicas al club y concentré mi energía en pasar desapercibido, aún me dolía el batacazo de la primera y cronificar un rechazo detrás de otro hasta conseguir un miserable beso no me salía a cuenta. Pablo, en cambio, nadaba entre calabazas mejor que Tritón en el mar. Consideraba que, si una chica de cada cinco le decía que sí, le compensaban cuatro situaciones embarazosas, y yo sólo de pensar que tenía que vivir una semejante a la de Mariana, me llevaba a querer atarme en la depuradora de la piscina.

España ganó más medallas que nunca en sus Juegos Olímpicos, Barcelona se reivindicó como una ciudad abierta y nombres que hasta entonces habían pasado desapercibidos en el debate deportivo, se hicieron visibles. De repente sabíamos de salto de altura, de tiro con arco, podíamos enumerar las pruebas que formaban un decatlón, queríamos nadar a mariposa y explicábamos mejor que la lección de historia la diferencia entre un ippon y un yuko en judo. El equipo de baloncesto perdió con Angola y aprendimos geografía situándola en el mapa, ya no se nos olvidaría que su capital era Luanda. A Fermín Cacho, aunque él nunca llegara a saberlo y se apropiara del mérito, lo empujamos con todas nuestras fuerzas para convertirlo en el primer español en ganar en la categoría de mil quinientos metros. A Kiko le dimos la asistencia desde el comedor junto a la piscina para que disparara con el alma aquella pelota que llevaba nuestro nombre y marcara el tercer gol a los polacos, y a Arantxa Sánchez-Vicario y a Conchita Martínez las entrenamos moralmente a distancia para que la medalla de plata que lograron también la consideráramos un poco nuestra y les supiera a oro.

A algunos cientos de kilómetros y unas semanas antes, Miguel Induráin

confirmaba que era el mejor ciclista del mundo con su segundo Tour de Francia, haciéndonos más ameno el soporífero rato en el que no podíamos bañarnos por la ley orgánica del famoso corte de digestión que nunca nadie padeció y del que se aseguraba que moriríamos ahogados, mismo resultado que con las insolaciones que tampoco llegaron. La franja de tiempo de supuesta espera entre la comida y el baño oscilaba desde los cero minutos si nos lanzábamos al agua justo después de comer, porque la digestión se comentaba que no había comenzado, y las dos horas y media de los más prudentes, arriesgándose a empalmar el almuerzo con la merienda y para colmo comenzar una segunda digestión.

Volviendo al ciclismo, era un orgullo ver al navarro recoger el testigo de Perico Delgado, destrozar rivales en las contrarrelojes y regalar victorias en la montaña —con nuestro enfado incluido por su excesiva generosidad—. Sin darnos cuenta, se volvieron más frecuentes en el club las carreras en bici que terminaban con caídas, rodillas en carne viva y pinchazos. Queríamos ser los primeros en llegar a la meta, mirar atrás, ver a nuestros adversarios claudicar y soltar el manillar para levantar los brazos bien alto y gritar que éramos lo mejores. Banesto, Kelme, Once, Clas-Cajastur, Amaya Seguros, Gatorade, Motorola, Telekom... Nos repartíamos los equipos con los que en años anteriores habíamos competido en forma de chapas. Deseábamos enfundarnos los maillots oficiales que se compraban en las tiendas de deportes a precios inalcanzables y la calidad de las bicis no acompañaba nuestra ambición. En los meses en los que el fútbol descansaba no teníamos ningún problema en aparcar el deseo de meter goles por el de pedalear más rápido que nadie.

Lo importante era soñar, no cumplir los sueños.

Contra pronóstico, el verano empezó a dar muestras de debilidad, el sol nos traicionó y las sudaderas a principios de septiembre formaron parte de nuestra equipación, acotando el bañarse a las horas de la mañana. Las frases hechas en las tertulias, afirmando que los días eran más cortos, florecían tanto como los que contradecían semejante obviedad recordando que desde finales de junio anochecía antes. En casa ya se hablaba de comprar libros de texto y de intentar heredar alguno del curso anterior, con la consabida protesta de los padres por el excesivo gasto que suponía educar a los cabezas de alcornoque que tenían como hijos y castigo.

Ir al colegio a buscar los horarios y otras obligaciones se vislumbraban en el horizonte más tenebroso. La mayor muestra de la decadencia estival residía en comprobar cómo menguaba la pandilla; en septiembre nos costaba llegar a diez para jugar un partido. En las noches de confesiones y hamacas quedamos los que no teníamos nada que confesar. Cada día había alguien que se despedía porque no vivía en la ciudad o porque ya no era lo mismo y mejor ser de los primeros en

marchar que estirar lo inevitable; al último en irse nadie le dice adiós. De vuelta a las clases regresaríamos con nuestros amigos de siempre y nuevas vivencias sustituirían a las de las vacaciones. Hasta finales del próximo junio nos trataríamos como simples conocidos. Teníamos un momento de debilidad, de mirar atrás y pensar que el verano había pasado por encima de nosotros muy rápido y nos había engañado haciéndonos creer que era tan largo como quisiéramos estirarlo.

Encontrarse, ya siendo mayores, con aquellos amigos estacionales, suponía volver a un lugar en el que fuimos especialmente felices. Pararnos en la calle y saludarnos era regresar a los veranos de noventa días. No habríamos sabido tener otro tema de conversación que no comenzara con un «¿te acuerdas cuando…?», y aunque desde fuera pareciera que éramos unos pesados repitiendo las mismas anécdotas, revivirlas con quienes fueron sus protagonistas era un huracán de aire fresco del que salíamos ilesos.

11

—Ja, ja, ja, ja, ¿qué te ha salido en la cara, Charles Bronson? Si tienes más bigote que José María Iñigo. Me muero.

Toni estaba en el suelo retorciéndose de risa en la víspera del inicio de curso. Quedamos en casa de Jandro para hacer un repaso del verano y retomar la vida por donde la habíamos dejado. Cuando nuestro amigo nos abrió la puerta estuvimos a punto de saludarlo como a un extraño y preguntarle si estaba Jandro. Medía cinco o seis centímetros más, su voz se había agravado y bajo su nariz había crecido un bigote que lo situaba como pariente de Pancho Villa.

—No me digas que mañana vas a ir con ese mostacho a clase, tío, te cuelgan los mayores de la canasta —tomé la palabra porque Toni no podía ni hablar.

—Dicen mis padres que si me lo afeito me crecerá más rápido.

—Digo yo que será mejor afeitarte que no quedarte con el mote de bigotes, ¿no? —me estaba adelantando a la humillación pública que sufriría si el primer día de colegio se andaba con esas.

Nos sorprendía que en menos de un trimestre Jandro hubiera cambiado tanto. Había accedido bruscamente al mundo de los casi adultos, pero por dentro seguía siendo el mismo chaval con ganas de hacer el imbécil. Fuimos a la tienda de abajo, que vendía de todo, y compró una cuchilla de afeitar Gillette y espuma sin darnos cuenta de que su padre tenía una maquinilla eléctrica que nos hubiera servido. Aprovechamos para pedir también unos helados Negrito y unas latas de Fanta porque la familia de Jandro tenía una cuenta abierta y pagaba a final de mes. Era una barra libre en toda regla: al pronunciar la frase mágica «apúntaselo a mi madre» se nos facilitaba acceso a lo que quisiéramos. En más de una ocasión, sin estar él delante, le echamos morro y pasamos por la tienda igualmente: «apúntaselo a la madre de Jandro, está avisada».

Nos encerramos en su baño dándole consejos de cómo hacer algo que no teníamos ni idea y que podía provocar heridas.

—Me van a matar mis padres por vuestra culpa, desgraciados —protestó agradecido de que le hubiéramos salvado la reputación.

—Mejor que te maten ellos a que lo hagan en el colegio —Toni se miraba en el espejo buscando rastro de algo similar a un pelo en la cara para usar él también la

cuchilla—. Además, qué te van a matar si nunca te ven, cuando se den cuenta ya te habrá crecido otra vez.

Jandro terminó la obra y nuevamente recuperó nuestro respeto.

—¿Ves? No ha sido tan difícil. Habrías ido al pilón de cabeza. Vamos a la pizzería y luego al cine a celebrar que te has quitado ese bigotazo de la cara —la misión nos había dado más hambre de la que saciaban los helados.

—Aprovechemos que está Jesús en la taquilla y su mujer se ha metido dentro —la vigilancia dio resultado, por fin se producía el relevo—. No os caguéis, ¿eh? Si aparentamos seguridad lo mismo cuela —al plan le veía lagunas, pero Toni ondeaba en cada batalla la bandera del optimismo.

—¡Hombre, Jesús! ¿Qué tal has pasado el verano? Estamos de vuelta.

—¡Hola, chicos! Ya os echaba de menos, que en vacaciones no os habéis dignado a venir ni una sola vez, cabroncetes —contestó alegre el dueño del multicine, compuesto por cuatro salas de diferente aforo.

—Joe, Jesús, no nos pasas ni una. Yo fui el otro día al cine de verano, que también es tuyo, no te quejes si no me has visto, que la pasta va a tus bolsillos igual —alegó Toni mintiendo, había estado en su pueblo.

Éramos asiduos en invierno, especialmente los domingos a las siete si los deberes estaban hechos. Si decíamos en casa que nos íbamos a dar una vuelta nos decían que no, que a repasar la lección, y si el plan era disfrutar de una película teníamos permiso y nos daban el dinero para la entrada y a veces hasta para las palomitas. Al no haber muchas salas, la rotación era menor y había fines de semana que no podíamos elegir ninguna porque muchas estaban vistas y las que no eran muy malas o no nos dejaban pasar porque se aplicaba —cuando interesaba y sin ningún criterio permanente— la recomendación de la edad. Dependíamos de quien estuviera vendiendo entradas: cuando estaba el empleado, que apenas rozaría los veinte años, podíamos pedirle lo que quisiéramos porque lo único que le importaba era acabar lo más rápido posible. Se llamaba Atilano, su flequillo le tapaba los ojos y si lo pillábamos contento hasta nos soltaba un «hola» raquítico que con el cristal de la taquilla en medio nos llegaba en forma de susurro.

—No le puede ir bien si le han puesto de nombre Atilano —me compadecía con el taquillero buscando una explicación razonable a su antipatía crónica.

En cambio, Jesús y Margarita gobernaban su negocio con mano dura cuando la película era para mayores de edad y nos dejaban pasar si no había escenas de sexo, como habían hecho unos meses antes con *Terminator 2*. Fuimos a verla y estuvimos meses despidiéndonos entre nosotros con un *sayonara baby* que dejó de tener gracia antes de lo previsto.

En 1992 habíamos gozado, entre otras, con la segunda parte de *Batman*, y nos

habíamos decepcionado al ver a Stallone hacer el canelo en una comedia como *¡Alto! o mi madre dispara*, provocando nuestro enfado por desperdiciar doscientas cincuenta pesetas que de otra manera hubieran acabado en los recreativos. La manera de ahorrar consistía en comprar en el supermercado las bebidas y la comida aun estando prohibido introducir alimentos de fuera. Nos poníamos los abrigos más anchos, generalmente plumas, para meternos en los bolsillos las bolsas y las latas, aunque hiciera veinte grados en la calle y nos miraran como si viniéramos de una expedición por el Kilimanjaro. Dábamos las entradas en la puerta aparentando una tranquilidad que no delatara que debajo llevábamos comida como para alimentar a toda la sala. Nuestra inocencia nos hacía creer que se la colábamos a Jesús, pero nos confesó mucho después —cuando mantener un cine en el centro de la ciudad se volvió una quimera y las multinacionales se comieron la ilusión de los pequeños empresarios—, que con nosotros hacía la vista gorda porque le caíamos bien y éramos los chavales de la ciudad que más películas veíamos.

—Bueno, Jesús, no queremos entretenerte. Danos tres entradas para la de Michael Douglas —Toni estaba seguro que si en vez de mencionarla por su título recurría al actor, tendríamos más posibilidades de pasar.

Jesús nos miró testando si bromeábamos o eran reales nuestras intenciones. Le sonreímos buscando su aprobación.

—Chicos, sabéis de sobra que esa peli es para mayores de dieciocho. No puedo dejaros pasar.

—¡Venga ya! Pone recomendada, no que esté prohibida la entrada a menores. Si vamos por la parte policiaca. Ver las tetas y el culo a Sharon Stone nos da igual —era justo a lo que íbamos.

—Mirad, tenéis *Arma letal 3* o también la de *Alien 3*, y en dos viernes estrenamos una de Clint Eastwood, *Sin perdón*.

—Para esas, según el cartel, tampoco tenemos la edad mínima. ¿Qué diferencia hay? Además, somos más de *La jungla de cristal*. Bruce Willis le da mil vueltas a Mel Gibson —intervine.

La decisión, a juzgar por su sonrisa condescendiente, estaba tomada.

—La diferencia está en que vuestros padres vienen mucho por aquí y si se enteran de que os he dejado entrar a *Instinto básico* me cuelgan. ¿*Alien* o *Arma letal 3*?

—*Arma letal* —contestamos a la vez—, y que sepas que no te lo vamos a perdonar —amenazó Jandro sin bigote ni credibilidad.

—Y no se os ocurra cambiar de sala porque os dejo hasta el siglo que viene sin entrar. Si hubiera estado mi mujer, lo mismo habríais tenido más suerte y ni se habría dado cuenta, chicos, últimamente está muy despistada. Disfrutad de la peli, que es de acción de las buenas y el bueno de Mel está que se sale.

—No vayas de moderno, que esa expresión ya no está de moda —mi ataque con pólvora mojada ni lo rozó.

Se hablaba mucho del cruce de piernas de Sharon Stone y no queríamos quedarnos atrás, pero no contábamos con la resistencia de Jesús, que pensó más en su negocio y en la incomodidad que supondría a los adultos encontrarse a tres gañanes al lado viendo la película con el mismo objetivo que ellos.

La vuelta a clase era un gran acontecimiento precedido de apuestas sobre cómo nos distribuirían, quién sería el tutor y, lo más importante, si habría nuevos alumnos, repetidores o algunas bajas. Sobre nuestras cabezas planeaba el peligro de que nos separaran. A medida que crecíamos, los del B nos caían mejor porque los necesitábamos para los partidos y los cumpleaños. Para ellos éramos la A de amorfos y para nosotros ellos la B de burros. De haber existido los grupos C y D habrían sido los catetos y los deficientes, ya lo teníamos proyectado. Cuando la dirección mandaba a uno a la otra clase era como enviarlo al matadero. Lo veíamos por la cristalera sentado, taciturno, haciendo como que atendía a la profesora mientras se preguntaba qué estaría pasando en el otro grupo, de donde nunca debieron haberlo sacado.

Había otra novedad importante, sería el primer curso académico en el que no era obligatorio el uniforme ni el chándal exclusivo para la asignatura de Educación física. Elegir atuendo se convertiría en una responsabilidad que hacía que mejorara o empeorara el estatus que uno tenía en el colegio, en ningún caso tan sólido como para que un mote nuevo no lo derrumbara todo. Repetir más de una vez seguida la misma ropa podía desencadenar una broma de imprevisibles consecuencias, especialmente si el olor comenzaba a estar a años luz del que tuvo la prenda al salir de la lavadora.

—No me jodas, Borja ha repetido otra vez y está en nuestra clase.

Jandro se coló en la fila para mirar las listas que estaban colgadas en un corcho. Comprobó aliviado que seguíamos juntos.

—Qué tío más zoquete, por Dios, ¿cuántas lleva ya? —perdí la cuenta de las veces que tropezaba en la misma piedra.

—Diría que es la tercera —calculó Toni.

—No, es la segunda, tiene dos años más que nosotros —rectificó Jandro.

—¿Dos? Yo creo que ha sido compañero de mi padre.

Y es que aquella diferencia era un mundo, y más en Borja, del que se decía que leer y escribir no estaban tanto entre sus virtudes como sí haber ligado con medio colegio nuestro y con otro medio del Sagrado Corazón de Jesús. Nos sacaba dos cabezas, dos cuerpos y una fama de rompecorazones.

—No imagino a este cambiando cromos, chavales —ironizó Toni cuando entramos en el aula y lo vimos sentado en la última fila tanteando a sus nuevos compañeros.

Le hicimos un gesto con la mano, como el que saluda de lejos en las vacaciones a otro de su misma ciudad, y buscamos mesas libres que no estuvieran en las primeras posiciones. Borja desentonaba en el paisaje con su barba de varios días, su ropa de marca y un pupitre libre de cualquier objeto que tuviera que ver con el aprendizaje, como una hoja en blanco o un boli BIC al menos roído.

Jandro y Toni se pusieron juntos y a mi lado esperé compañero de viaje, aún faltaban algunos por entrar. Eché de menos a Andrés.

Nuestra tutora, Raquel, nos dio la bienvenida vaticinando con una sobredosis de optimismo que sería un gran curso académico.

—Sí, especialmente para Borja, que lo mismo aprueba gimnasia —me susurró Toni riendo justo detrás.

—Tú haz muchas bromas con eso que como te escuche te cuelga de la pizarra —Borja no tenía fama de agresivo ni de aguantar gracias hirientes.

Raquel se acercó y nos amenazó a modo de prevención. Su simpatía hacía difícil creerla.

—Vosotros tres, si me dicen los profesores que molestáis o lo que sea, os cambio de sitio.

—Ese «lo que sea» abarca muchas opciones, profe, necesitamos más información —bromeó el de siempre.

—Antonio Morillo Sanz, si me haces explicártelo te pongo delante ya mismo. ¿Es eso lo que quieres?

—No, profe, no es lo que quiere, es que el pobre aún no se ha recuperado de una insolación este verano y dice tonterías, ya lo conoce. Ni se enterarán los profesores de que existimos, prometido por el niño Jesús —Jandro tomó el mando, no sin cierta picaresca, y se besó el pulgar sabiendo que no había victoria posible en aquella batalla dialéctica.

Raquel volvió a la pizarra y lanzó un misil con un único destinatario. Debí preverlo, estaba delante de mí, pero absorto en las tonterías de mis amigos, que eran las mías propias, no me fijé en que en la otra fila había una chica sin compañero.

—Como veis, tenéis una compañera nueva. En verdad hay cuatro, las otras están en el grupo B, ya las conoceréis. Os presento a Mariana Domínguez Cano, espero que le deis la bienvenida que se merece y que desde el comienzo sea una más de nuestro colegio.

Después de las calabazas que me dio en verano, había expulsado de mi memoria la conversación que tuvimos antes de lanzarme como un pulpo a su presa, cuando

aún le parecía una persona coherente y no un salido. Me contó que tal vez se mudaría a la ciudad, pero al usar el condicional lo di como una opción vaga.

—Mariana, si te parece bien, ponte con Santiago, estáis los dos solos y no tiene sentido dejar huecos libres.

—Por supuesto, profesora, muchas gracias. No tengo ningún problema en ponerme al lado de ese chico —contestó mirándome con una sonrisa plácida a ojos de cualquiera y tenebrosa a los míos.

Se acercó, se sentó y con un tono de voz más alto del que necesitaba, se presentó.

—Hola, soy Mariana. Encantada de conocerte —y sin más formalismo, falso en su caso, volvió a poner su atención en Raquel.

—Uhhhhhh, a Santi le gusta la nueva, mira qué cara de lelo se le ha quedado, Jandro.

Toni lo dijo suficientemente bajo para que no lo escuchara toda la clase y alto para que Mariana sí lo hiciera. Lejos de violentarse, ella se rio y yo quise saltar por la ventana y estamparme contra el suelo. Estábamos en un segundo piso, lo mismo tendría suerte y me mataría.

¿Qué decía el manual de supervivencia tras un descalabro así? A Raquel la veía mover la boca, ya no me llegaba su voz. Mi concentración estaba invertida en decidir si debía comentarle a Mariana el incidente veraniego, pedirle perdón, callarme y esperar que hubiera rechazado a tantos que mi cara fuera un recuerdo borroso sin identificar, o amenazarla si se le ocurría contarlo. Para colmo debía tomar la decisión en soledad, a mis amigos no les había dicho nada y el secreto me lo llevaría a la tumba si no lo desvelaba mi nueva compañera. Debutar con bancarrota en el noble arte de intentar seducir —por llamarlo de alguna manera— a una chica, no era un tema para compartir con Jandro y mucho menos con Toni, que lo incorporaría a su repertorio de chistes machacones que estiraba hasta las galaxias.

Opté por lo más cómodo, el silencio. Me cobijé en él sin saber que conllevaba un segundo problema: cómo tratarla. Había deberes que teníamos que hacer juntos y si me mostraba tímido, los compañeros, ansiosos de chismes que inventar, pondrían el foco en mí. Los primeros días hablamos lo necesario, lo que nos obligaban los trámites escolares, y creí ver en Mariana cierta diversión al comprobar el esfuerzo imperial que me provocaba mirarla directamente a los ojos.

Con lo que no contaba era con un imprevisto aliado que me iba a ayudar a gestionar mi vergüenza crónica.

—Ey, chaval, no te creas que no me doy cuenta de lo que te pasa con esa chica. Te estoy observando y no das pie con bola —Borja apareció por el pasillo y sin quererlo puso las bases para formar parte de la pandilla.

—Con razón sacas esas notas si te dedicas a espiarnos a los demás.

—A los demás no, a ti —me corrigió

—No me gusta esa chica, es que me cae mal —inventé.

No sabía si me atraía porque no había tenido tiempo para pensarlo, mi esfuerzo lo dilapidaba en regalarle indiferencia.

—Venga, ya, Santiaguito, estás para elegir. Que no me la cuelas.

Un «estás para elegir» sometía a presión. Se partía de la hipótesis de que no iba a tener muchas más opciones y que dejar pasar un tren significaba hacer andando el resto del camino. El problema en verdad era que no tenía ni siquiera el billete comprado.

Podría haber alargado la negación, hacerme el indignado. Confesar a un desconocido me liberó de la carga; supe que Borja era un buen tío y que podía ser mi amigo cuando le conté el esperpéntico *affaire* veraniego y guardó el secreto. En la adolescencia, el «no se lo digas a nadie» equivalía a publicar la noticia en la portada del periódico local y hasta en el *Times*, y en cambio fue discreto. Sin tener ningún vínculo demostró que había motivos para confiar en él.

El problema quizás era que Borja pensaba que las fórmulas que le funcionaban se aplicarían con el mismo rigor conmigo, con una piltrafa que no se comía una rosca.

—Lo que no puedes hacer es ir de amiguito de la chica que te gusta, es el primer mandamiento para ligar. Tienes que hacerte el interesante.

—Si casi ni la hablo, qué amiguito ni qué ocho cuartos me voy a hacer de ella.

Empezábamos mal las clases particulares. La copla ya me la habían cantado antes, era la que Pablo había usado en verano para convencerme de que Mariana había nacido para ser la madre de mis hijos.

—Digo en general. Calla y escucha —me hablaba con tal seriedad que juraría que iba a decirme que tenía una enfermedad incurable—. Tienes que crear un poco de misterio y a la vez ser divertido, y no te comportes como un niñato picado porque no te dio un besito en verano.

—Ya, eso es fácil decirlo.

—Tú eres un tío majo, hazle reír, eso le gustará. Enseña y oculta, enseña y oculta —repitió con las manos seis veces, escondiéndolas cuando tocaba un oculta, como si a la primera no lo hubiera entendido.

—Te voy a llamar doctor Amor —ironicé.

—Llámame como te dé la gana si me haces caso —y adelantó su paso pensando que ya había rentabilizado el día.

Ya que él no aprendía de los profesores, su entretenimiento estaba en enseñar a los que superaba en edad. Borja no tenía ni idea de formulación orgánica, ni de física o historia del siglo XIX, pero se movía por el colegio como si fuera el director.

A las puertas de alcanzar la mayoría de edad, decidió aprovechar la cadena perpetua que tenía adosada para divertirse a su manera —sus padres aún confiaban en reformarlo y lo mantenían en el centro a pesar de haber superado la fase de educación obligatoria—.

Lo fichamos para jugar las pachangas y por extensión para nuestra pandilla. Tanto él como nosotros tuvimos que hacer un esfuerzo y adaptarnos. Borja no tenía nada que ver con Andrés: era un huracán deseando vivir experiencias que fueran más allá de los recreativos, los cromos, los pequeños hurtos y de estar en la calle por estar. Y cuando cumplimos más años de los que la infancia y la preadolescencia permitían, en un proceso natural e invisible a nuestra percepción, también nos empezamos a interesar por lo que hasta entonces habíamos esquivado por ser cosa de mayores.

Días después de empezar el curso me harté de un sucedáneo del valor, que lo tenía en niveles paupérrimos, y una mañana, cuando sonó el timbre del recreo, le pedí a Mariana que se quedara un minuto; a ella no le sorprendió. Esperé a que no hubiera nadie en el aula, no quería testigos del desastre segunda parte. En el fondo daba igual, las paredes escuchaban y hablaban, y aunque ni ella ni yo contáramos nada, era probable que una versión paralela circulara por el colegio. Con frecuencia nos llegaban los ecos de triunfos y rupturas de chicos y chicas de otros cursos que casi ni conocíamos, en una especie de folletín novelesco más propio de la ficción que de lo que realmente sucedía. Ser protagonistas de uno de esos relatos era cuestión de tiempo.

Mariana se sentó en su mesa y me miró a los ojos. Me concentré para mantener el contacto visual.

—Quería hablar contigo sobre lo que pasó en verano —fui capitán general de la obviedad.

—Vergonzoso, Santiago. No te lo voy a perdonar jamás —su gesto se endureció y me señaló con un dedo cargado de acusaciones.

—Siento haberte ofendido. Si en verdad yo no quería hacer... —su risa cortó mi justificación en el momento en el que iba a confesar que me lancé a besarla porque me empujaron a ello, porque era lo que tocaba, aunque al tenerla delante la veía cada vez más guapa—. Vaya, no sabía que era tan gracioso el asunto.

—No me miras ni a la cara por aquella tontería. Estaba esperando a ver cuándo me decías algo que no tuviera que ver con las tareas. Déjate de explicaciones, no tiene ninguna importancia ni voy a contárselo a las chicas, por si es eso lo que te preocupa. Cuando te lanzaste como un baboso me enfadó porque estaba a gusto hablando contigo y creí que lo hacías simplemente porque te apetecía, no para enrollarte conmigo. Pero ya está, empezamos de cero y tan amigos.

Cambió la risa por una sonrisa y me tendió la mano en son de paz

prohibiéndome darle más razones absurdas. No era necesario flagelarse. Me liberó de una carga que más que pesada no sabía gestionar, y a partir de ahí nuestra relación mejoró y nos hicimos algo a medio camino entre el compañerismo y la amistad. Mariana demostró que su madurez y la mía estaban a la misma distancia que la Tierra y Andrómeda, y de alguna manera me regaló el prólogo del manual de instrucciones del género femenino, que iba seis pasos, o cien kilómetros, delante de mí.

12

Tendría que haber tres maneras oficiales de referirse a la Navidad y adaptarla a las circunstancias familiares de cada casa. Llevar la proposición al Vaticano y al Congreso de los Diputados y que se pongan de acuerdo, sin que sirva de precedente, para hacer algo bien.

La primera, antes de descubrir que los Reyes Magos no existen, cuando las piezas encajan a la perfección y todo tiene sentido. A finales de noviembre la televisión se llenaba de anuncios que iban dirigidos particularmente a cada niño y niña, no al resto. Nos decían que a qué esperábamos para pedir a sus majestades los Airgam Boys, el Hundir la flota, las Muñecas de Famosa o el organillo de Casio que usaríamos para poner melodías predefinidas y hacer que tocábamos de verdad. Aunque tuviéramos ya siete u ocho años disfrutábamos viendo hasta los anuncios del Gusyluz, no porque fuéramos a pedirlo sino por ser síntoma de que los mejores días, junto con los del verano, se acercaban.

No había nada que discutir, Papá Noel no entraba en los hogares de verdad. Vete a paseo, maldito hortera gordinflón... Chulería que se hacía añicos cuando en el período entre Nochebuena y Reyes veíamos por la calle a niños que ya disfrutaban de sus juguetes porque se los había traído aquel barbudo. Nos planteábamos si quizás no habíamos sido demasiado duros no permitiéndolo entrar a dejarnos un par de regalos para ir tirando hasta que llegaran los Reyes Magos.

Eran días de continuas amenazas de los padres, con una frase predominante: «si te sigues portando mal, te quedas sin Reyes». ¿Realmente tenían tanto poder como para avisar in extremis a Baltasar, que era mi preferido, de que cambiara su itinerario y no pasara por mi casa? No era tan curioso como para comprobarlo, así que la advertencia producía a corto plazo el mismo efecto que una anestesia para rinoceronte.

Una segunda forma de denominar la Navidad sería para ese momento en el que un adulto o un niño odioso que quiere dárselas de listo, confirman que ha sido un engaño, que esos ruidos que escuchábamos la noche del cinco al seis de enero no eran Melchor, Gaspar y Baltasar cometiendo un delito de allanamiento de morada entrando por la ventana, para qué por la puerta. Cómo llegaban hasta ahí, por qué

les cabían los regalos en tan pocos sacos, qué hacían en verano o cómo era posible que hubieran descifrado mi horripilante caligrafía, eran temas menores que esquivábamos por interés. Mientras uno no se hiciera preguntas incómodas no recibiría respuestas que no tenían marcha atrás. Nuestra única obligación era no levantarnos a verlos porque estaba ahí la amenaza latente de que huirían dejando el salón vacío de regalos e ilusión.

Descifrado el misterio, había una fase de luto, ¡como habían podido hacerme esto a mí los Reyes, no existir! y después una segunda de asimilación, de encajar las piezas y encontrar respuestas a planteamientos que nos habíamos hecho en el patio. ¿Qué era eso de que en unas casas se pidiera un regalo por miembro y en otras ocho? ¿Bajo qué clase de democracia mágica se sustentaba semejante disparate? ¿A mí un juego de Quimicefa para hacer volar la casa y a Jandro una bicicleta nueva? La verdad estaba delante y no la vimos llegar.

La tercera manera de llamar a la Navidad la debería marcar la diferencia entre cuando los abuelos están vivos o muertos. De las imposiciones que un niño y un adolescente reciben, ninguna es tan cruel como no poder disfrutar para siempre de sus abuelos, injusticia que se agranda en la época navideña, cuando el vacío en la mesa se empeña en gritar que a veces los recuerdos son mejores que cualquier presente.

Mis abuelos paternos llegaron a casa el día antes de la Nochebuena de 1992. Cargaban un jamón serrano y embutido suficiente para llenar dos frigoríficos; cualquier persona se habría negado a traerlos en un viaje de quinientos kilómetros en autobús con dos transbordos. Superaban los ochenta y cinco años de edad y los treinta de vitalidad.

Las frases hechas, convertidas en tradición, saltaban a la palestra, confrontando un «vengo con el jamón más rico que vais a probar» con el «para qué traéis nada, papá, si aquí hay comida suficiente» que soltaba mi padre cada trescientos sesenta y cinco días sin quitarle el ojo a aquella pata que acabaría semanas después esquilmada, dándole la razón a mi abuelo Genaro sobre la conveniencia de seguir haciendo regalos tan pesados.

—Aquí no tenéis ni idea de lo que es una buena longaniza, hijo, y de jamones no me hagas hablar que me muero de la pena.

Sus opiniones no admitían réplica. Si decía que no sabíamos comer jamón lo acatábamos y hacíamos lo posible por aprender. Mientras estuviera allí, nadie más que él o la abuela podrían cortarlo bajo pena de llevárselo de vuelta al autobús, ya empezado, al acabar la Navidad.

—¿Tú crees que sería capaz de agarrar el jamón medio comido y meterlo otra vez en el autocar? —pregunté a mi padre con la boca llena, sentados los dos en la

mesa de la cocina y comiéndonos un bocadillo con casi más jamón que pan que nos había preparado la abuela Mercedes.

—No lo conoces bien. Es capaz de volverse a casa con el hueso y hasta con la cuerda de la longaniza si le llevamos la contraria. Y ahora confiesa, ¿cuánta pasta os ha soltado a tu hermano y a ti?

Los abuelos Genaro y Mercedes se comportaban como el Banco Central Europeo inyectándonos liquidez para no dejarnos morir en la quiebra. Todo respondía a un proceso que se iniciaba cuando mis padres no estaban en casa.

—Tssss, Tú, ven aquí —con él mi segundo nombre era Tú.

—Dime, abuelo —me puse a su lado en el sofá haciéndome el sueco y sabiendo por dónde iban los tiros. Olía a recién afeitado, a camisa limpia y a chupito de anís que se bebía después de comer.

—¿Cómo andas de finanzas y de chicas?

—En la inmundicia en ambas.

—Eres joven, no tengas prisa, que ya te marearán en el futuro más de lo que te gustaría.

—¿Te refieres al dinero o a las chicas?

—A las chicas, mangarrán —lo pregunté en broma y se lo tomó como algo serio, recordándome que los códigos de comunicación que valían para mis amigos no eran aplicables a otra generación—. Toma mil duros y gástalos con tus amigos, y no seas tonto, no los inviertas en cosa útiles. Estos son para derrocharlos.

Cinco mil pesetas eran un tesoro que salvaba las navidades, y eso que aún quedaban las propinas —más pequeñas y frecuentes— que soltaba la abuela Mercedes en secreto como si estuviera compartiendo conmigo el código que activaría una bomba nuclear en el Pacífico. Llamé a Toni y a Jandro y fuimos por la ciudad disfrazados de auténticos rockefellers de garrafón, derrochando pasta como si el mañana no existiera y hasta nos metimos en el cine sin comprar las palomitas y las gominolas fuera. Elegimos *Solo en casa 2: perdido en Nueva York* y entramos con el abrigo desabrochado demostrando con exageración que no llevábamos provisiones ocultas. Ya volveríamos con la cuesta de enero a nuestras técnicas habituales.

A mi abuelo le gustaban los villancicos y visitar las exposiciones de belenes. Cuando en alguna tienda instalaban altavoces para reproducir canciones navideñas y que sonaran en la calle, se enfadaba si uno era *Jingle bells*.

—Eso no es un villancico ni es nada, qué manía con querer colarnos las americanadas de su cultura. Los buenos son *El tamborilero*, *Los peces en el río* y demás que ya conoces.

Si visitando algún belén no le gustaba alguna pieza, se enfadaba, y si no se daba cuenta ya me encargaba yo de avisarlo. Me divertía lo gruñón que era con aquello

que se alejaba de lo que para él era una tradición. A veces se me iba de las manos y calculaba mal su reacción.

—No me fastidies, mira qué cabezón le han puesto a ese niño Jesús. Lo tiene más grande que la mula. Voy a hablar con el encargado.

—Abuelo, cómo vas a decirle eso. Déjalo, que a nosotros nos da igual —mi risa se convertía en vergüenza y le cogía del brazo para disuadirlo de montar un pollo al guardia de seguridad, que estaba tan emocionado de vigilar aquello que por él como si llegaba Herodes y arrasaba la ciudad.

Después fuimos a la taberna Velero y nos juntamos con mi tío Braulio, que ni en Nochebuena ni Nochevieja cenaba con nosotros. «A mí dejadme de líos» me decía cuando intentaba convencerlo de que para él también había langostinos y jamón del bueno en la mesa. No sabría describir los encuentros que tenían padre e hijo, apenas los vi media docena de veces juntos y siempre tuve la impresión de que mi abuelo era incapaz, pese a sus intentos, de despojarse de una mezcla entre decepción, incomprensión y compasión por su primogénito. Frente a frente, cada uno con una cerveza, y yo en medio como excusa para que el ambiente fuera más amable del que aspiraban si hubieran estado solos. Cuando el silencio se volvía denso me daba por leer en voz alta algún titular del Marca: «anda, mira, Miguel Induráin dice que le gustaría volver a correr la Vuelta a España», a modo de auxilio. Que nadie me explicara qué había detrás de aquella tensión me producía más curiosidad, pero por mucho que me empeñé, fui despachado con el clásico «son cosas de mayores, tú no te metas», que era un comodín del que abusaban los adultos para no dar explicaciones o para no enfrentarse a la realidad… Sospechaba que más de lo segundo.

Las bombas fétidas el veintiocho de diciembre, los turrones, la reunión en la mesa el treinta y uno para reírnos con Martes y Trece, mi abuela explicando muy seria la diferencia entre los cuartos y las doce campanadas y emocionándose al terminar la última, el Roscón de Reyes que introducía puntual el debate sobre si fruta escarchada sí o no, la mañana del seis de enero abriendo regalos y dando las gracias a los familiares —aunque en verdad fuera cosa de los Reyes Magos—, eran estampas que se repetían en casa y que de no haber sido así habría echado de menos. Teníamos un papel concreto que repetir una vez al año: mi padre no quería comer las uvas, mi madre le regañaba por no sumarse a la tradición, mi hermano se las empezaba a comer antes porque si no le daban arcadas, mi abuelo pedía muy solemne al uno de enero salud, apostillado con un «que a mí ya no me quedan muchas vueltas por este mundo» que le costaba un coscorrón de la abuela por agorero, la única con jurisprudencia para hacerle reproches. Yo los observaba encantado de formar parte de una familia tan diversa y echando a la vez de menos que mi tío no se uniera a la celebración, que fuera un eslabón perdido con el que

tenía relación por separado.

1993 dio la bienvenida a los españoles con un tipo presentando las campanadas que me caía bien gracias al programa *El precio justo*, cuando soltaba la mano deslizándola hacia el aire con su famoso «Señoras y señores, soy su amigo Joaquín Prat. Les mando un saludo y me marcho... ¡a jugar!». Faltaban al menos uno o dos años para que a mis costumbres navideñas se le sumara la decisión vital de si pagar mil duros por ir a una fiesta con barra libre, traje y corbata, que rentabilizaría si me ponía de alcohol hasta las cejas. Mi hermano ya andaba en esos trajines y yo no entendía cómo dilapidaba de una tacada las seis mil pesetas que también le había soltado el abuelo Genaro, mil más porque la jerarquía debía verse reflejada de alguna manera.

Cuando llegaba el siete de enero, ese oasis de celebraciones familiares, comilonas, regalos, no pensar en el colegio, gastar bromas, el árbol y el belén puestos con cuidado de que todo siguiera igual, se venía abajo de golpe, y el aroma a despedida y a retomar el día a día impregnaba mi casa de una tristeza que cada uno disimulaba lo mejor que sabía.

—Como me entere de que metéis mal el cuchillo al jamón vengo y os lo quito —mi abuelo era el que peor lo pasaba y el que menos lo demostraba.

A mí, que no sabía pensar en modo futuro, me entristecía vaticinar que a aquellas visitas les quedaba poco y que, más pronto que tarde, la vida pondría límites a Genaro y a Mercedes para que decayera la vitalidad perpetua en la que se movían. Ochenta y cinco años eran muchos, y si pasaban cinco o seis meses hasta nuestro próximo encuentro, notaba con especial vehemencia el castigo del tiempo, con pasos más cortos e inseguros y un gesto cansado. Que aparecieran cada Navidad cargados de regalos era su manera de mostrarnos que no se iban a rendir tan pronto. Al acompañarlos junto a mi padre y a mi tío al autobús, contuve las lágrimas tanto como lo hicieron ellos y deseé que no fuera la última, que resistieran un poco más, al menos hasta la eternidad.

A lo mejor estaba pidiendo demasiado...

13

Lo que pasaba en el mundo no nos era del todo ajeno. Lo tratábamos desde la distancia, desde la certeza de que las cosas malas les ocurrían a otros, no a los nuestros. Los profesores nos hablaban en clase de las guerras, el terrorismo, el hambre en África, las enfermedades… y atendíamos a veces creyendo estar escuchando el argumento de una película. Veíamos fotos de niños desnutridos, edificios reventados por las bombas o desconocidos sufriendo en una camilla, rogando que alguien los rescatara in extremis de una muerte segura.

En casa nos sentábamos a veces a ver las noticias en la cena, cada uno en el canal que elegían los padres. Con la ayuda de José María Carrascal, Jesús Hermida, María Escario o Rosa María Mateo, se nos explicaban los motivos por los que sucedían las cosas, delimitando la línea que separaba a los buenos de los malos.

En 1990 ya la guerra había puesto en el mapa a dos países que no conocíamos, Kuwait e Irak, a un villano con bigote y cara de malo apellidado Hussein y a un señor proclamado justiciero, George Bush. Aquellos lugares pasaron de refilón por nuestra corta edad tal vez por la lejanía, aunque las imágenes de los misiles, los aviones y las noches iluminadas por las bombas se quedaron en nuestro recuerdo.

Nuestra perspectiva cambió cuando la guerra se acercó peligrosamente y penetró en las fronteras de Europa. Un país que en las clases de Historia y en los deportes de selección habíamos aprendido bajo el nombre de Yugoslavia, se empezaba a desmembrar y a aniquilarse. En los hogares y en las aulas la pregunta de si eso podría pasar también en España se repetía, y dependiendo del grado de optimismo de quien contestara, nos movíamos entre un rotundo no y un nunca se sabe que dejaba la puerta abierta a miles de interpretaciones que en el recreo manoseábamos al gusto para parecer que sabíamos algo del tema, cuando en el fondo lo único que hacíamos era reproducir lo que los adultos nos contaban.

Al padre de nuestro compañero Pablo, que era militar, lo enviaron a Bosnia-Herzegovina formando parte de la primera misión internacional de las Fuerzas Armadas españolas, dentro del despliegue de cascos azules de la ONU. Cuando nos enteramos fuimos a darle ánimos, porque no sabíamos si se lo iban a cargar, y la enhorabuena porque le concedimos el título de héroe, que por justicia heredaba el hijo. Su padre salió en el periódico y nos congratulamos de conocerlo. El único que

seguía serio era Pablo, que no terminaba de verle la emoción a que el militar se fuera a otro país sin tener claro que regresaría. La parte de que se trataba de una misión de paz, con los peligros que entrañaba, la obviamos, y nos lo imaginamos en las trincheras, con la cara negra de suciedad y barro, pegando tiros y lanzando granadas.

Una vez que se perdió el efecto novedad cronificamos el asunto y le dimos un aire de rutina que le hizo perder toda esperanza de épica.

—Ey, Pablo, ¿qué tal tu padre por la guerra? —preguntó un día Toni al pasar por su mesa.

—Bien, ahí anda, llama de vez en cuando y dice que no nos preocupemos.

La cotidianeidad fue apagando nuestro interés por un conflicto cruel del que nunca han desaparecido por completo las huellas de su impacto.

También había algo de rutinario en el terrorismo de ETA, al que prestábamos más atención porque pasaba exclusivamente en España. Militares, policías, guardias civiles y posteriormente también políticos, juristas, empresarios y funcionarios, se convirtieron en blanco de unos asesinos cuya misión era convertir el País Vasco y Navarra en un país propio y expulsar al enemigo, que no era más que quien pensara diferente. Desde pequeños vimos en las noticias coches calcinados, sábanas blancas manchadas de muerte cubriendo cadáveres, familias rotas —a las que la justicia no podría devolverles una milésima parte de lo robado — y políticos asegurando que muy pronto acabaría la sangría de inocentes asesinados. Saber los nombres y apellidos de las víctimas, conocer su rostro y ver en directo el sufrimiento, nos ayudaba socialmente a empatizar y a no tratarlo como algo ajeno, como un problema de otros.

Cuando se detenía a un terrorista y se veía su rostro menguado y derrotado delante de las cámaras, me preguntaba cómo un ser tan insignificante había tenido la valentía de apretar el gatillo a unos centímetros de otra persona a la que ni conocía, y yo le gritaba a la televisión que ojalá le hicieran lo mismo, que lo mataran. Mis padres me reprochaban el argumento, y por mucho que me explicaran que las cosas no se hacían así y que para eso existían las leyes, no lo comprendía. La opción del ojo por ojo me resultaba gratificante.

Hubo un suceso que pasó a ser el centro de gravedad por encima de cualquier conflicto bélico. Contenía los ingredientes para que captara la atención y relevara a un tercer plano las preocupaciones más mundanas: fue en nuestro país y no en lugares remotos, eran tres chicas casi de la misma edad que nosotros y la incertidumbre que crecía disparaba los rumores, las falsas noticias, las suposiciones, las conspiraciones, el pesimismo, el optimismo, la indignación... que en conjunto éramos incapaces de gestionar porque no existía un precedente que tomar como

referencia.

Miriam, Toñi y Desirée desaparecieron el 13 de noviembre de 1992, y lo que en las primeras horas se interpretó como una gamberrada adolescente, rápidamente se transformó en la certeza de que si no habían vuelto a casa no era por decisión propia. Alcàsser, un pequeño pueblo de la provincia de Valencia, se convirtió en la capital mediática del país, y aunque nuestros ojos no eran capaces de verlo porque aún no estábamos educados para ello, también en la sede nacional del amarillismo y la carroña que alimentábamos siendo espectadores y reventando las audiencias. Programas de larga duración que rellenar de contenidos vacíos, conexiones en directo anunciando la nada, declaraciones de allegados para exponer en *prime time* el dolor… Todo lo veíamos con la esperanza de que las chicas aparecieran y estuvieran bien.

En muchas familias se reforzaron las medidas de protección simbólicas a los menores: «no vuelvas a casa sola», «te voy a recoger con el coche», «si te vas a retrasar llama desde una cabina» o «no se os ocurra subir a un coche con extraños»… eran mandatos que siempre habían estado presentes más como una coletilla que repetir que como una fórmula que realmente evitara problemas.

Los bulos no tardaron en imponer su cuota de protagonismo, vigentes hasta que las autoridades los neutralizaban para evitar el caos y la sensación de inseguridad, pero volvían con más fuerza. El programa *¿Quién sabe dónde?*, en TVE 1, dirigido por Paco Lobatón, lo devorábamos pegados a la pantalla, rogando al presentador que nos diera la esperanza que empezaba a tambalearse. Cuanto más escuchábamos sobre Miriam, Toñi y Desirée, más creíamos conocerlas, y cada foto nueva que publicaba algún familiar conseguía que las sintiéramos cerca. Sabíamos sus aficiones, sus grupos de música preferidos, el nombre de sus padres… y durante dos meses y medio los españoles tuvimos altibajos, mezclando el optimismo con la lógica que nos decía que dependían de un milagro, de los que nunca nadie había presenciado, para que aparecieran con vida.

La mañana del 27 de enero de 1993, cuando el entorno de las chicas luchaba para que las autoridades no perdieran la tensión de la búsqueda, manteniendo la presencia en los medios de comunicación y prorrogando el caso en la categoría de actualidad, un apicultor valenciano y su consuegro se colaban en aquel guion de terror que superaba cualquier trama perversa de ficción. Semienterradas y desprovistas de una oportunidad para salvarse, se localizaron los cadáveres. De golpe la esperanza que habíamos acumulado en setenta y cinco días se derribó en cuanto las televisiones y las radios dieron la noticia. La tristeza, la ira y la búsqueda de respuestas formaban un cóctel del que bebimos, y quien más quien menos, sabedor o no realmente de lo que exigía, pidió —como yo con los etarras— que a los asesinos les hicieran lo mismo.

En clase atendimos desganados a las indicaciones de los profesores que, sin convencimiento y con la obligación pertinente por trabajar para un colegio religioso, nos aseguraban que las tres chicas estarían con Dios. Guardamos un minuto de silencio de los que no consolaban y a más de uno nos sirvió para reflexionar e incorporar a la lista de las cosas que pasaban la crueldad por la crueldad.

Nos envolvió un aire de derrota nuevo, sensaciones que vivimos por primera vez: la pena por alguien alejado del entorno, la falta de comprensión, la ausencia de cualquier lógica... Escuchábamos a los mayores por si ellos entendían algo, pero cuando vimos que estaban igual que nosotros y que ser adultos no significaba saber más, el desconsuelo fue mayor. Y en contra de lo esperado, ni las detenciones que la Guardia Civil hizo sirvieron como tabla de salvación porque el principal culpable, Antonio Anglés, se escapó, creándose sobre él una leyenda negra que nadie ha sido capaz de diluir con una explicación convincente.

Lo que vino después de que las chicas fueran enterradas ya se alejó de nuestra atención. La vida siguió, como siempre lo hace, y la espectacularización en la que se transformó el caso ya nos fue indiferente. Alcàsser nos había puesto en aviso: no todo era alegría, gamberradas y diversión, y ese aprendizaje, aunque lo dejamos con frecuencia apartado para seguir disfrutando sin obstáculos, se quedó en nosotros.

14

—¿Así que ya os están dando la tabarra con eso de que pronto habrá que escoger entre ciencias o letras? Hay cosas que nunca cambiarán —el tío Braulio se rio como quien sabe que algo no tiene remedio.

Estaba en su casa viendo al Barcelona contra el Sporting de Gijón una tarde de febrero. No le gustaba el fútbol, pero una vez al mes me llamaba para que lo viera con él y me preparaba para cenar unas patatas fritas con huevos y filetes rebozados que me sabían a gloria. Quizás mi tío lo hacía porque era su manera de equilibrar mi compañía cuando pescaba, o porque la persona más solitaria del mundo se cansaba a veces de la soledad.

—¿De qué te ríes, tío? No tengo ni idea de qué elegir. Mis padres dicen que con las ciencias tendré más oportunidades, la Física y la Química sospecho que no me van a gustar y las Matemáticas tampoco te creas que me vuelven loco.

—Me río porque todo sigue igual. ¿Qué carajo vas a saber tú lo que quieres? Si con tu edad no sabes ni por dónde te viene el aire. Cada vez más gente va a la universidad, ¿y qué pasa? Que los que sacan las mejores notas se ven empujados a elegir en su mayoría carreras de ciencias porque cómo van a hacer algo de letras con esas notas tan buenas. Y los que van raspados y quieren ir a la universidad se ven obligados a las de letras, les guste o no, porque han vagueado en el instituto, y a lo mejor al llegar a la universidad hubieran encontrado su motivación y les habría ido bien. Es un sistema absurdo, te vas a dedicar a algo que eliges cuando no estás preparado y tus méritos son las notas que conseguiste cuando tenías aún menos idea. Eso no quiere decir que no aciertes, ojo, es una ruleta rusa.

Me sorprendía que alguien tan encerrado en sí mismo tuviera una visión que no iba desencaminada con la realidad.

—Mi padre me ha dicho que estudiaste Ingeniería de caminos y que lo dejaste en la línea de meta —no tenía ni idea de qué hacía un ingeniero, pero sí que sonaba a algo muy difícil de hacer y que abandonar cuando ya se veía la pancarta de llegada era extraño.

—Tu padre te cuenta demasiadas cosas, me da a mí.

—Qué va, me dice que si quiero saber algo te lo pregunte directamente.

—Por esa cara que pones estás deseando saber por qué no acabé la carrera. Mira

otro gol del Barça, el sexto. Estarás contento, vaya paliza —su intento de cambiar de opinión estuvo poco logrado.

Esperó a que viéramos la repetición y me dio una contestación que se parecía a las que daba siempre mi tío Braulio, de las que dejaban más dudas.

—Abandoné porque no me gustaba lo que hacía ni a dónde me llevaría a parar. Por eso me fui.

La siguiente pregunta, por lógica, debía ser por qué no había hecho el esfuerzo y obtener el título independientemente de que después no se hubiera dedicado a ello. Stoitchkov metió de penalti el séptimo gol del Barça en el último minuto, en el que pasan las mejores cosas, y cuando volví a mirar a mi tío su cara me dijo amablemente que no insistiera.

No se trataba tanto de qué estudiar porque hasta muchos años después no sabríamos si habíamos acertado. Tras esa decisión estaba la primera importante que tomar, y aunque en muchas casas fueran los padres los que sujetaban el timón de la elección, se nos empezaba a hablar de ser mayores, un terreno inexplorado al que no terminaba de ver su encanto.

La primera fiesta en una discoteca se recuerda para siempre y con los años pasa a entrar en el catálogo de ficción, de comedia y a veces hasta de terror. Luego vienen muchas más: divertidas, aburridas, inesperadamente sorprendentes, en las que el DJ parece que te ha llamado para elegir la música, otras en las que las cosas buenas pasan justo cuando uno se marcha a casa, en las que te sientes un superhombre y tomas decisiones vitales que se desvanecerán con la resaca al amanecer, en las que va la persona que te gusta, la persona que te gustó o la persona que te empezará a gustar...

—Mamá, el viernes hay una fiesta que organiza el colegio y a mis amigos van a dejarlos hasta las doce y media —afirmar que la organizaba el colegio se asemejaba a argumentar que *Instinto básico* era una película de detectives.

Recurrir a la técnica de la comparación con la pandilla era jugársela a cara o cruz: podía funcionar o responderme que le daban igual mis amigos, que como si se tiraban por un puente.

—¿Que las monjas han montado una fiesta? Dónde, ¿en el patio?

Mi madre tomaba las peores decisiones haciendo otra cosa a la vez y aparentando no darle importancia al tema que era el centro de mi universo. Estaba en el sofá leyendo una novela de Vázquez Montalbán y me respondió sin apartar la mirada del libro, pero yo estaba seguro de que se había detenido en una línea para concentrarse en el asunto que tenía algo de duelo a vida o muerte entre dos pistoleros de los *Western* que tanto gustaban a mi padre.

—No exactamente, es en el bar Paraíso —si al local le despojaba de su categoría

de discoteca y lo rebajaba a un inocente bar podría tener una opción.

—Ja, ja, ja. El Paraíso desde que yo era una cría es una discoteca de tomo y lomo, no me cuentes milongas.

—Sí que tiene años entonces el local —no era buen momento para bromear.

—No veo a sor Amelia llevándoos de fiesta allí —omitió mi ocurrencia, levantó la mirada del libro y se quitó las gafas. Ahora sí, todas las cartas estaban sobre la mesa.

—Bueno, no es cosa de ella. Los del último curso están sacando pasta para su viaje a Francia, no vayas a pensar cosas raras, que es una fiesta sin alcohol.

Mi madre llevaba pensando cosas raras desde el pitido inicial.

—Y qué vais a hacer allí, si sois unos renacuajos.

—Por dios, mamá, que hago ya dieciséis este año —ese ya final implicaba responsabilidad, coherencia, madurez... justo lo que me faltaba.

—¿A qué hora empieza?

—A las ocho y media. Si me hacéis llegar a las once no me da tiempo a nada; Toni y Jandro van a volver a las doce y media. Y bueno, a Borja hasta que quiera, pero tampoco pido tanto —si mostraba todas las opciones quizás se decantaría por la menos mala.

Borja jugaba en otra liga.

—Ese chico con el que te juntas podría ser tu padre, no te compares —mi madre lo veía como un proscrito.

—Bueno, pues listo, a las doce y media en punto estoy en casa —decidí unilateralmente.

Homenajeando a Poncio Pilatos, que lo tenía reciente de la clase de religión, mi madre se lavó las manos, volvió a su lectura y pasó la responsabilidad a mi padre.

—Pronto empezáis con las fiestecitas. Yo no quiero saber más, lo hablas con tu padre a ver qué dice. Y si vas, como vuelvas oliendo a alcohol estarás castigado hasta que tus hijos vayan a la universidad —quizás reculó porque había más contras que pros en dejarme en casa.

Con mi padre fue más fácil. Una vez garantizado que lo más fuerte que bebería sería Rives Maracuyá y que no fumaría, como si hacerlo dependiera de una fiesta, accedió a mi petición bajo la premisa de que si llegaban los suspensos —algo que él barruntaba desde que pisé preescolar— me cortaría el grifo del ocio. Ese aumento de la hora tenía algo de trampa para ellos; cada vez que me la habían subido era después de una petición puntual, y al ver que el peligro había sido nulo, se convertía en permanente.

Solventado el primer trámite, como también hicieron Toni y Jandro, se nos presentó un segundo problema: ¿qué se hacía en una fiesta de esas? Lo primero, comprar la entrada por cuatrocientas pesetas con una consumición incluida.

—Macho, por este dinero ya puede ser jauja —protestó Toni sin saber qué era jauja.

Estábamos en nuestro banco intentando elaborar una suerte de estrategia para salir indemnes de la fiesta.

—No lloriquees, que eso te lo gastas un sábado en un bollo y cuatro chorradas más, desgraciado. Te lo vas a pasar de puta madre —vaticinó Borja, más ducho en aquellos saraos—, y poneos guapetes, que las chicas se arreglan y lo mismo hasta ligáis con alguna.

—Sí, con cuatro a la vez, no te jode —ese pesimismo era más propio de Andrés, alguien tenía que heredarlo.

—Con esa actitud ni te deja entrar el portero. A ver, chicos, hacedme caso: camisa por dentro, bien de colonia y ni hablar de las zapatillas piojosas que lleváis. Si no os lo creéis vosotros, las tías pasarán.

—¡Si nunca nos hacen caso, caracabrón! ¿Por echarme la Chispas se me van a lanzar al cuello? Venga ya —la confianza de Toni estaba bajo mínimos.

Nos íbamos a mover en un escenario ajeno a los que dominábamos: la calle, los partidos, los recreativos, el recreo... Ahí estábamos cómodos porque era nuestro hábitat, sabíamos lo que sucedería tras ejecutar cualquier trastada.

—¡Qué Chispas ni qué niño muerto! Con esa guarrería das el cante. Ponte una colonia de tu padre, la Chispas es para niños, tírala al wáter en cuanto llegues a casa, gualtrapa. A ver, equipo, yo estaré pendiente por si alguna os echa el ojo.

—A Jandro a lo mejor se lo echa alguno —bromeó Toni y nos reímos los demás.

—¿Tú qué vas a estar pendiente? Si en cuanto entres estarás ligando con media discoteca, jeta, que nos conocemos —me adelanté a la evidencia.

Borja sonrió, su ego creció un metro.

—Que no, hombre, hay tiempo para todo —me corrigió, complaciente, adelantando su triunfo cantado.

—Ya verás tú, este se pone las botas y nosotros comiendo palomitas. Vamos a echar un que no caiga y nos dejamos de chorradas.

Hicimos un círculo grande y nos pasamos el balón con el pie sin que tocara el suelo, dejando para el viernes la resolución de aquella fiesta que no era sino otra de las puertas de entrada al mundo adulto. Una vez abierta de par en par, ya no había escapatoria.

Nos detuvimos a unos metros de la entrada a la discoteca Paraíso, custodiada por un portero de metro noventa que entre sus habilidades no frecuentaba la de sonreír. A su lado, dos alumnas del último curso vendían entradas y controlaban la caja con la recaudación. Parecíamos la comunidad del anillo, comandada por

Frodo Bolsón, dándonos la última oportunidad de dar marcha atrás y quedarnos en nuestra particular comarca. Pantalón vaquero —en el caso de Jandro unos Pepe Jeans de ocho mil pesetas que no lo salvarían del desastre—, camisa por dentro como nos había ordenado Borja, zapatos limpios que nadie nos miraría y el pelo desordenado para parecer más modernos. Ese era nuestro uniforme de batalla.

—Bueno, chavales, vamos a ver qué se cuece ahí dentro. Lo más importante, no hagamos el ridículo, que den la nota otros —tomé el mando como si hubiera algo que mandar.

—Yo por si se pone tonta la cosa le he mangado la petaca a mi padre y la he llenado de whisky —Toni la escondía en el bolsillo interior del abrigo y nos la enseñó como si portara cincuenta kilos de droga.

—¿Estás loco? Si te pillan nos echan a patadas —protesté.

—Que no voy a usarla, leches, es por si estamos muy *paradetes*. Mi padre se toma un chupito de White Label por las mañanas y va como una moto.

—Vaya ejemplo que nos pones.

Pasamos por delante del gorila casi sin mirarlo; llevábamos anunciado en la cara que estábamos haciendo algo malo. Toni lo saludó con un «ey», abrimos la segunda puerta y una nube de humo y luces nos envolvió. Compañeras de otros cursos bailaban, los chicos se apoyaban en la barra y hablaban pegando la boca al oído del otro, y los más jóvenes formaban corros cubiertos de timidez. En la forma de estar ya se veía quién era novato.

—¡Hola, chicos! Me alegra que hayáis venido —nos dijo Alicia con un vaso de tubo en una mano y alegría en la otra, repartiendo abrazos que no nos dábamos ni cuando metíamos el gol más espectacular del mundo—. Luego os veo y bailamos juntos.

Era una de las chicas que jugaba al fútbol con nosotros. Nos lo pasábamos bien en el colegio y algunos sábados íbamos con sus amigas y con ella al cine.

—Joder, ¿esa era Alicia? —preguntó Jandro sin despegar la mirada mientras se alejaba.

—Ostras, se ha puesto buenorra hoy —Toni iba en la misma dirección.

—Lo mismo las chicas al vernos piensan igual —la utopía era gratis.

—¡Esos tíos buenos! —Borja apareció a nuestra espalda y nos abarcó a los tres a la vez con sus brazos—. Dejadme que os vea, estupendo, venís rompedores, el Kirk Cameron ese no tiene nada que hacer a vuestro lado. De aquí salís por la puerta grande. ¿Habéis visto ya alguna pibita que os mole? —la música estaba alta y sus gritos se solapaban con la voz imperial de la sueca del grupo Roxette, Marie Fredriksson, preguntándonos *How do you do*?

Yo iba con la lección aprendida del verano y el cinturón de seguridad puesto. Se me daba bien cometer el mismo error diez veces, pero cuando se trataba de hacer el

ridículo activaba mi oxidado sexto sentido y pisaba a fondo el freno. Borja nos puso en la tesitura de que la fiesta sería un éxito si ligábamos, aunque ni íbamos con esa intención ni vaticinábamos que fuera a pasar. Ninguna chica del colegio había mostrado interés en ese sentido, y con el optimismo metido en la petaca de Toni, no creeríamos que, por arte de magia y por estar en una discoteca, aquello fuera a convertirse en Sodoma y Gomorra.

Dimos una vuelta por el local como quien pasea por un museo. Las chicas bailaban alegres, algunas con un vaso en la mano, y lo que nos había sorprendido con Alicia se repitió: muchas nos parecían más guapas que en el colegio. Nos juntamos con el grupo de nuestro compañero Carlines y a gritos empezamos a hablar de lo mismo que hablaríamos en la calle mientras los ojos se nos iban de vez en cuando hacia alguna. Fuimos a gastar nuestra consumición, el alcohol estaba prohibido. Por la cara, los movimientos de más de uno y las visitas frecuentes al baño, no había que ser Sherlock Holmes para afirmar que no iba a ser una fiesta libre de alcohol como se anunció; el principal argumento para que nuestros padres accedieran a dejar que nos juntáramos con los del último curso. Me apoyé en la barra igual que si fuera a pedir un vodka con Martini seco, mezclado, no agitado. Los dos camareros pasaban delante sin mirarme, estaba claro que yo no era Sean Connery ni Roger Moore... ni tan siquiera George Lazenby.

Por fin tuvieron a bien atenderme. En el segundo que pasó entre agarrar el vaso y preguntarme por qué había pedido la marranada del Rives para parecer más adulto, el paisaje inocente que me había recibido al entrar a la discoteca una hora antes mutó, convirtiéndose en un espacio de perversión y gente a la que le hizo efecto el alcohol que consumía fuera del local y en los baños.

Chicos de otras clases, que creía tan torpes como yo en las relaciones amorosas, besaban en las esquinas, apoyados en las columnas o aliándose con los puntos muertos a los que apenas llegaba la luz, a chicas que en su mayoría no conocía. Había gente de diferentes colegios e institutos que nuevamente nos adelantaban por la derecha. Alicia rodeaba con los brazos el cuello de Borja, comiéndose mutuamente como si llevaran semanas sin alimentarse, y las manos de él evaluaban pros y contra de explorar nuevos caminos. Al otro lado, Jandro miraba con la misma incredulidad, no tanto por nuestro amigo, que era cuestión de segundos que repartiera amor por la sala, como por Alicia. Nunca los habíamos visto siquiera saludarse en el aula, pero la influencia de la noche, del alcohol y de estar fuera del entorno escolar, que limitaba nuestra libertad, nos descubrieron que para despertar el interés por una chica no había que dar antes doce paseos por el parque ni llamarse por teléfono haciendo planes de futuro que jamás se cumplirían. Bastaba con un interés físico, con mirarse a los ojos bajo los mismos códigos y dar un paso hacia delante, y no siete para atrás como Jandro, Toni y un servidor, que en nuestra

genética teníamos más ADN de cangrejo que de ser humano.

—Joder, y luego dicen que lo importante es hacerlas reír y ser buenas personas —protestó Jandro cuando llegó hasta mi posición—. A estas les importa un pijote si libramos al mundo del hambre.

—Todas se están dando el filete con los guaperas y con los mayores —lo dije más a modo descriptivo, como si fuera un observador de la ONU que estuviera allí para asegurarse de que pasara lo que debía pasar en cualquier fiesta de hormonas en ebullición. No pude evitar buscar a Mariana en aquella maraña de tentáculos.

Como si la brujería existiera y ella estuviera esperando su oportunidad, Laura me tocó por detrás el hombro, dos golpecitos nada más. No esperaba a mi enemiga, a mi Lex Luthor durante tantas luchas de pupitre contra pupitre. Jandro leyó que no pintaba nada en esa escena dadaísta y abandonó discreto el cuadro.

—¡Hola, Santi! ¿Qué tal estás? —preguntó con una sonrisa que iluminaba más que los focos.

—¿Me dices a mí? —Miré hacia atrás buscando a otro que se llamara igual.

—Ja, ja, qué tonto, lo que te gusta bromear.

Nunca había hablado más en serio. ¿Santi? ¿Hola? ¿Qué tal estoy? ¿Yo? Desde parvulario no habíamos tenido una conversación razonable, cuando le rompí a propósito una pintura Plastidecor verde, comenzando una guerra fría, templada y caliente, que se alargó hasta aquel momento. Yo era capitán del equipo olímpico de hacerla rabiar, chincharla, fastidiarla... Valían todos los sinónimos y ella respondía con su inteligencia, superior a la mía, riéndose cuando fallaba una respuesta y contestaba justo a continuación a la profesora para que en cualquier comparación yo saliera perdiendo. «Del odio al amor hay un paso» era el cántico que regía, de viva voz y a falta de una pancarta gigante, nuestra batalla perpetua que tenía algo de adictiva. Cuando llevaba dos o tres semanas sin conflicto me invadía un deseo terrible de sacarla de sus casillas, de pintarrajear su carpeta, meterle una lagartija mutilada en el pupitre o robarle de la mochila las notitas que se intercambiaba con sus amigas, cargadas de secretos arrebatados de su condición al ser plasmados en el papel.

En el último curso el conflicto se había apagado, pasando de la lucha a una indiferencia que en mi caso la tomé como un castigo. Cuando le ensucié el estuche con las acuarelas en la clase de dibujo y como respuesta trajo otro diferente sin insultarme ni lanzarme una mirada aniquiladora, supe que mi poder se había desvanecido de tanto usarlo. Quise intentarlo de nuevo, ser más nocivo, era cuestión de trabajarlo más. Jandro, con sus frases cortas, como solía hacer cuando no era necesario alargar una explicación, me abrió los ojos.

—Déjalo, Santi. Ya está, has palmado, se acabó. Ella gana —sentenció, provocándome un vacío ante la pérdida de mi enemiga a la que me costó

adaptarme tras más de una década de victorias y derrotas, de niñez e inmadurez.

Activé el radar para encontrar alguna señal que me alertara de que buscaba reírse de mí, que había sido una tregua trampa, una estrategia para relajarme y darme el gran palo final. Frente a frente, en la discoteca Paraíso —no eran ni las diez y media y ya tenía más de lujuriosa que de paradisiaca—, miré por primera vez a Laura como a una chica de verdad, y vaya si estaba guapa con el pelo suelto y una blusa blanca con un botón abierto que dejaba lugar a la imaginación. Se llevó la pajita a la comisura de los labios y alcé bandera blanca.

—Aquí ando, pasándolo bien —fue lo mejor que podía ofrecer como contestación. No se me ocurrió devolverle la cortesía con otra pregunta.

Mantenerle la mirada era funambulismo de alto voltaje. <<La mejor manera de caminar firme por el alambre es creyéndote que lo estás haciendo relajadamente sobre la arena de la playa>> recordé que me dijo el tío Braulio. La arena de aquella playa imaginaria quemaba más que la noche de san Juan y mi caída al vacío ni cotizaba en las casas de apuestas de lo evidente que resultaba.

—Está divertida la fiesta. Me da que a más de uno se le ha ido las manos con el alcohol —me dijo mirando a los lados y describiendo el panorama.

—¿A ti no?

—Me he tomado dos chupitos de tequila antes de entrar. No quiero beber más, que la última vez me sentó fatal. Le he cogido un poco de manía. ¿Tú no bebes?

Tenía dos posibilidades: ser sincero o hacerme el maduro. Opté por un híbrido que hasta un abogado de oficio me habría desmontado sin abrir su maletín.

—Yo igual, he dado un par de tragos afuera y ya no me apetece más —los dos tragos habían sido de agua en la fuente del parque.

Laura acortó la distancia y me habló tan cerca que un hilo de seda no habría cabido entre su boca y mi oreja.

—¿Tú y yo por qué nos hemos llevado tan mal? No me acuerdo cuándo empezamos a pelearnos.

—En el vientre de nuestras madres.

—¿Qué? —Desireless cantaba *Voyage, voyage*, los más animados se lanzaban a demostrar un nivel de francés que habría horrorizado a la profesora de lengua extranjera y mi broma se disipó en todos los idiomas por la pista de baile.

—No, decía que tampoco me acuerdo.

—Bueno, lo importante es que ya nos llevamos bien —puntualizó Laura.

—¡Primera noticia que tengo!

—¿Qué dices? Con este ruido no te escucho.

—Que opino igual, qué alegría que podamos hablar sin tirarnos algo a la cabeza.

—¿Quieres que vayamos afuera un rato? Nos escucharemos mejor —me cogió

de la mano y se me erizó la piel.

Mi mente imaginó a la velocidad de la luz mil opciones: que quería hablar sin la incomodidad de la música, que firmaríamos el tratado de paz definitivo, que nos enrollaríamos, que acordaríamos la fecha de la boda, el número de hijos y en qué casa de la familia comer el asado los festivos. Yo había ido a esa fiesta a poner el codo en la barra, hablar con los habituales y a emborracharme con cafeína y lima limón, y en un giro imprevisto, Laura, una de las populares del colegio, me pedía que fuéramos a la privacidad de algún rincón de la calle. Allí nadie nos vería. ¿Dónde estaba Borja cuando se le necesitaba? Comprobando que la tráquea de Alicia gozaba de salud.

Enfilamos el camino a la calle. Su mano sujetaba con suavidad la mía y si no me temblaban las piernas era porque no me llegaba la sangre. La primera vez que una chica me hacía caso y lo más sensato que pensé fue que dejarme llevar sería lo único que me libraría del ridículo, pero los finales felices sólo existen en las películas de la sobremesa de un fin de semana cualquiera. Cuando ya respiraba el aire exterior, que sabía a triunfo y jazmín, una mano más áspera que la de Laura me agarró por la nuca y despedazó en partículas diminutas el conato de ligue.

—Santi, tenemos que bajar al baño, Toni está hecho una mierda.

—¿Qué Toni? —respondí a Jandro.

Estuve a punto de preguntarle indignado que quién era, que me estaba confundiendo con otro Santi, o hablar con acento alemán y asegurar que vivía en una ciudad lejana y que estaba allí de paso.

—Deja de hacer el gilipollas y ayúdame.

Miré a Laura, a Jandro, volví a mirar a Laura, luego a Jandro una vez más. El cielo y el infierno de frente, una playa desierta y un camino de rocas volcánicas aún humeante, y yo en el medio. ¿Esa era la manera en la que se me obligaba a pagar mis fechorías? Un precio demasiado alto. Además, ya me estaba reformando, poco a poco dejaba mis aficiones atrás, no era justo pagar la condena durante mi proceso de reinserción en la sociedad.

—No te preocupes, Santi, ve con él, te necesita —la cordura de Laura hizo acto de presencia.

Me preocupaba más que no volviera a darse esa oportunidad. Me había tocado la lotería y jugar con los mismos números en otro sorteo era garantía de fracaso.

—Lo siento, Laura, un amigo me necesita —intenté al menos sacar rédito haciéndome el héroe—. Ahora te busco y seguimos hablando.

Asintió y salió de la discoteca.

Sola.

—¡Que ha hecho ese imbécil! —ya sin Laura delante podía ser yo.

—Está tirado en el baño con una cogorza que lo flipas. Yo creo que se ha

trincado la petaca entera el muy subnormal.

Una versión desconocida de mi amigo se agarraba al lavabo como a un flotador en plena marejada, pregonando incoherencias ante la mirada de otros chavales, que comparados con Toni parecían unos pipiolos que hubieran mojado los labios en la copa de vino de sus padres. Lo observaban con una mezcla de atracción, diversión y sorpresa, y ninguno lo ayudaba por no considerarlo competencia suya.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —le pregunté con más lástima que enfado.

—Ey, tío, eres el mejor, Santi, te quiero mucho. Vamos a darle su merecido al gordo del quiosco, se va a enterar ese choto de quiénes somos. Coño, Jandro, si tú también estás aquí, no te he visto entrar, ¿llevas mucho?

Le costaba tenerse en pie y se había quitado el jersey y la camiseta. Lo agarramos cada uno de un brazo, evitando pisar su vómito. Lo vestimos para que recuperara algo de la dignidad bebida y subimos hacia la salida responsabilizándonos, como exigía nuestra amistad, de su decadencia. Para nosotros la fiesta había terminado, comenzando la leyenda de una tarde noche que rememoramos tantas veces modificando los recuerdos de lo que en verdad pasó, que Toni conoció los efectos del alcohol y yo me quedé a las puertas de convertir a mi antigua rival en mi primer ligue.

15

—Tíos, matadme, no quiero seguir viviendo —suplicó Toni en las escaleras de su portal, la distancia máxima a la que le permitían salir.

—¿Cuánto te va a durar el castigo?

Las desgracias las mediamos en la dureza de la penitencia. Si no llevaba una pulsera telemática adosada al tobillo era porque todavía no existían.

—Si es que no puedes ser más gilipollas, mira que te dijimos que no tomaras esa mierda —podríamos haberle dado una paliza y no se habría defendido. Ante un oportunista «te lo avisé» tampoco lo hizo.

—Me va a explotar la cabeza, no vuelvo a beber. ¿Vosotros qué tal estáis?

—Con un maracuyá y una Fanta de limón no pretenderás que tengamos resaca, desgraciado.

—Si encima el whisky está asqueroso, no sé cómo le puede gustar a mi padre.

—Tu padre le pega a todo, no es la mejor referencia. ¿Para qué te bebes la petaca entera? —era pretencioso que Jandro intentara buscar un razonamiento lógico.

—Yo qué sé, me aburría y vi que los demás habían colado su bebida. Cada poco daba dos traguitos de nada. Si en verdad no me acuerdo de la mitad de la fiesta, tengo recuerdos difusos —la cara de Toni hubiera sido portada de cualquier programa de ayuda contra la drogadicción.

—Difuso tienes el cerebro —apostilló Jandro.

—Mejor que no te acuerdes del pedazo de pota que echaste. Hoy más de uno habrá tirado sus zapatos a la basura. Había gente que cuando salía del baño no la veía y se resbalaba al pisarla. La hamburguesa que te comiste estaba esparcida por el suelo y el detallito de quitarte el jersey y la camiseta fue antológico —si seguíamos hablando de vomitonas era probable que yo acabara echando una.

—¿Volvisteis a entrar a la fiesta?

—¡Cómo vamos a pasar, si te trajimos a casa y te dejamos en el felpudo de tu puerta soltando chorradas! Además, nos avisó el portero machaca que si volvíamos por allí nos colgaba en el ropero. A él también lo amenazaste, le dijiste que no tenía ni media leche y lo llamaste enano seis o siete veces. Suerte que estará acostumbrado a estas mierdas y no te tomó en serio, si no te aplasta la cabeza con

una mano.

—Ja, ja, no me acuerdo, no sé ni cómo he llegado a la cama. ¿Y qué os decía cuando me trajisteis? —al mamón le quedaban fuerzas para reírse.

—Empezaste a hablar de José Ramón de la Morena, después insultaste a Manolo el quiosquero, que si gordo para arriba, gordo para abajo, nos juraste amor eterno y acabaste preguntando que a qué hora ponías el despertador para ir con Andrés a darle lo suyo a Wenceslao.

—Qué mejunje más raro, si lo del Cascarrabias fue hace ni se sabe… —hasta Toni se extrañaba de su incoherencia.

—¿Qué te han dicho tus padres? —su reacción era fundamental en el relato. Imaginé que si me hubiera pasado a mí me habrían puesto un guardaespaldas para alejarme de una discoteca de por vida.

—Puf, también debí echar la raba en el pasillo de casa. Dice mi madre que voy a estar limpiando hasta el siglo que viene. No me habla, cada vez que pasa cerca hace algún ruido brusco o murmura para demostrar lo cabreada que anda, y mi padre ni mu porque ella le echa la culpa de lo de la petaca. Encima se la he perdido y le tenía mucho cariño.

—Tu padre tiene más cariño a la petaca que a tu madre.

—Podíais acercaros a la discoteca a ver si se la encontraron al limpiar, lo mismo me reducen el castigo.

—Claro que sí, cachondo, después de la que liaste vuelvo y le digo al portero, al que el imbécil de mi amigo llamó enano midiendo casi dos metros, que quiere recuperar su petaca —Jandro le quitó la idea de la cabeza.

—¿Qué sabéis de Borja? Vaya tío, estaba dándolo todo con Alicia, eso sí que no me lo esperaba.

—¡Ni yo verte mamado! —una vez quitado hierro al asunto, quedaba la parte divertida, la mejor, la de reírse y desdramatizar.

—Por cierto, Toni, que no te lo he contado. Aquí el Tom Cruise este casi liga con Laura. ¿Qué te parece? —estaba tardando en salir el tema.

—¿Con Laura? No me lo puedo creer, si os lleváis a matar. Joe, macho, lo que hace el alcohol.

—Vino muy simpática, parecía que éramos colegas. Yo qué sé, me pilló desprevenido —cualquiera diría que me estaba justificando por hacer algo malo.

Les conté lo que había pasado o lo que creía que había ocurrido; no sé si eran lo mismo.

Observábamos a nuestro amigo como si acabaran de experimentar con él en un laboratorio alemán. Nos faltaba la bata blanca, gafas de pasta negra y la libreta para anotar los efectos que producía por primera vez el alcohol en el cuerpo de un insensato. Había una distancia imaginaria entre Toni y nosotros que se palpaba al

escucharlo. Por primera vez uno de los tres miembros originales —cuatro cuando estaba Andrés— se anticipaba a una vivencia antes que los demás. Avanzábamos a la par, las cosas importantes las descubríamos juntos porque pasábamos más horas que con nuestras familias. Pero con toda la energía aún por desgastar y las ganas de estar a la vez en mil lugares, algo empezaba a distanciarnos, no físicamente, sino en la forma de afrontar el día a día. Crecer significaba tener más opciones y elegir las mismas, que es lo que habríamos hecho de pequeños sin pensar que había una posibilidad diferente, ya se antojaba imposible. La amistad poco a poco comenzaba a sustentarse en aceptar que no nos decantaríamos en bloque por un camino común y que el ritmo lo debía marcar cada uno de forma grupal, para mantener la estabilidad del grupo, pero también individualmente.

No habíamos previsto que quedaba el tercer tiempo de la fiesta: la vuelta al colegio el lunes. El protagonismo lo acaparó Toni, que al entrar recibió el aplauso de los compañeros, vitoreándolo y calificándolo como el rey de la fiesta. Era él quien más había roto las normas, quien había sobrepasado la línea alejándola de la marca invisible que nadie debía cruzar. No se trataba de que hubiera bebido un poco para ponerse a tono y atreverse a hacer lo que la sobriedad empujaba a evitar. Su hazaña consistía en haber salido con las piernas por delante, insultando al portero y siendo el centro de atención. El reconocimiento no le vino bien a mi amigo, que asoció que detrás de cada aplauso había una manera de actuar que pasaba por emborracharse cada fin de semana y ser el bufón de la corte, ese del que el público espera algo recurrente que lo mantenga entretenido.

Yo tenía otra ocupación más importante que hacer de tutor de Toni. Laura estaba sentada en la tercera fila escribiendo algo en un cuaderno. Tocaba Matemáticas con sor María y cualquier urgencia emocional se posponía cuando se trataba de sobrevivir a la escabechina diaria de la profesora. No lográbamos desprendernos del temor que invadía el aula con su presencia, aunque sí que había una diferencia de la que sí empezábamos a ser conscientes y que corroboramos cuando nos topamos con algunos profesores mediocres sin vocación: con ella se aprendía de verdad, no para soltar una lección y olvidarla al minuto. Ser dura era la única manera de domar a una banda de adolescentes, y lo que sor María buscaba era que el aprendizaje permaneciera más allá de un curso académico. Y lo consiguió.

Aquella mañana, Laura salió a la pizarra y solventó sin obstáculos el reto que le planteó la religiosa. Antes de dejar que se sentara de nuevo, la puso de ejemplo de cómo había que trabajar.

—¿Se dan cuenta ustedes de que no es tan difícil la trigonometría? Si la señorita Laura ha hecho a la perfección este problema, ¿por qué ustedes no pueden hacerlo

igual de bien?

—Porque somos unos zoquetes —respondió Borja desde la distancia insalvable de su última fila, columpiándose en la silla.

El resto nos reímos, él era el único que tenía el antídoto contra sor María. Estaba allí sentado por una imposición paternal y esperaba ir promocionando por el aburrimiento del claustro de profesores hasta que alguien tuviera la sensatez de sacarlo de aquella jaula. Tenía más respeto que miedo, lo que no evitaba que algún chascarrillo soltara para no perder las buenas costumbres.

—Señorito Borja, entiendo que esté orgulloso de su ignorancia, no nos vamos a sorprender a estas alturas de su película de terror. Lo único, háganos el favor, y hágaselo a usted mismo, de no hacer apología de no saber hacer ni una resta que sacaría un niño de primero.

Borja hizo el amago de dar réplica, le picó que también nos riéramos con la respuesta de la monja, que no era más que un aviso a quien quisiera ir de gracioso con ella. Jandro lo miró desde cuatro filas más adelante y lo frenó, convencido de que no tenía nada que ganar. Estaba a unos centímetros de la humillación y ni siquiera había entendido qué significaba la palabra apología.

Observé el combate sin interés. Mis ojos apuntaban a Laura buscando alguna señal que me invitara a pensar que lo del viernes no fue algo esporádico, que era posible retomarlo en el punto en el que lo habíamos dejado antes de que Toni decidiera beber whisky como si fuera zumo de gomibaya.

—¿No vas a decirle que te mola? —escribió Mariana en su cuaderno evitando caer en el punto de mira de sor María. Fruncí el ceño a modo de extrañeza cuando los dos sabíamos de qué hablaba—. No te hagas el tonto conmigo, que se te cae la baba y os vi en la discoteca.

Le quité el lápiz y el cuaderno y pinté un muñeco ahorcado. Ella me devolvió una gallina poniendo huevos. Dibujaba mejor.

Pasaron tres días hasta que reuní las provisiones de valor necesarias para hablar con Laura.

—También podría venir ella a saludarme, ¿no? —planteé indignado a mis amigos en el recreo.

—Claro que sí, hombre, va a venir aquí corriendo a tirarse a tus brazos y darte un morreo. No seas iluso —apuntilló Toni.

Ya me había pasado con Mariana. La sensación de ir a rebufo y a la vez de tener la obligación de llevar la iniciativa no me gustaba. No estaba preparado para una responsabilidad con la que no quería cargar.

—Encima haz bromas, que esto es por tu culpa, desgraciado. Si no te hubieras puesto como las Grecas me habría ido con ella.

—Ya, y si mi abuela tuviera una rueda en la boca sería una carretilla. Olvida el

pasado y ve a hablar con Laura, que nos tienes en ascuas. Aquí te dejamos. Jandro y yo vamos a buscar a Borja y a mangar unos triángulos de chocolate, cuando volvamos te queremos con los deberes hechos.

—Qué bofetón tienes a veces, Toni —como respuesta me tiró un beso con la mano. Era tan odioso que había que quererlo.

Laura estaba apoyada en la pared de una casa —nunca supimos si estaba abandonada— situada junto al colegio. Bebía un batido con la misma gracia que sujetaba el vaso en la discoteca mientras escuchaba atenta a su amiga Gema, otra del gremio de las arpías que no aguanté nunca. De camino pensé si iba en el pack llevarse bien con su grupo en caso de que lo del viernes anterior no hubiera sido un espejismo, algo que al acercarme empezaba a parecerme la opción más lógica. Me vio venir e hizo como que seguía interesada en la chapa que le pegaba la amiga.

—Hola, Laura. ¿Te importa que hablemos un minuto? —Gema me miró como una serpiente a punto de destrozar a un roedor—. Bueno, si ella ha terminado de resumirte la última década, claro.

La sonrisa de Laura fue la mejor bienvenida. Gema abandonó la escena no si antes retarme, le devolví una subida y bajada de cejas rápida a modo de esfúmate.

—Te he librado de una buena, no me lo niegues.

—Cuando se pone intensita es un poco pesada, así que supongo que gracias, sí.

Desde el viernes Laura me parecía la chica más guapa del mundo, desbancando de la clasificación a Mariana. Comprendí que cualquier chica que me hiciera caso tendría sencillo optar al prestigioso galardón. Con coleta, con el pelo suelto, con un vaso en la mano, salvando al mundo de la trigonometría, haciendo de psicóloga con una plasta... Todos los papeles de la protagonista estaban escritos para ella, y yo, cegado en hacerla rabiar, no me había dado cuenta. ¿Era antipática o mi comportamiento la obligaba a ser así? Me acordé del bonito detalle que tuvo con Andrés, antes de dejar la ciudad, y lo tonto que fui interpretando un gesto cariñoso como una forma de fastidiarnos. Si cuando mi madre me decía que mi estupidez a veces no tenía límites, era por algo.

Iba a plantearle mil cosas. Cuando la tuve allí delante opté por algo que hubiera defraudado a Borja: hablar con ella sin ponerla en un compromiso ni obligarla a forzar una respuesta que puede que ni tuviera. No tenía sentido darle continuidad a lo que había sucedido en un contexto de fiesta y de alcohol, esa no era la vida de verdad, era la que queríamos empezar a tener porque era más fácil que la real. Puedo engañarme y creer que lo hice por madurez, pero en ese cambio de rumbo había más miedo a sufrir otro descalabro que colocar en la sala de trofeos. Sin embargo, sí nos sirvió para hablar por segunda vez como personas civilizadas. El cambio era gigante cuando después de miles de horas juntos en clase la paz había sido una utopía. Y vaya si fue un acierto.

Caminamos por la zona de recreo rememorando la fiesta. La hice reír con la primera toma de contacto de Toni con el alcohol, que era capaz de salir a mi rescate hasta cuando no estaba delante. Mi enemigo era el reloj, quedaba poco para volver al aula y el examen de la Generación del 27 me daba igual. Cómo no me iban a perdonar Lorca o Alberti si ellos inventaron el amor. Exprimimos esos malditos seiscientos segundos como si quisiéramos ponernos al día después de la batalla. Miré hacia atrás avisado por el sexto sentido y vi a mis tres amigos jugando a ser los inspectores Gadget, escondidos detrás de un árbol que no les cubría ni una décima parte de sus cuerpos.

Antes de sonar el timbre y subir, le pregunté a Laura por cómo lo pasó en la fiesta y de su respuesta nacieron mis ganas de volver a hablarla cien veces.

—Bueno, podía haber sido perfecta si hubiéramos seguido afuera, pero estuvo bien —y es que las mejores fiestas eran las que se necesitaba que hubiera mucha gente para acabar solo con una persona.

Entramos al colegio y en las escaleras nos confundimos con el resto de alumnos, que tenía las mismas ganas de aprender. Sus amigas aparecieron por detrás y se la llevaron como si recuperaran una posesión. Por supuesto ninguna me saludó, a Laura le dio tiempo a girar la cabeza y desearme suerte antes del examen con una sonrisa que hoy sigue nítida en mi memoria. De tanto tenerla delante durante años no había reparado en que sus ojos tenían un color indefinible a medio camino entre el azul del mar, cuando se observa de lejos coloreado por el cielo despejado, y el verde de los días nublados.

Cualquier conato de romanticismo lo rompieron Jandro, Toni y Borja rodeándome a gritos y esperando un informe minucioso de aquellos minutos con los que se firmaba el tratado de paz definitivo.

—Bajad la voz, que os va a escuchar. La próxima vez mirad a ver si os escondéis un poco mejor, cabrones.

—Qué más da, desgraciado, si sus amigas estaban haciendo lo mismo en el árbol de enfrente —justificó Borja.

—Las lindezas que estarían soltando, no me pueden ni ver.

—Que las den por culo, la que tiene que ver bien es Laura, no las creídas esas —dijo Toni.

—¿Qué estás diciendo, trastornado? —corrigió Borja.

—Ya saltó el doctor Amor —Jandro no quería estar al margen del debate.

—Ignorante, ¿quiénes van con Laura? Si la contaminan hablando mal de Santi pueden convencerla de algo que no le venga bien. A las amigas de la chica que te gusta, y más si es tu novia, tienes que tenerlas contentas, de lo contrario serán tus peores enemigas. A mí una chica me dejó porque su amiga le dijo que me había visto hablando con otra en un portal.

—No me digas más, era mentira y lo malinterpretó —si quise ser sarcástico no lo conseguí.

—Bueno, en ese caso acertó, nos acabamos liando, pero esa no es la cuestión, no nos desviemos. Te las tienes que ganar también, no hay otra, si no va a ser una lucha constante y ya te aviso que no ganarás porque cuando ellas saquen la lengua a pasear no estarás delante y no tendrás información para luchar contra sus chismorreos.

—A ver, no os flipéis, que lo único que hemos hecho es hablar.

—Danos detalles, que pareces doña secretitos —insistió Jandro.

Don Juan José, el profesor de Literatura, entró en el aula con una chaqueta verde amortizada y su tupé con el que se negaba a aceptar que Elvis había muerto, y cortó la insistencia de mis amigos. No los culpaba, si Jandro o Toni hubieran estado en mi situación —con Borja no había misterio que resolver— yo habría hecho lo mismo. De lo que no me daba cuenta era de que comenzaba a desarrollar un escudo tras el que no cabía nadie más a la hora de abordar mi privacidad. Ya allí, con mis persistentes colegas rodeándome, entendí que me movía mejor en la prudencia de no compartir mis sentimientos ni mis experiencias con el género femenino con nadie más, ni siquiera con ellos. Aunque les costó entenderlo, terminaron aceptando que detrás no había desconfianza sino una intimidad llevada a un extremo casi enfermizo, a querer vivir entre dos mundos, uno el compartido, en el que era feliz, y otro mío propio donde no había ninguna puerta de entrada desde el exterior.

16

—Hoy me toca ir al tanatorio —le conté a mi tío sin ganas mientras intentaba encarnar una lombriz en el anzuelo.

—Anda, ¿y eso?

Una respuesta tan liviana la podía dar alguien que tuviera en su equipaje una montaña de visitas a aquel lugar que yo conocía por haber pasado en coche por delante del edificio. Desde la carretera se veían pequeñas aglomeraciones de personas charlando en la entrada o fumando, concediéndose un descanso de la realidad que esperaba al otro lado de la pared.

—Se ha muerto el padre de una chica de nuestra clase con la que nos llevamos bien y vamos a estar un rato con ella.

—Seguro que os lo agradece.

—Sí, supongo. Si te soy sincero la idea ha surgido de sus amigas y hemos dicho que las acompañábamos. Nos ha dado un ataque de sensatez.

—No es plato de buen gusto, está claro. Te va a tocar hacer muchas cosas en las que lo menos importante eres tú; se llama sentido común. Haz el esfuerzo y estate a la altura.

—¿Y qué se hace allí?

—¿En el tanatorio dices? De todo un poco.

—¿De todo un poco? —me imaginé a los asistentes superando las doce pruebas de Astérix mientras un *speaker* avisaba a gritos que sólo podía quedar uno.

—Cuando vayas lo entenderás —dijo el tío Braulio corrigiendo mi incompetencia con el cebo.

Me senté en la banqueta plegable que trajo y abrí una Coca Cola y una bolsa de Fritos. Se me daba mejor comer y mirar que ayudar y él tampoco estaba por la labor de darme más información.

La primera visita a un tanatorio, igual que la primera fiesta, no se olvida incluso si el finado no es alguien cercano. A Mauricio lo conocía porque en la víspera de una Navidad hizo de rey mago Baltasar y yo de su paje. Era la fiesta que organizaba el colegio; nuestros disfraces y nuestro color oscuro impostado —a medio camino entre el negro y el morado— eran motivo suficiente para que los niños renegaran el

resto de su infancia de la existencia de sus majestades, del ratoncito Pérez y hasta de que la tierra fuera redonda. Pero la simpatía y la buena mano que Mauricio tenía para hacer reír a los más pequeños dejó en segundo plano la puesta en escena. Recibió cariñoso las peticiones de los críos y convirtió cada deseo en promesa. Me dieron envidia y estuve a punto de sentarme yo también en su regazo y pedirle cromos, videojuegos, un helicóptero teledirigido, las zapatillas de moda, un campo de fútbol y que sor María no volviera a sacarme a la pizarra.

Mi madre me obligó a limpiar los zapatos, quitarme la sudadera y optar por un jersey negro que guardaba para las celebraciones familiares, esas en las que los disfraces no deberían ser necesarios.

—Si no quieres dar el cante, no te vistas para conseguirlo —me amenazó y aconsejó, y yo, que lo único que quería era superar el trámite sin avergonzarme, me vestí como una persona mayor.

Cometimos el acierto de ir en grupo, repartiendo la responsabilidad. Dejaríamos que las más allegadas a Amparo, la hija de Mauricio, fueran las primeras en dar el pésame y el resto imitaríamos su comportamiento. Jerarquizamos las condolencias en función del grado de amistad.

—Y qué hacemos, ¿le damos dos besos o un abrazo? —me preguntó Toni antes de entrar, como si yo pasara las tardes en el tanatorio por afición.

—Qué más da, el padre no va a resucitar, haz lo que te dé la gana. ¿Crees que con lo jodida que estará su mayor problema va a ser si le has dado la mano o un beso? —se adelantó Jandro.

Ya dentro, una ola de frío nos dio la bienvenida. Era el aire acondicionado, que estaba muy alto, o al menos eso nos explicaron. Alicia y Lucía preguntaron al conserje en qué sala estaba la familia de Amparo, y Toni, Jandro y yo exageramos el gesto de seriedad para adaptarlo al lugar —minutos antes, y sin haber empuñado jamás una raqueta, íbamos hablando de si algún tenista español podría volver a ganar un Roland Garros o un Wimbledon—, pero al ir por el pasillo comprendí a qué se refería mi tío con aquel misterioso «un poco de todo». Esperaba encontrarme únicamente a gente hundida, familiares llorando y amigos asegurando, entre sollozos y mirando al cielo con los puños apretados, que qué injusto era que se fueran siempre los mejores. A cambio, diferentes corrillos de adultos, con los brazos cruzados o en los bolsillos, formaban una escena cotidiana que no distaba de la de una taberna.

«Estoy con mucho trabajo, cualquier día lo mando a la mierda»

«¿Te acuerdas de esas barbacoas buenas que hacíamos en el jardín de tus abuelos?»

«Me voy enseguida, que tengo el coche en doble fila»

«¿Al final vas a matricular al chaval en el instituto o se queda en el colegio?»

«Te estás poniendo tocinete, Arturito, hay que volver al gimnasio»

Fueron algunas de las frases que escuché antes de llegar hasta Amparo. Había dos mundos opuestos concentrados en un puñado de metros: los que estaban en el pasillo usando el tanatorio como punto de reencuentro y los que, frente al ataúd, sentían de verdad el fallecimiento de Mauricio y hacían el esfuerzo, en vano, de aceptar que ya no lo verían más. Los que, cuando se apagaran las luces, lo echarían de menos.

Nuestra compañera se sorprendió al vernos y Toni optó por un abrazo y dos besos, para qué elegir. Los ojos enrojecidos de tanto llorar de Amparo nos alertaban de que algo se había roto y que ya nada sería igual. Pensé en qué sentiría yo al llegar ese momento con los míos. La sensación fue tan escalofriante que me protegí con el pensamiento de que sucedería dentro de tanto que no tenía que preocuparme, que de mayor sabría cómo afrontar la muerte de un ser querido. La inconsciencia de la juventud era la mejor arma contra la tristeza.

La madre se acercó a agradecernos la visita y le dio dinero a nuestra compañera para que nos invitara a merendar en el bar de al lado.

—No jodas, ¿aquí también se va de bares? —susurró Toni.

—Si lo dice la señora no vamos a llevarle la contraria —no saldría de nosotros una palabra en su contra. Si nos hubiera mandado a un parque de atracciones con la pulsera VIP habríamos ido sin rechistar.

Sentados en una mesa alargada del local, descubrí que de la tristeza nacen situaciones divertidas. Al principio el ambiente congelaba. Las chicas, por animar, recurrían a frases obvias que no animaban y los chicos asentíamos temerosos de que al abrir la boca metiéramos la pata… como hizo Toni en la primera oportunidad que tuvo. El camarero trajo con las bebidas unos aperitivos que olían a cielo bendito y que mirábamos creyendo que, si nos los comíamos los primeros, estaríamos faltando al respeto al pobre Mauricio. Mi amigo rompió el hielo y se decidió por una croqueta que engulló de un mordisco, protestando porque quemaba y rematando con un «la croqueta está para morirse». El silencio se multiplicó y Toni, olvidando el lugar en el que estaba y concentrado en el sabor de la croqueta, se extrañó y remató a portería:

—¿Por qué me miráis así? Mataría porque a mi madre le salieran igual de ricas.

Le di un codazo que debía ser discreto para que dejara de usar expresiones que tenían que ver con la muerte. Cuando por fin lo comprendió intentó rectificar.

—Quería decir que las croquetas están de vicio, no de muerte —y deseó esconderse debajo de la mesa, pero Amparo salió en su ayuda y desde su pena creció una carcajada que nos contagió. Si la afectada se reía cómo no íbamos a hacerlo nosotros.

Y de repente, como si nos hubiéramos convertido en su barca en mitad del

naufragio, y sin saber cómo lo hicimos, pasamos una hora riéndonos, hablando de anécdotas de la clase, de la fiesta en la discoteca Paraíso y de mil tonterías más —nuestra especialidad— que sirvieron a Amparo para hacer un paréntesis en su pena, enseñándonos que permanecer al lado de quien necesita compañía es una buena idea, se esté en silencio, comiendo croquetas o riéndonos de la vida que tanto da y roba a la vez.

Cuando volví a casa, mis padres, que estaban en el salón viendo un capítulo de *Los ladrones van a la oficina,* en Antena 3, le bajaron el volumen a Fernando Fernán Gómez y se concentraron en identificar cómo había sido aquella primera experiencia.

—¿Qué tal en el tanatorio, hijo? ¿Estás bien? —preguntaron con tacto.

—Sí, la verdad es que bien, nos hemos reído mucho —contesté como si acabara de llegar de una actuación de Pepe Carrol—. No voy a cenar, hemos picado algo con Amparo.

Mis padres dudaron si había ido a un guateque o a dar un pésame, pero no hicieron más preguntas y fui a mi habitación. Encendí el *walkman*, me tumbé en la cama mirando al techo y sin darme cuenta de que las pilas se estaban gastando y las voces de Amistades peligrosas sonaban como poseídas —aún más— por una criatura infernal, volví a plantearme que tal vez lo que me fuera a encontrar en el futuro no sería tan divertido como creía.

17

Me enganché al *radiocasette* de mi hermano haciendo la selección perfecta de canciones que grabar —en una TDK de sesenta minutos— para regalar a Laura. Hasta elegí qué pegatinas, de las que venían en la carátula, usaría para adornar la cinta, descartando la del corazón rojo. No tenía ni idea de los grupos que escuchaba, así que me decanté por un combinado de temas en español e inglés que sonaban en Los 40 principales y en la Cadena Dial. La música tenía algo de refugio, un lugar a salvo de todo donde el artista era capaz de explicar —mucho mejor que nosotros y sin conocernos— lo que nos pasaba.

Maldecía al presentador por hablar antes de que acabara la canción, tenía que quedar perfecta. *Go west*, de los Pet Shop Boys, *Otra como tú*, de Eros Ramazzotti, *Sin documentos*, de Los Rodríguez, *Tierra*, de Gloria Estefan, *El sitio de mi recreo*, de Antonio Vega, o *I will always love you*, de Whitney Houston, y que podía parecer una declaración de intenciones hacia la eternidad, formaban un cóctel de difícil catalogación. Imaginé que acertaría con algunas porque eran populares. Arriesgar no era lo mío y endosé a aquellos músicos la responsabilidad de ablandar el corazón de Laura. Era además un arma de doble filo que usar como indirectas, si la destinataria así lo interpretaba para bien, o como un simple detalle de amistad si no había más interés que ese.

La misión prioritaria era conseguir estar a solas con Laura y seguir conociéndola. Me tocaba buscar cualquier despiste de sus amigas para sacarla del aquelarre; estaba cómodo si no sentía que otras personas nos observaban. Éramos la novedad en el universo de los cotilleos, los rumores crecían y, aunque el tío Braulio me lo había explicado, aún no tenía la madurez suficiente para entender que si se escuchan ha de ser únicamente para reírse de quienes los propagan.

Los fines de semana no coincidíamos por los mismos sitios y de lunes a viernes en el recreo casi nunca estaba sola, así que me sumé a una corriente comunicativa que circulaba secretamente cuando el profesor se daba la vuelta y miraba a la pizarra: las notitas, esos trozos de papel irregulares arrancados de cualquier modo de las últimas páginas de los cuadernos, que servían para enviar mensajes secretos. Terminaban siendo vox populi si se guardaban en el estuche y había incordios como yo que nos dedicábamos a robarlas y leerlas para fastidiar. Cuando me

incorporé al circuito de comunicación a través de la palabra escrita, que de cara a enfrentarme a una chica me resultaba más cómodo, me ocupé de disuadir a Jandro y a Toni de abrir estuches ajenos para preservar mi intimidad y no tener que darles cuentas de lo que le contaba a Laura. Había un universo paralelo en esas notas que llegaba mucho más lejos que la palabra hablada; en la escritura era donde nos jugábamos la vida, el único lugar a salvo de la impostura, de una mirada, de la ropa o del titubeo de la voz cuando no nos atrevíamos a gritar a los cuatro vientos que nos gustaba alguien.

Las notas iniciales se convirtieron en cuartillas y posteriormente en cartas de pleno derecho. Se las metía en un sobre cerrado dentro de su mochila sin que nadie se diera cuenta, después le hacía un gesto a Laura y ella ya sabía lo que había hecho. Las suyas, con algún dibujo simpático pintado en uno de los lados, las metía en mi abrigo o hacía por llegar la primera al aula para dejarlas dentro de mi pupitre. Aquellos gestos y códigos formaban parte del propio ritual y me gustaba que sólo los entendiéramos nosotros, no hacía falta público porque era un idioma de dos. Lo que nos escribíamos eran relatos cotidianos sobre lo que había pasado en clase, un suspenso, una canción escuchada o lo que habían echado por televisión. Al fin y al cabo, se trataba de decirnos aquí estoy y me gusta estar contigo. Lo que importaba era saber que otra persona pensaba en ti.

—Vaya, vaya, vaya, así que el Shakespeare del grupo se manda cartitas de amor con Laurita, ¿eh? —Toni era infinito para lo bueno y lo malo.

—La tienes en el bote, Santi —Borja se emocionaba al ver que alguno de nosotros hablaba con una chica más de diez segundos sin un balón por medio.

—No sueltas prenda, parece que te da vergüenza contárnoslo —a Jandro le sentaba mal que no compartiera mis avances sentimentales, si es que había alguno más allá de la correspondencia diaria.

—Vámonos al cine, pesados —allí me dejarían en paz un rato.

Si ellos se habían dado cuenta de las cartas, era probable que el resto de la clase también lo supiera, pero no cambiamos nuestra forma de actuar en las primeras semanas, cuando se decide todo… Cuando cada pequeño avance, insinuación y puntos suspensivos se convierten en batalla ganada.

Mi primera cita oficial con Laura fue precisamente en el cine. Después de un intercambio nada sutil de indirectas del tipo «qué ganas tengo de ver *Parque jurásico*», me escapé un martes a la taquilla y le rogué a Jesús, el dueño, que me reservara dos para la sesión del domingo a las cinco.

—No planifico con tanta antelación, Santi, ya lo sabes, aún tengo que ver si meto una sesión extra. Está siendo una locura lo de los dinosaurios —no me iba a conformar con una mala excusa.

—Joe, Jesús, tírate el rollo, que vengo dos o tres veces al mes y esto una emergencia.

—¿Una emergencia?

—Sí, una emergencia —no daba explicaciones a mis amigos ni iba a dárselas a él.

—Si no me especificas más no puedo ayudarte.

—Joe, Jesús, eres un cotilla. Que quiero ir con una chica, leches —le di las explicaciones y no le chivé el código de la tarjeta de crédito de mi padre porque no me lo pidió.

—Vale, vale, no te enfades, te lo preguntaba por si era una urgencia de otro tipo.

—Sí, claro, ¿qué iba a ser si no, que mi abuela se está muriendo y su última voluntad es ver a unos dinosaurios resucitados campando a sus anchas por un parque de atracciones?

Me vendió las entradas como un favor y fui corriendo a casa a redactar mi próxima carta, con la mejor caligrafía del mundo, para anunciarle a Laura que no hiciera planes, que la iba a llevar a conocer el parque que el multimillonario John Hammond había ideado para conseguir que yo tuviera mi primera cita de verdad. Su respuesta vino en una notita de las pequeñas, de las buenas, una que portaba la mejor secuencia de palabras y números que se había combinado hasta entonces en la historia de la humanidad: «nos vemos el domingo a las 16:45 en la puerta».

Ese fin de semana fui el chico más aplicado del planeta. El sábado no salí para dejar acabadas las tareas y a mis amigos les puse la excusa de que tenía la visita de unos primos tan lejanos que ni existían. Toni estuvo haciéndome preguntas sobre ellos y yo me inventé nombres, procedencia, a qué se dedicaban… haciendo malabares para no contradecirme. Lo más normal del mundo hubiera sido anunciar con naturalidad que había quedado con Laura o incluso fardar de la cita. Sobra decir que yo no tenía nada de normal y mis amigos, por supuesto, tampoco.

El plan estaba saliendo a la perfección. El domingo por la mañana echamos unas partidas a la videoconsola en casa de Jandro; ninguno sospechaba de mi encuentro furtivo en un cine abarrotado. Me preguntaron por Laura y me hice el sueco. A las dos y media era hora de volver a casa para comer y comprobé que cuando los planes se están desarrollando exactamente como se han organizado, es mejor desconfiar.

—Chavales, ¿qué os parece si vemos esta tarde *Parque jurásico*? Mi tío me ha llamado, tiene tres entradas y no puede ir —anunció Jandro alegremente.

—Déjalo para otro finde, nosotros somos cuatro, no vamos a estar sorteándolas. Seguro que la semana que viene va menos gente y podemos ir sin problemas —no coló.

Sabían que yo estaba frito por verla y la excusa del interés colectivo sonó a

broma. Por si acaso Borja se encargó de rematarme.

—A mí me la suda el cine, ya lo sabéis. Id vosotros y el lunes me la contáis.

Yo los miraba con sudores fríos.

—No se hable más, a las cinco menos cuarto en la puerta. Paso antes por casa de mi tío y recojo las entradas, además ha dicho que nos la regala.

Había que tomar decisiones. Confesar o no entrar a la sala hasta que apagaran las luces, pero ni en ese supuesto podía garantizar que sus asientos no estuvieran cerca de los míos. Con la mala suerte que tenía, no era descabellada la coincidencia. A pesar de las consecuencias, me decanté por la opción menos mala… la primera, y lo hice haciéndome el digno.

—A ver, desgraciados, no puedo ir con vosotros porque he quedado con Laura para verla, ¿vale?

Los tres se buscaron y se entendieron.

—¡Vamos! Sabía yo que este mentecato nos ocultaba algo. Míralo, qué pillín el tío, está que se sale —Borja hizo el intento de tocarme mis partes nobles.

—Eres un sucio, Santi. Cómo te lo callas, rata peluda —a Jandro no le hacía gracia.

Y Toni… Toni puso la guinda.

—Pues te jodes, vamos a ir igual, así que no te des muchos besitos porque te estaremos observando. «Unos primos lejanos» dice el trolas este.

—¡Yo me apunto! —gritó Borja.

—Si acabas de decir que no te gusta el cine, anormal —protesté.

—Pues mira por dónde, ahora sí que me gusta. De hecho, me declaro oficialmente palontólogo de dinosaurios.

Jandro y Toni se morían de risa.

—Se dice paleontólogo, ignorante —me consolé corrigiéndolo.

Acepté sus burlas, más que merecidas, y les rogué que no me arruinaran la cita.

—¿Por quién nos tomas? —preguntó Toni indignado.

—Tronco, que nos conocemos…

Me fui de la casa con su promesa de ser discretos firmada ante notario y, pese a mis dudas justificadas, la realidad fue que la suma de que se portaron bien y que sus entradas y las mías estaban muy alejadas —por suerte Laura y yo más arriba, desde donde los controlaba—, evitó incidencias fruto de la estupidez de mis amigos, que era la misma que habría tenido yo si los papeles hubieran estado cambiados.

Llegué antes y Laura ya me esperaba. Nos dimos dos besos torpes en la mejilla y la naturalidad que mostrábamos en las cartas fue remplazada por un montón de frases hechas con las que vaciar la vergüenza. Jesús estaba cortando entradas y me guiñó el ojo con tanta energía que Laura me preguntó si al señor le pasaba algo en la cara.

—Lo que tiene este es sobredosis de curiosidad —contesté recordando la conversación del martes.

Laura se rio y derritió el hielo. A partir de ahí valoré la posibilidad de que con el humor llegaría a ella más que dándomelas de serio. La invité a palomitas y bebida con el dinero que me había ahorrado de no salir el sábado, me dio un beso extra, también en la mejilla —ya sólo uno—, que en nuestros códigos internos era un claro síntoma de confianza, y entramos.

—Mira, tus amigos están allí —señaló Laura hacia Toni, que agitaba los brazos como el superviviente en la selva que ve un helicóptero en el cielo.

Les devolví el saludo y las luces se apagaron. Anuncios y trailers se volvían mis aliados, cuanto más duraran mejor. Me contuve para no cantar la melodía de Movierecord, un clásico cuando estaba con los chicos, y Laura la tarareó en bajito. Ella no jugaba a aparentar.

Empezó *Parque Jurásico* y el velociraptor se merendó a un cuidador en la primera escena con las mismas ganas que nosotros las palomitas. De vez en cuando miraba a Laura, concentrada en la pantalla. Si hubiera seguido los consejos de las series adolescentes americanas que me tragaba en Telecinco, era el turno de acercarme poco a poco y pasarle mi brazo por el hombro. Ni se me pasó por la cabeza; una mínima posibilidad de arruinar la cita era motivo para ser prudente, y como si Laura me leyera la mente, algo de lo que había presumido en algunas cartas, fue acercando su mano a la mía, o yo a la suya, no lo sé, hasta que se rozaron primero y se juntaron después, quedándose así el resto de la proyección. Cuando había algún sobresalto me la apretaba con fuerza y a mí me daban ganas de prometerle que la defendería hasta del Rex, quien no habría tenido ningún reparo en triturarme por pasarme de optimista.

También ojeaba a mis amigos. Pillé a Toni mirando atrás, esperando ser testigo de alguna exclusiva. En el descanso Laura se quedó en su asiento y yo fui al baño. Me sometieron a un tercer grado del que salieron sin ninguna respuesta más que un «estamos viendo la película y ya» que les supo a poco.

El tiranosaurio conquistó todo el parque y al acabar la película ralenticé el paso para no volver a encontrar a los chicos. Laura me propuso dar una vuelta por el paseo marítimo. Se agarró a mi brazo y caminamos como una pareja que estaba a punto de celebrar sus bodas de oro. Comentamos la película y los efectos especiales e imaginamos qué pasaría si existiera en realidad el parque. Después hablamos de sus amigas, de los míos, y nos reímos recordando algunos de nuestros encontronazos.

—Es que eras un cretino conmigo, reconócelo —le hubiera reconocido hasta que el sol enfriaba si ella me lo pidiera.

—Pues sí, para qué engañaros. Un poco gilipollas sí que era, pero es que cuanto

más te enfadabas más ganas me daban de chincharte —confesé.

—¿Y eso de llamar a mi casa diciendo marranadas? —puso cara de asco.

—Bueno, fue idea de Toni, yo no tuve que ver —vendí a mi amigo por una buena causa.

—Si en el fondo me hizo gracia ver lo idiotas que podéis llegar a ser los chicos. ¿A que no te imaginas a una de nosotras haciendo lo mismo? —tenía razón, había comportamientos que sólo tenían cabida en el género masculino.

La noche fue más rápida y nos alcanzó. Cuando Laura miró el reloj discretamente supe que el día llegaba a su fin.

—Tengo que irme, son casi las nueve —había en su voz algo de fastidio—. Me habría quedado más, he estado muy a gusto.

Me ofrecí a acompañarla hasta el portal. Me rechazó con tacto porque no era descabellado vaticinar que su padre estuviera en el balcón fumando y pasando revista a la actualidad del barrio.

—Muchas gracias por la invitación, ha sido una tarde increíble—. Se situó frente a mí, se empinó para salvar la distancia y me dio un beso en la boca, uno, que me supo como si hubieran sido un millón—. Hasta mañana, Santi.

Se marchó dejándome con los pies clavados al suelo y cara de lelo, cada vez se hacía más pequeña en el paisaje. Ni la mejor goma de borrar de Milan habría eliminado mi sonrisa.

Así empezaron tres meses de relación que llegaron hasta principios de agosto. Perdimos la vergüenza a dejarnos ver en público y mantuvimos la separación entre sus amigas y los míos. Cuando estaba con ellas no me acercaba mucho, reconoció que me odiaban tanto como yo lo hacía y mezclarnos por obligación no hubiera sido buena idea. Había demasiados precedentes como para que se olvidaran de mis perrerías y pusiéramos el contador a cero.

Las cartas desaparecieron, no así las notas, los regalos en forma de cintas de música, de pulseras o de gomas para el pelo que me colocaba en la muñeca, de fotos reveladas que quedaran para el recuerdo si nos iba bien o destrozarlas si pasaba lo que tenía que pasar entre adolescentes. Me gustaba acompañarla a casa después del colegio, salir el último y saber que me esperaba en la puerta principal con la condición de que no fuéramos agarrados por la calle y de que al doblar la última esquina nos despidiéramos.

En casa no mencioné el tema, pero la policía no era tonta y algunas llamadas de teléfono se alargaban más de los dos minutos que tardaba en despachar a Toni o a Jandro. Cuando mentía a mi madre y le decía que hablaba con ellos, soltaba otro clásico en los hogares.

—Sí, sí. Cuando estés hablando me pasas con tus amigos y así los saludo, a ver si les ha cambiado la voz por casualidad —más allá del pequeño embuste no indagaba

porque ella, aunque fuera una eternidad atrás, también había tenido mi edad y entendía que lo último que yo haría sería hablarle de chicas.

A veces Laura y yo íbamos a un bar. Con dos bebidas en la mesa —que nos duraban horas— me ayudaba con la química que tan mal se me daba y tan bien controlaba ella. En casa ponía de excusa que teníamos que hacer un trabajo en grupo y como mis notas no bajaban más del límite del seis, se daba por buena la versión. Al dueño del bar le fastidiaba tenernos media tarde con una única consumición, temeroso de que lo que era un caso aislado se convirtiera en una tendencia y el local se le llenara de insolventes.

Mi llegada al indescifrable mundo de las relaciones con el género opuesto coincidió con los primeros ligues de Jandro y de Toni, también con chicas del colegio algo más pequeñas. Algo que ver tuvo Borja, que nos metía en la cabeza que ya estábamos en la edad de dar ese paso y creernos que podíamos interesar a alguien. Crecíamos y aparecían nuevas inquietudes que hacían de alguna manera incompatible mantener las antiguas, y entre ellas estaba salir con chicas a las que ya definitivamente alejábamos de la dualidad de que eran o compañeras para jugar al fútbol o enemigas con las que batallar por la satisfacción de ser fastidiosos. Y lo poco que llegamos a aprender fue a través de probar, de equivocarnos y de comprender que a veces ni hacer las cosas bien nos salva de estrellarnos.

18

La frase más popular en la historia de las familias —cuando se trataba de viajar al lugar elegido para las vacaciones— no consistía en un «qué bien lo vamos a pasar», ni «qué alegría que estaremos juntos» o «las ganas que tenía de viajar con vosotros sin pensar en el trabajo». Hubieran sido sentencias propias de una de esas películas de sobremesa para todos los públicos en las que los integrantes del clan se adoran, hay un pequeño enredo lleno de malentendidos que solventar unidos para acabar —aún más felices— con un nuevo miembro en el hogar, a poder ser un perro enorme.

—Como sigáis así doy media vuelta, volvemos a casa y se acabaron las vacaciones —gritó mi padre mirando hacia la parte trasera del coche mientras mi madre le rogaba que se fijara en la carretera porque el camión cada vez estaba más cerca y no estaba entre sus planes morir.

Esa era la gran frase que se escuchaba en los coches de media España. El aire acondicionado no existía y lo más parecido era sacar el codo por la ventanilla y dejar que el viento hiciera bailar nuestro flequillo. Alfonso y yo teníamos la misma relación que cualquier pareja de hermanos en la que uno aventaja a otro en la carrera por saber mínimamente de qué va la vida. Él estaba a una semana de la mayoría de edad y lo que yo hacía le parecía de pequeños. En casa cada uno disponíamos de nuestra habitación e íbamos a lo que llamábamos nuestra bola, pero si nos juntaban en un espacio pequeño nos entraba un deseo irrefrenable de fastidiarnos, darnos golpecitos o hacer ruidos que molestaran. Nos regañaban a los dos, a Alfonso un poco más, era el mayor y se le presuponía más madurez, algo de lo que yo dudaba que fuera a tener alguna vez.

En el verano de 1993 mi hermano quería ir de vacaciones con sus amigos para celebrar el final del instituto y el acceso a la universidad. Había elegido estudiar Medicina en Madrid, lo que significaría que viviría en la capital y yo me podría hacer con el control de la casa. Aún no había salido publicada la lista de admitidos y ya lo trataba como a un invitado. Una vez me pilló en su habitación haciendo cálculos de dónde pondría la televisión y la videoconsola en caso de que llegara a tener una; la suya era más grande y en cuanto saliera por la puerta la conquistaría.

Mi padre le dio permiso para el viaje y le ofreció dinero con la condición de que

viniera con nosotros al pueblo, a ver a los abuelos maternos, y después a Peñíscola, en la provincia de Castellón.

—¡Qué se me ha perdido a mí en Peñíscola, por Dios! Está a tomar por saco y ya tenemos la playa y el club aquí —protestaba por los pasillos de casa creyendo el iluso que así vencería a mis padres.

—Tonto lava, también te vas con tus amigos a la playa, vaya excusa más absurda. ¿No te das cuenta de que lo que no te van a dejar ni por asomo es quedarte solo en casa tres semanas? Ni en tus mejores sueños, chato —le expliqué sin ninguna pedagogía tirado en el sofá leyendo la revista Don Balón. Lo que quería era ponerlo nervioso.

—Tú calla, friqui, y sigue estudiando la revista, que es lo único que sabes hacer.

Los tiros iban por ahí. Mi madre no confiaba en las intenciones de mi hermano y se imaginaba que su casa se convertiría en una especie de plató de la película *Porky's*, con salidos mentales bebiendo alcohol e invitando a las chicas a sumarse a la fiesta. Si Alfonso se rindió fue porque la financiación para su viaje salía en parte de mis padres y ante ese chantaje nada podía hacer. La tiranía económica era la mejor arma para frenar nuestra inconsciencia. Sin dinero no iríamos muy lejos, y cuando la razón no hacía mella, optaban por erradicar los debates amenazando con cortarnos la financiación para sufragarnos tonterías.

—Vamos a ver, hijo, que ya me estás hinchando las narices, por no decir otra cosa. Tienes dos opciones, o te vas con tus amigos y después con nosotros, o sólo con nosotros. Dinos ya cuál eliges y deja de darnos la tabarra, porque antes le doy a tu hermano las llaves del coche que a ti la casa veinte días, así que ve quitándote de la cabeza esa estúpida idea —cuando mi padre soltaba los cubiertos en la mesa, se limpiaba la boca con la servilleta de tela e inclinaba levemente la cabeza, significaba que, efectivamente, le habíamos hinchado las narices... o lo otro que no quería mencionar.

—No sería mala idea dejarme el coche y dar una vueltecita —bromeé.

—Tú come y a callar, a ver si te vas a quedar castigado por listo —intervino mi madre.

Eran escenas cotidianas que se representaban sin ningún drama en el ambiente doméstico. Los enfados duraban poco y cuando se lo contaba a mis amigos nos sorprendíamos de que en sus casas sucedieran situaciones similares y casi con las mismas frases. Debía existir una escuela secreta de padres en algún lugar donde los enseñaban a usar aquellos argumentos. La diferencia más notable era que en algunos hogares caían collejas y en otras con el don de la palabra se solventaba la polémica de turno, siempre a favor de los mayores.

Me gustaba ir al pueblo de mis otros abuelos, como los llamaba coloquialmente,

aunque detrás de ese «otros» había una especie de categorización involuntaria en la que Joaquín y Rosario estaban por debajo de Genaro y Mercedes. Nos veíamos mucho menos, no porque la relación fuera mala; de su casa a la nuestra había ochocientos kilómetros y la pereza dejaba para más adelante visitas que nos distanciaban. Algún fin de semana mi madre se iba en avión y nos traía recuerdos y regalos que a veces no se correspondían con la edad que teníamos. Alfonso y yo los llamábamos mostrando una alegría exagerada, como si fuera justo el detalle más deseado, porque éramos idiotas pero agradecidos, y lo último que queríamos era que pensaran que no habían acertado. Cuando nos hicimos más mayores cambiaron esos regalos por dinero, y entonces la efusividad y la sinceridad volvieron a ir de la mano.

Su casa tenía los elementos necesarios para estar envuelta en un halo de misterio, con su propia sonoridad nocturna —había que esforzarse en dar una explicación racional a algunos ruidos— y un patio que convertíamos en un campo de fútbol improvisado para jugar un uno contra uno, hasta cuando más pegaba el sol, y donde sí nos dejaban ser lo brutos que nos pidiera el cuerpo con una pelota de tenis que hacía las veces de balón de reglamento. Imperaba una amalgama de objetos antiguos que mi abuela nos recordaba cada mañana, sin éxito, que no tocáramos, no fuera a ser que los rompiéramos o se perdieran, y por las estancias se impregnaba la sensación de que el hogar de mis abuelos estaba lleno de pasado y nostalgia.

Toda la familia dormía abajo excepto yo, que por alguna razón que nunca me explicaron sufrí el exilio del segundo piso, donde se me quedaban grandes aquellos techos altos con vigas de madera y una cámara, reconvertida en habitación, que tenía el tamaño de nuestra casa entera en la ciudad y a la que acompañaba un balcón con una persiana verde clásica que se subía con un cordón del mismo color.

La inmensidad del espacio no ayudaba a dormir con los ojos cerrados.

—Ahí arriba es donde murieron tus bisabuelos, Santi —soltó mi abuelo Joaquín en la cena como si estuviera pidiendo que le pasara la cesta del pan.

—¡Anda, no me digas! —me puse blanco y sonreí a la vez.

—Lo mal que lo pasó mi padre, estuvo tres días agonizando con unos dolores espantosos justo en la cama que has elegido —remató mientras pelaba una manzana con la piel en forma de espiral perfecta.

—Joe, abuelo, qué bien que me cuentes esto antes de subir a dormir. Creo que voy a hacerlo a pierna suelta.

—Venga ya, no te vas a asustar por eso, D'Artagnan. Antes la gente se moría en su cama, que es donde debe morirse uno. Qué es eso de ir al hospital a que te tengan conectado a una máquina como si te fueran a salvar de algo.

—No, si lo que quiero decir es que ya es mala suerte que con la cantidad de

camas que hay en esta casa, justo me haya tocado la que elegían todos para espicharla.

—Que no, bobo, que el colchón se cambió hace mucho. ¿Cómo va a ser el mismo?

—Ah, bueno, me dejas más tranquilo, no creas que no. Alfonso, ¿no querrás cambiarme la habitación y dormir arriba? Que hay mucho sitio y seguro que estás más cómodo tú, que vas de independiente —la respuesta de mi hermano fue alzar su dedo corazón—. Cagón —repliqué.

—Dale recuerdos al bisa esta noche.

Mis padres se rieron de la ocurrencia de Alfonso, mi abuela me sirvió los filetes que sobraban protestando porque estaba escuchimizado, «menos hablar en la mesa y más comer, que estás en los huesos», y yo elucubré un encuentro fantasmal con el bisabuelo Segismundo y con la posibilidad de que volviera a este mundo a vengarse del nombre que le pusieron mis tatarabuelos. A mi hermano le hubiera encantado darme un susto en mitad de la noche, pero era imposible llegar sin hacerse notar; las escaleras, también de madera, servían de alarma ante cualquier intento de ponerme los pelos de punta.

La primera vez tardé en dormir. Las vigas hablaban su propio idioma y yo, con el transistor debajo de la almohada escuchando *El larguero* en la Cadena Ser, di vueltas en el colchón intentando que el sueño llegara antes que Segismundo, que tampoco creía que si volvía de visita fuera justo para acabar conmigo, que ni lo había conocido. Por si acaso busqué un álbum de fotos y le puse cara gracias a un retrato suyo en blanco y negro, no fuera que lo confundiera con otro espíritu y tuviéramos un malentendido.

Más allá de la anécdota espectral, era un placer estar en la casa, tocar sus objetos, leer postales de desconocidos guardadas en cajas de lata que perdían poco a poco su color, entrar en el trastero, escribir cosas sin sentido en la máquina de escribir Olivetti antigua o sentarme junto a la de coser y usar el pedal como entretenimiento mientras leía periódicos antiguos de una época anterior que, sin duda, no fue mejor que la que yo estaba viviendo.

Volviendo de los paseos nocturnos después de la cena nos encontrábamos con corrillos en las puertas de las casas. Hombres sin camiseta y mujeres con abanicos que sacaban las sillas a la calle y atacaban al calor de la noche en compañía, formando una red social que ninguna tecnología sería capaz de superar décadas después. Los lugareños nos saludaban al vernos con los abuelos, sorprendidos de los mayores que estábamos, nos daban besos exagerados, nos ofrecían asiento y helados que declinábamos con delicadeza, y avanzábamos hasta repetir en la siguiente puerta la misma escena en una mezcla de novedad y cercanía que nos hacía sentirnos por unos días parte de las costumbres del pueblo.

Las casas no se cerraban durante el día, la confianza venía fabricada de serie y la intimidad y los secretos no aparecían en el diccionario. Mis abuelos nos iban contando, disfrazados de guías turísticos, quiénes eran, qué familias estaban enfrentadas y los motivos —que iban desde una discusión por los límites de las tierras hasta un noviazgo de los hijos mal resuelto—, cuáles fueron sus amigos en la infancia, el dinero que tenía cada uno —«a este le salen los billetes por las orejas y es un agarrao, vendió unos terrenos y debe tener los millones escondidos bajo el colchón»— y mil historias costumbristas más que nos divertían por cómo las contaban.

Por la mañana también paseábamos con el abuelo por los alrededores del pueblo.

—Acompañadme a los recados —pedía como recurso para estar más tiempo juntos.

—Pero abuelo, ¿por qué tenemos que madrugar? Si no se va a acabar nada de lo que compremos.

—Las cosas hay que hacerlas cuando hay que hacerlas, hijo, ya lo descubrirás — la frase decía tanto sin aparentar nada que no me convencía.

—Y la lechuga seguirá siendo lechuga cuatro horas más tarde, déjanos un par de horitas más, que ya le he cogido el gusto a dormir con fantasmas. Hacen menos ruido que Alfonso —lanzaba balas de fogueo, nadie quería guerra tan pronto.

La rueda de churros que el abuelo traía para el desayuno, mojar cada trozo en la leche con Cola Cao y todo lo que sucedía después, compensaba el madrugón.

Era un comercio sin intermediarios, sin termitas que se llevaran al bolsillo el esfuerzo de los productores. La leche la comprábamos al lechero, que en la misma parcela donde vivía tenía un establo con vacas que admirábamos como si fuera la primera vez que veíamos una. Las frutas y las verduras al agricultor en pleno campo, pactando un precio que tenía más de ocurrencia repentina que de cálculo premeditado. Y hasta podíamos elegir el conejo que convertir en la guarnición del arroz caldoso tan rico que preparaba mi abuela. Eso de presentarnos a los alimentos vivos me parecía la parte más dura del trabajo. Todos nos miraban rogando que escogiéramos a otro, que les quedaba mucho por hacer en este mundo, y al final dejábamos que fuera el abuelo quien decidiera.

—No seáis pejigueras, los conejos están para comérselos, no son mascotas —le divertía palpar las diferencias entre nuestra actitud de urbanitas de garrafón y sus costumbres rurales.

No nos dio tiempo ni a ponerle nombre al primo de Bugs Bunny. En unos minutos el ganadero volvió con el animal despellejado y troceado.

—Y pensar que hace un momento estaba vivo... —fue todo lo que se me ocurrió decir como homenaje.

Uno de los días, al volver con las bolsas de tela rebosantes, vimos a treinta o cuarenta vecinos esperando en una parada que no era más que un palo de madera sujetando un cartel metálico con un dibujo de un autobús. Habían llevado sillas, vino, copas, pan, embutido, dos guitarras… aquello era una fiesta en toda regla. El abuelo Joaquín meneó la cabeza entre carcajadas.

—No tienen remedio —dijo más para él que para nosotros.

—¿A quién esperan? —preguntó Alfonso.

Debía tratarse de alguien importante.

—A Benjamín el Turrones, que lleva cuarenta y siete años fuera del pueblo.

—¿Y justo llega hoy? —pregunté con cierta emoción de coincidir con un acontecimiento tan importante a la vista de la alegría que se concentraba en aquel descampado.

—¡Qué va a llegar hoy! A ese panoli no le vamos a ver el pelo más. El Turrones tendrá casi noventa años, dónde va ahora más viejo que Cascorro. Emigró con su familia a Argentina en los cuarenta, pero no ha dejado de escribirnos una carta al mes. Cada vez a un vecino, yo tengo algunas por ahí. Siempre manda fotos y dice que echa de menos todo esto. Desde hace unos años, en cada carta dice que ya viene, que vuelve al pueblo a morirse aquí, pero ni rastro. Nadie lo toma en serio, así que los del pueblo, con la broma de que ya llegaba, empezaron a juntarse el primer martes de cada mes a esperar al autobús y montan ahí el aperitivo, el vinito y la fiesta. Como ves, no nos hace falta mucho para inventarnos una tradición.

El autobús poco a poco tomó forma desde el horizonte y fue agrandando su figura hasta detenerse delante de aquella especie de *rave* legal. Todos gritaron «¡que viene, que viene, que ya viene el Turrones!», hasta que se abrió la puerta del vehículo y únicamente bajó una señora que no debía estar familiarizada con la fiesta y dudó entre volver a su asiento o sumarse a la comitiva que no era en su honor. Los vecinos fingieron sentirse decepcionados, gritando que cómo era posible que el Turrones los hubiera engañado, y para ocultar su divertida desazón vaciaron el vino en las copas, dieron buena cuenta del chorizo e hicieron sonar las guitarras. Recogieron los bártulos y juraron que a la siguiente sería la buena.

Meses después, recibí en mi casa una llamada del abuelo Joaquín. Quería hablar expresamente con Alfonso o conmigo, y como mi hermano no estaba me puse yo. Me contó un suceso dramático. Con la broma de esperar a Benjamín el Turrones, nadie calculó que un día el deseo del anciano pudiera hacerse realidad. Entre vino y música, en aquel noviembre cantaron como siempre el «que viene, que viene» al acercarse el autobús. Cuando paró y se abrió la puerta, se dieron de bruces con el buen hombre, que con acento argentino gritó «¡ya les dije que un día volvería, pelotudos!», extasiado al ver el recibimiento que le habían preparado. La música se apagó y todos se quedaron mudos, sin saber cómo actuar, hasta que uno de los más

fiesteros rompió el silencio y preguntó muy serio «¿pero tú qué haces aquí?» casi con más ganas de que el ilustre expatriado se subiera otra vez al autobús y lo llevara de vuelta a Argentina a seguir escribiendo cartas anunciando que regresaba al pueblo.

De camino a casa todos se vieron obligados a interesarse por las vivencias de su antiguo vecino, que repartió abrazos y confidencias como si llevara un año fuera y no medio siglo, y aunque por lo que me comentó mi abuelo nadie lo verbalizó en el momento, la única pregunta sincera que sobrevoló en aquel reencuentro fue qué iban a hacer a partir de entonces el primer martes del mes para divertirse.

Eran pocos días al lado de Joaquín y de Rosario y nos servían como elemento de unión para el resto del año. Cuando nos llamaban en invierno, la conversación giraba sobre lo que habíamos vivido en esa visita, y si quedaba menos de medio año para la siguiente hacíamos planes fiándole al futuro que nos dejara cumplirlos.

La playa nos esperaba y en la despedida había una sensación de tristeza similar a la que percibía con mis abuelos paternos, una nube de incertidumbre: la de la posibilidad nada remota de estar compartiendo los últimos momentos juntos. Por eso siempre miraba hacia atrás en el coche, por si después de esa despedida no había más al menos quedarme con la imagen de mis abuelos emocionados pronunciando el adiós más fiable, el de las últimas veces.

En las vacaciones familiares se imponían algunas normas para que la convivencia fuera agradable. La básica, que no era necesario estar juntos a tiempo completo. Cada uno tenía libertad para entrar y salir del hotel, de la playa y de los paseos cuando quisiera. La única obligación era que se comía a las tres. Mis padres desayunaban pronto, mientras Alfonso y yo dormíamos, y hasta el mediodía no los veíamos en la playa, cuando nuestra sombrilla naranja ya estaba situada en el mismo punto peleando para que el viento no la convirtiera en un pincho moruno con algún veraneante.

Los hoteles estaban atestados de familias como la nuestra, con chicos y chicas de la misma edad que también buscaban separarse de sus padres e ir por libre. El problema radicaba en quién rompía el hielo, quién tendría la valentía de acercarse a desconocidos sin parecer un demente rogando una amistad temporal. El primero que lo hacía se convertía en el líder del grupo y se iba formando un grupo heterogéneo en edad y personalidad. Daba igual quiénes fuéramos en nuestras ciudades, el anonimato nos igualaba, nos hacía empezar de cero y únicamente contábamos la parte interesante del pasado, si es que había alguna, omitiendo cualquier detalle que no nos dejara en buena posición.

Pasábamos más horas en la playa que Mitch Buchannon y eternizábamos los

partidos de fútbol en la arena, los de voleibol, los baños hasta el atardecer y los juegos de cartas tumbados sobre las toallas. A media mañana reservábamos un rato para estar con los padres, por parecer que nos conocíamos de algo, y ya el resto del tiempo con los nuevos amigos. Diez días pasaban volando y muy lentos a la vez, y no teníamos límite de llegada a la habitación. De noche nos quedábamos por las instalaciones del hotel, hablando y metiéndonos por cualquier zona que estuviera prohibida, como la azotea. Y como era de esperar, los roces sentimentales, los líos y los «me gustas, pero juraría que yo a ti no», hacían acto de aparición.

El debate giraba en torno a con cuántas personas se había liado cada uno, las borracheras y otras hazañas juveniles. Los chicos usaban cifras altas para mostrar hombría y las chicas preferían ser cautas y no responder, las etiquetas en la época claramente nos beneficiaban a nosotros… Menos a mí, que en un arranque de sinceridad respondí que había estado con una sola chica y algunos me miraron como si tuvieran enfrente al primo de ET.

—Yo con una y me doy con un canto en los dientes —y de las caras de más de uno deduje que si volvieran a hacerles la pregunta serían más sinceros y bajarían su optimista y fantasiosa respuesta.

—Qué pocas, yo a tu edad llevaba seis o siete —contestó Pachi, que era un combinado de simpatía y fanfarronería con acento vasco y nulo interés por los asuntos políticos de Euskadi.

—Aquí lo que hay es mucha fantasía y mucho *dandy* de mercadillo —Eva, la mayor del grupo, salió en mi ayuda. Vio una virtud en mi paupérrima honestidad y rebajó las habilidades con las mujeres de aquellos casi desconocidos en una escena muy parecida a las que vivía en el club de verano.

En mi caso ni se me ocurrió ligar con alguna de las chicas. Estaba muy contento con mi relación con Laura e interesarme por otras me sabía a deslealtad. No fui capaz de barruntar que la traición estaba tomando el camino inverso. Mi relación ya se estaba viniendo abajo y las señales que llegaban no las interpreté como debía. Conseguir hablar con Laura en mis vacaciones fue un reto casi imposible. No la pillaba nunca en casa y no recibí respuesta ni habiéndole dado el teléfono del hotel antes de irme. Los de recepción me conocían ya y en cuanto entraba negaban con la cabeza pesarosos, reiterando que en cuanto tuvieran noticias me avisarían de inmediato.

—¿Habéis revisado la línea? Lo mismo no funciona bien —era más fácil echarle la culpa a Telefónica que intuir que Laura se estaba olvidando de mí.

Cuando al fin pudimos hablar me regaló un repertorio de monosílabos y de frases hechas que hubieran espantado al bueno de Antonio de Nebrija. Le conté lo bien que me lo estaba pasando en las vacaciones y cuando le pregunté por las suyas me despachó con un «bien, sin novedad, como siempre». Se justificó con que le

dolía la cabeza y no se encontraba bien y me dijo que ya hablaríamos.

—¿Cuándo?

—Ay, no sé, Santi, pasado mañana si puedo —me respondió con un desinterés que preferí achacarlo a alguna maldita enfermedad que no tenía.

Mi inocencia me salvó de estar amargado en lo que me quedaba de viaje y seguí disfrutando con mis amigos estacionales de un ambiente que invitaba a quedarse allí para siempre. No echaba de menos mi ciudad, sólo a Laura, pero estando tan entretenido me olvidaba un poco de ella.

Por qué congeniábamos más con unos que con otros no supe explicarlo. Había algo que me unía a unos cuantos del grupo como si nos conociéramos de antes. Hablábamos un lenguaje común que generaba relaciones estrechas que no necesitaban nutrirse del pasado para generar complicidad. Nos entendíamos con un gesto o una broma que provocaba risas, aunque pensáramos que nadie la entendería, y al ponernos serios y hablar de nuestros problemas —eran pocos esos momentos— descubrimos que compartíamos las mismas barreras y las mismas dudas que otros chicos y chicas que, hasta unos días atrás, no sabíamos de su existencia.

Cuando llegó la despedida nos prometimos amistad eterna. Nos escribiríamos cartas y los que vivíamos cerca nos veríamos en cuanto tuviéramos un fin de semana libre. En la recepción del hotel, entre abrazos y alguna lágrima, creímos las promesas que se desvanecerían en cuanto la rutina nos pasara por encima. Pensamos que volveríamos a vernos y a reeditar un verano que construimos en equipo y que fue aún mejor de lo esperado.

De vuelta en el coche, Alfonso y yo no nos fastidiamos. Cada uno miraba por la ventanilla pensando en sus cosas y con los cascos puestos. Eché la vista atrás y me pareció que todo había pasado muy rápido; me hubiera quedado hasta septiembre en aquel hotel que tenía algo de hogar. Hasta me despedí de los recepcionistas que habían aguantado mi impaciencia para recibir una llamada.

Mirando a los asientos de delante, recordé que no había dado las gracias a mis padres. Los viajes en verano los habíamos hecho desde que éramos muy pequeños y los dábamos por sentado, como los privilegios que creemos que nos pertenecen por derecho de nacimiento. No siempre los chicos de mi clase tenían vacaciones tan increíbles, y si Alfonso y yo podíamos viajar a un lugar alejado de nuestra casa era por el esfuerzo de mis padres, que trabajaban duro para ahorrar un poco al final de cada mes y guardarlo para aquellos veinte días de julio. Lo más cómodo para ellos habría sido quedarse en la ciudad y usar el dinero para otra cosa, pero su sacrificio, el mismo que hacía que nunca nos faltara nada y que cada viernes recibiéramos una propina de dudoso merecimiento, era una constante. Ganaban la partida a cualquier contratiempo porque iban de la mano, sin fisuras y seguros de haber

elegido el camino correcto. Con la ventanilla abierta, el sol golpeándome en la cara y aún quinientos kilómetros de viaje, hice algo que debía practicar con más asiduidad.

—Papá, mamá, muchas gracias por las vacaciones. Han sido increíbles.

19

—Esa cara que me traes sólo te la puede provocar alguien con nombre y apellidos del género opuesto, sobrino.

Durante unos segundos odié a mi tío por leerme la mente. Le había dedicado menos tiempo a reconocer la tristeza de mi cara que a ver cómo su café humeante daba vueltas con la cuchara, y ya conocía la historia. No quería compartir con nadie, ni siquiera con él, el batacazo que me había dado con Laura.

—Paso de hablar del tema —respondí cortante sabiendo que no iba a respetar mi decisión.

—La primera duele diferente, no se parece a las siguientes. ¿Cómo se llama?

—Laura, y te he dicho que no me apetece contártelo —soné poco convincente a tenor de la sonrisa que remarcó sus ojeras cada vez más evidentes.

—Bueno, al menos ya sé el nombre. Juraría que esa es la chica a la que llevas chinchando desde que sabes caminar, curioso giro. Ahora estás en la fase de pensar que no hay otra como ella, que es la mujer de tu vida y esas chorradas de las películas y las novelas, y lo peor es que gastarás tu energía en intentar que te caiga mal para olvidarte. Sintiéndolo mucho, la única persona que va a estar contigo siempre eres tú mismo, y eso a veces no se lleva bien. Las chicas se van y vienen, más de lo primero, eso sí —levantó su taza, me miró y dio un sorbo corto.

Aquel encuentro fue diferente al resto. En los otros él hablaba y yo escuchaba atento sobre temas en los que mediaba la distancia que marcaban las experiencias que todavía no había vivido. Me podía advertir del dolor, de la adultez, de la soberbia... Yo no sabía qué eran de verdad y no me preocupaban. Sin embargo, mencionar a Laura y recordar su propuesta de que en vez de novios fuéramos amigos, era recibir una puñalada.

—La odio con todas mis fuerzas, ojalá no vuelva a verla más.

Aunque sonara rencoroso, era tan cierto que empezaba a odiarla como que, si me dijera que se lo había pensado mejor, iría tras ella. Y era esa contradicción la que intentaba explicarme mi tío y yo estaba experimentando.

—Ya quisieras tú odiarla, merluzo —juraría que disfrutaba con la situación.

—¿No me vas a dar ningún consejo?

—La única medicina que realmente hace olvidar a una persona es alejarse y no

saber de ella, querido sobrino. Lo tuyo, de todas formas, es otra cosa. A tu edad un amor no deja prisioneros, en un mes ni te acordarás y ya te estará gustando la de al lado, y así sucesivamente hasta que encuentres una chica que te atraiga de verdad. Te levantarás una mañana y ya no pensarás en esto, pero hace falta un poco de paciencia y tú no la tienes.

—No me ayudas mucho, tío, la tendré en septiembre dos pupitres por delante otra vez.

—Tú sé un caballero y no un cateto. Trátala exactamente igual que lo habías hecho estos meses. No es culpa suya que sus sentimientos no coincidan con los tuyos, y quién sabe, a lo mejor más adelante te empieza a ver con otros ojos de nuevo. Hace poco te peleabas con ella y mira lo que te ha llegado a gustar.

—¿Te has enamorado alguna vez, tío Braulio? —no lo pregunté por ser cotilla, lo hacía por saber si sus consejos venían del saco de sus vivencias o del consultorio de Elena Francis.

Mi tío se quedó callado, hizo un amago de contestar y se levantó de la mesa del Velero.

—Tengo consulta en el ambulatorio, nos vemos la semana que viene. Y anímate, me disgusta verte así.

No estaba enfadado conmigo. Sólo huía, como siempre.

Antes de ese encuentro con el tío Braulio, Laura me devolvió la llamada. Ya el hecho de llevar cuarenta y ocho horas en la ciudad y no habernos visto debería haber activado mis alertas, y en el fondo lo hizo, pero mi alma cándida lo justificaba bajo argumentos de lo más creativos.

—Santi, tenemos que hablar —me dijo sentada en el respaldo de nuestro banco preferido, ese en el que se veía la puesta de sol exactamente igual que en el siguiente, cinco metros más allá.

Laura miraba al frente y me evitaba.

Nunca alguien ha usado la frase «tenemos que hablar» para decir seguidamente que le ha tocado la lotería, que se va a hacer la vuelta al mundo en ochenta días gratis o que los resultados de la analítica están bien. Se debería empezar mejor con un «malas noticias» que no diera lugar a la esperanza.

—Te traigo este regalo de las vacaciones, es una tontería. Se llaman flaons, son de Peñíscola y están muy ricos —le di la caja y giró la cabeza al lado contrario.

—Mierda, Santi, no lo hagas más difícil.

Por muy inexperto que fuera, preveía la tormenta. Iba en chanclas, pantalón corto y camiseta para enfrentarme a ella.

—Que no, mujer, que están muy ricos. No vayas a pensar que saben a guisantes —no fue la mejor forma de frenar la demolición.

—He estado pensando mucho… —no hablaba precisamente de flaons.

—Uy, eso de pensar no es bueno —bromeé.

—¿Puedes dejarme acabar, por favor?

Esa no era la Laura que alargaba los días con tal de verme, aunque fueran cinco minutos un martes excusándose en casa con que bajaba a tirar la basura. No reconocer a la chica con la que llevaba saliendo tres meses fue otro de los aprendizajes que me llevé en contra de mi voluntad; tenía la misma cara, el mismo cuerpo y era otra persona. Empezó la enumeración de frases sacadas del manual de cómo romper con la pareja sin que salpique la sangre. Muchas de ellas las escucharía otras veces en el futuro, pero nunca tan juntas como aquella tarde al volver de las vacaciones. Recitadas del tirón sonaban ridículas.

—He estado pensando mucho estas dos semanas sin vernos —reiteró.

—Han sido casi tres, sí. Vale, vale, ya me callo —si seguía diciendo tonterías tal vez se distraería y contendría el alud.

—Perdona que no te cogiera las llamadas, necesitaba pensar. Quiero que sepas que esto no tiene que ver contigo, tú no tienes la culpa. Soy yo, que no merezco tener a mi lado a un chico tan increíble.

—Para ser increíble se está poniendo fea la cosa —no tenía experiencia en rupturas ni tampoco era imbécil.

—Han sido meses muy bonitos, de verdad. Me he reído, he estado a gusto —ya hablaba en pasado, mi cadáver estaba enterrado y ni me había invitado al funeral—, y me has hecho sentir cosas que no conocía.

—Y ya te has cansado de sentir esas cosas, no me digas más —ahora era yo el que miraba al frente para no calcular cuánto había de verdad y cuánto de palabrerío en su lista de razones.

—No seas así —esta frase estaba en el top tres de tópicos para descargar la culpabilidad—. Estas semanas he sentido que no te echaba de menos, antes quería hablar contigo desde que me levantaba y es como que… no sé explicarlo.

—Lo estás explicando muy bien, que te has cansado y punto. No hacen falta tantas palabras para decirlo. Eso sí, no pienses que me estoy tragando esta milonga, si fuera como dices los primeros días de mis vacaciones no habrías huido de mis llamadas; ni una vez me respondiste al teléfono ni a la postal que te mandé. Así que hasta un torpe como yo ve que cuando nos despedimos ya tenías esto en la cabeza. Por lo menos sé sincera y no me trates como si fuera retrasado.

No sé si era el instante en el que yo debía reaccionar, coger el toro por los cuernos y luchar por la relación reconvertida a un simple amor de primavera. De nada hubiera servido, si me había evitado de forma premeditada y venía con el discurso aprendido, hacer que tenía solución hablando como las personas adultas que no éramos lo habría empeorado.

Se usaba el verbo cortar como el idóneo para poner fin a una relación y eso estaba haciendo Laura. Lo que no tenía previsto era que me invitara al postre.

—Me gustaría que siguiéramos siendo amigos, Santi. Eres muy importante para mí y quiero tenerte cerca.

La pelota cayó pinchada en mi tejado.

—Cerca me vas a tener, Laura, de eso no te quepa duda, a no ser que tenga la suerte de que este curso nos cambien de grupo y no me toque verte la cara. Amigos dices, ¿qué te has fumado? ¿De verdad te piensas que te voy a decir que sí, que tan amigos, que aquí no ha pasado nada? ¿Me vas a mandar notitas contándome que te gusta otro y que qué me parece? Venga ya, hombre, vete por ahí a reírte de otro. Me voy de vacaciones tan contento sabiendo que a la vuelta vas a seguir aquí y resulta que te has aburrido. Espero que tengas más suerte con el próximo mono de feria que te compres.

Di un respingo y salté del banco. Laura lloraba, no sé si por mí, pero lloraba. Quise consolarla cuando el consolado tenía que ser yo y no me respondió el cuerpo. Cuando lo hizo, fue para poner rumbo a mi casa, a vengarme y destruir todo lo que tuviera que ver con ella. Si me forzaba a olvidarla, el primer paso, antes del luto, era la rabia, y de eso tenía mucho.

Ya siendo mayor, cuando otras veces fui yo el que actuó igual, entendí que ella no tuvo la culpa y que, igual que no hay razones que ofrecer cuando empieza a gustarnos una persona, tampoco existen cuando se termina un amor pasajero de cuatro semanas, cuatro años o cuatro vidas enteras.

Que el mundo seguía girando, los amigos estaban para apoyarse y los amores juveniles llegaban y se marchaban con la misma urgencia, lo experimenté en los siguientes meses. No tuve tanta madurez como para recapacitar, acercarme a Laura y decirle que vale, que había cambiado de idea, que nos podíamos llevar bien. Empezado el curso, la ignoraba casi más como una forma de castigo que no castigaba a nadie, pues no se la veía muy preocupada porque yo sacara a pasear el látigo de la indiferencia; el suyo era bastante más largo. La predicción del tío Braulio se cumplió, otras chicas empezaron a llamarme la atención desde la distancia y sin fijar un objetivo en concreto, y decidí pasármelo bien. Las pandillas crecían y se fusionaban y la calle seguía predominando la dieta de ocio. Los recreativos poco a poco fueron sustituidos por más fiestas de viernes sin alcohol y por otro evento que apareció para quedarse: los botellones.

Al final del paseo marítimo, donde las luces de las últimas farolas llegaban débiles y no había peligro de encontrarse con los padres, se daban cita los de nuestra edad y los mayores, cada unos en una zona diferente que terminaban por mezclarse en una común. Legalmente unos podían beber y otros no. Tener un vaso

con alcohol en la mano significaba ser adulto y la distancia, entre quienes ya sobrepasaban los dieciocho y los que no, se acortaba.

Fue Borja el que nos convenció para ir al primer botellón, que en los noventa se popularizaron como una alternativa a la falta de presupuesto para consumir en los bares. Se dividió nuestra pandilla en dos bandos respecto a este asunto, uno que se negaba a aceptar que evolucionábamos, formado por Jandro y por mí, y otro que sabía que la diversión se había mudado a otro lugar. Ya siendo adolescentes de pleno derecho, los cambios eran más perceptibles y dejar atrás etapas en las que estábamos acomodados no era sencillo. De hecho, Toni dejó de coleccionar cromos de fútbol y Jandro y yo continuamos una temporada más, casi a escondidas porque se veía como cosa de niños.

—Troncos, lo de ir a jugar a las maquinitas está bien, pero pasar la tarde entera ahí es un tostón. Hoy pillamos calimocho y vamos al paseo, ya veréis la que se monta —Borja nos prometía la diversión absoluta.

—¿Calimocho? Si está asqueroso. Además, ¿dónde lo compramos si piden el DNI? —Jandro intentó posponer el plan.

—Hay una vieja que tiene una tienda en el callejón y vende bebida hasta a sus nietos. Y si no te gusta el calimocho, bebes Coca Cola que nadie se va a enterar.

—No le veo nada de malo a echar unas partidas y luego dar una vuelta, la verdad —quise apoyar a Jandro.

—Venga, tíos, dejaos de chorradas, hoy es lo del botellón. Ya iremos a jugar mañana o al salir de clase. Porque hagamos algo diferente no nos vamos a morir —para Toni era cuestión de diversificar.

—¿Te recuerdo cómo acabó la fiesta del curso pasado? —habían pasado unos meses y aún seguíamos sacándola en la conversación.

—Que no, coño, que el calimocho no sube como el whisky, hacedme caso —cualquier que lo escuchara pensaría que era un reputado sumiller.

Llegamos a la tienda de la Vieja. En el toldo verde de la entrada se especificaba que era una frutería, pero en lo que estuvimos dentro hasta que nos atendió nadie cogió ni media manzana. El aroma rancio que destilaba el establecimiento no ayudaba a pasarse por allí a buscar los ingredientes para una macedonia. Riadas de jóvenes saludaban a Carmen como si fuera su abuela y a su ayudante, un hombre de mediana edad que tenía más de drogadicto sin remedio que de experto en hortalizas. La cola avanzaba y Carmen se apropiaba de las propinas semanales a cambio de dos cartones de un vino que no era precisamente gran reserva, dos litros de Coca Cola o de algún sucedáneo, dependiendo del presupuesto de cada uno, una bolsa de hielos y unos vasos de plástico que se rumoreaba que el yonqui recogía del suelo al acabar el botellón y volvía a llevar a la tienda para ser revendidos previo repaso breve por el grifo.

—A mí la vieja esta que me dé un vaso nuevo, que nos pega la malaria la muy asquerosa —el tono de voz de Toni era incompatible con la discreción.

Cuando quedaba un grupo por delante entraron dos agentes de la policía urbana con cara de «os hemos pillado con el carrito de los helados». Jandro, que era quien cargaba con los cartones, estuvo rápido y los dejó en la balda de los detergentes. Los de delante tenían diecinueve años y solventaron el trámite, a Borja en cambio le quedaban semanas para los dieciocho. Ellos llevaban Martini y ron porque a esa edad el calimocho se les quedaba corto y sus posibilidades económicas se lo permitían. Cuando el dedo de un agente nos señaló, levantamos los brazos con la Coca Cola y los hielos como si portáramos cuatro metralletas y diez granadas de mano.

—Señor agente, no se preocupe, son buenos chavales. Yo soy el primero que no dejaría que Carmen vendiera alcohol a menores, ¡por encima de mi cadáver! Pueden irse tranquilos, esta es una frutería honrada, pobre pero honrada —era muy generoso llamarla pobre.

Inesperadamente fue el ayudante yonqui el que salió al rescate. Lo hizo con un argumento tan robado a Berlanga que después de unos segundos asimilando la épica intervención, los que permanecíamos dentro del local nos reímos a carcajadas, incluso los policías.

—Qué sería de nosotros sin ti, Chete, menos mal que estás para poner orden. Anda, pagad esas Coca Colas y ya me explicaréis por qué Carmen coloca el vino junto al Mistol —el agente, resignado al cuento de nunca acabar cada fin de semana, nos disuadió de acabar la compra y nos quitó de un plumazo las ganas de beber vino.

Nos presentamos en el paseo marítimo con nuestras bolsas llenas de cafeína, bolsas de pipas y hielo que igual hubieran valido para el botellón que para ir al cine, y fingimos hasta la medianoche que en nuestros vasos había calimocho. Al fondo vi a Laura con sus amigas, me saludó desde la distancia y le respondí girándome. De vez en cuando no podía evitar mirarla, y cuando hablaba con otro chico me llevaban los mil males imaginando quién iba a ocupar el lugar que una vez fue mío.

Más allá de lo que cada uno sujetara en su mano, y contradiciendo las indicaciones educativas que llegaban desde el colegio y desde la asociación de padres —donde en varias charlas formativas nos animaban a beber más deporte que vodka—, a aquellos encuentros sociales era difícil resistirse porque los lugares en los que pasaban las cosas de las que luego hablaba mi generación estaban allí y nosotros queríamos ser parte de los relatos, no oyentes.

Ningún ladrón se retira por iniciativa propia. A un chorizo lo jubila la policía cuando se confía y siente que cuenta con inmunidad porque nunca antes ha sido

atrapado.

En una de nuestras sesudas conversaciones calculamos cuántos bollos habíamos mangado hasta la fecha. La horquilla oscilaba entre los ciento cincuenta del más prudente, Jandro, a los doscientos cincuenta de Toni. Cuando lo multiplicamos por las sesenta pesetas que valía cada uno nos dio como resultado unas doce mil. Si le sumábamos los cromos, el material escolar del armario del colegio o algunas chucherías a Manolo el quiosquero, el botín no tenía que envidiar a grandes chorizos de la escena barriobajera nacional como el Lute, el Vaquilla o el Pera.

Se puede decir que Toni nos salvó a los demás y que lo que le pasó hizo que el resto decidiera que no había que estirar el chicle. Durante varios días me pidió que en vez de recogerlo en casa lo hiciera más abajo, desviándonos del camino habitual. No le pregunté el motivo porque con él a veces era mejor no saber por qué hacía las cosas. Cuando ya estábamos en clase abrió su mochila y sacó tres o cuatro periódicos de tirada nacional y deportiva, bolsas de gusanitos y latas de Sprite, y las repartió entre los compañeros como si fuera un mesías ofreciendo víveres a los necesitados.

—No os peléis, chavales, que hay para todos y si no traigo más. Aquí está el tito Toni para serviros —cuando se duda de la procedencia lícita de algo, mirar a otro lado es una opción altamente recomendable.

A la mañana siguiente repitió el proceso, esa vez en vez de gusanitos había bolsas de palomitas para microondas, gominolas, botes de Gatorade y algunos paquetes de tabaco Marlboro por los que había que pagar la mitad de lo que costaban en el mercado.

Al tercer día el público se volvió exigente y protestó porque Toni trajo las mismas variedades. Jandro, Borja y yo lo agarramos en el recreo y le pedimos explicaciones. Una cosa era llevarse unos cuantos bollos y otra convertirse en un supermercado clandestino y abastecer al colegio. Le intentamos explicar la diferencia entre ser pillos y ladrones.

—Ahora no vayáis de santitos vosotros tres, que sois iguales que yo —nos acusó sin convencimiento.

—Vamos a ver, tonto del culo, te estamos diciendo que coger una vez a la semana dos bollos de sesenta pelas es una chorrada y si nos pillan lo peor que nos puede pasar es que nos obliguen a pagarlos y no nos dejen volver a entrar, y otra que aparezcas como si fueras un quiosco ambulante repartiendo felicidad. ¿De dónde cojones sacas esas mierdas?

—Sí, sí, mierdas, pero bien que te trincaste una lata, jeta.

—Me la bebí porque aún no sabía que te habías convertido en un caco profesional, retrasado —si acababa cada frase con un insulto parecía más contundente.

Tras mucho insistir creímos que había entendido que ciertas líneas no se debían sobrepasar. Nos prometió que no lo haría más.

Al cuarto día fui a buscar a Toni a casa.

—¿Para qué vienes aquí y llamas, chaval? Si se ha ido hace un rato —protestó el padre.

—¡Es usted un gilipollas y un amargado! —grité.

Me salió de dentro, de muchas mañanas desayunándome su malhumor. Volverse adulto también significaba dejar de aguantar actitudes que veía normales, pero en verdad mi enfado era con mi amigo, que me había mentido. Si no estaba en casa era porque había vuelto a las andadas. Me marché pegado a la pared del edificio para que su padre no me viera desde arriba. Se asomó a la ventana y gritó que si tenía cojones diera la cara. Doblé la esquina y juré que era la última vez que apretaba ese timbre.

Sor María entró al aula recordándonos una mañana más que las matemáticas jamás serían nuestras amiguitas. El hueco de Toni estaba vacío. La religiosa preguntó que dónde estaba y por no saberlo Jandro salió a la pizarra. Recibió el correspondiente vapuleo dialéctico ante su incapacidad para descifrar la función logarítmica que se desangraba en el encerado.

El viernes siguió sin aparecer. Lo telefoneamos desde una cabina y nadie respondió. Nos acercamos al despacho de la directora por si tenía noticias y lo único que supo decirnos fue que había llamado la madre avisando de que Toni estaba con un virus. Le extrañaba que no lo supiéramos. Delante de la monja dimos por buena la explicación y salimos deseándola un día maravilloso como si fuéramos los santos inocentes.

—Ya te digo yo el virus que se ha pillado este imbécil.

—¿En qué piensas? —preguntó Jandro.

—En lo mismo que tú. No será que no se lo avisamos.

El lunes siguiente se produjo la reaparición de Toni. Los compañeros lo rodearon esperando su cuota diaria de regalos y su cara los echó para atrás.

—Se cortó el abastecimiento, chavales —anunció solemne creyéndose el último bastión en la lucha contra la Ley Seca.

En la hora de gimnasia, que era una pachanga de fútbol, aprovechamos el cambio de ropa en los vestuarios para enterarnos del porqué de su ausencia y comprobamos que nuestro amigo era aún más idiota de lo que habíamos calculado.

—Os vais a reír. El domingo anterior pasé por la tienda de Goyo, no sé si sabéis cuál es —negamos los dos—, y vi que estaba cerrada por vacaciones. Lo curioso era que el repartidor seguía dejando el montón de periódicos en la puerta. El caso es que la tienda tiene una ventanita pequeña a la altura de la cintura por la que cabe

una persona de nuestro tamaño, y sorpresa, no le habían echado el cerrojo. Así que me pareció buena idea entrar por las mañanas antes de clase y coger unas cuantas cosas para repartir. El problema es que me fui animando y cada vez pillaba más, hasta que reventaba la mochila. Mi fallo fue que no os puse a uno de vosotros a vigilar fuera —por supuesto que por las venas de Toni no corría la sensatez de pensar que su fallo era atracar una tienda de barrio—, y como Goyo no volvía fui cogiendo más y más. Tampoco es que me llevara la tienda entera, no vayáis a pensar mal.

—Claro que no, Toni, ¿por quién nos tomas? Pensar mal de ti… —respondí.

—Sí que pensé que se iba a notar demasiado, porque había muchos huecos libres y antes de que yo entrara estaban los productos perfectamente alineados. El jueves os prometo que iba a ser la última: unas cajetillas de tabaco para revender, un par de revistas guarras y tres tonterías más, y cuando voy a salir me encuentro de sopetón a dos polis esperándome. Uno con los brazos cruzados y el otro meneando con la mano unas esposas que llevaban mi nombre. Estaba tan flipado robando que no me di cuenta de que enfrente está la comisaría.

—Muy inteligente robar delante de la pasma.

—Parezco imbécil, sí, choriceando en la misma jeta de la policía. Uno me dijo que me tocaba cruzar la calle con ellos, encima riéndose de mí.

—No te fustigues tanto, a ver si vas a terminar dándonos pena —Toni debía ser el único ser vivo de la ciudad que no sabía que en esa calle había una comisaría.

—Mi madre os echa la culpa, dice que sois malas influencias —aquello nos remató.

—Tócate los cojones con tu madre, ¿qué sabrá ella? —la acusación indignó a Jandro, que hasta entonces se había mantenido como espectador del relato.

—Para colmo, Goyo ha denunciado que le he robado más cosas de las que en verdad cogí. El muy cabrón se ha inventado hasta que mangué suavizante, no me jodas, para qué voy a querer yo llevarme el Mimosín. Ha hecho los cálculos y dice que si le pago cuarenta mil pesetas no me denuncia, cuando yo como mucho le habré quitado por valor de quince o veinte mil pelas. Menudo estafador —Toni retorció tanto la historia que terminó siendo la víctima.

—Pues ya sabes, a apoquinar, campeón. Puedes robar en un banco las cuarenta mil y así lo solucionas, o coge un poco más y lo repartes en clase —bromeé por intentar quitarle gravedad al tema.

—Qué va, ya quisiera. Mi padre ha adelantado la pasta y me ha conseguido un trabajo limpiando la fábrica de un colega suyo. Tengo que ir los viernes y los sábados. Me paga dos mil quinientas, así que hasta que no salde la deuda no me vais a ver la jeta los fines de semana. Por cierto, hablando de mi padre, ¿cómo se te ocurre llamarlo gilipollas por el portero? Si te pilla te mata.

—Es que tu padre lo es, Toni, me saca de quicio.

—Ten cuidado, ha dicho que si te pilla que te enteras.

—Si no sabe ni qué cara tengo, nunca hemos subido a tu casa.

—Eso es verdad, por ahí te salvas.

El profesor de gimnasia usó su silbato para indicarnos que empezaba el partido y aparcamos el *affaire* de Toni esperando que naciera el próximo, que estaría a la vuelta de la esquina. Teníamos una facilidad sobrenatural para diluir los problemas que íbamos creando, pero aquel en concreto nos sirvió para aprender una lección que ya incorporamos a nuestro ideario: no podíamos hacer lo que nos daba la gana. Lo que para nosotros era una simple travesura generaba problemas a otras personas y a la vez decepcionaba a nuestros padres si se enteraban; ellos, que no tenían la culpa de las gamberradas que se nos ocurrían.

20

1994 llegó con la promesa de ser grande... y en parte mintió.

Aquella Navidad sería la última de mi abuelo Genaro. Bajó del autobús cargado de los regalos tradicionales, mis padres protestaron por el esfuerzo y se lo agradecieron a la vez, y a Alfonso y a mí nos dio las correspondientes propinas cuando nuestra economía estaba a punto de pedir un rescate. Mi hermano ya vivía fuera y su tren de vida en la universidad requería de algo más que de una buena administración de sus recursos.

La repetición milimétrica de los acontecimientos navideños era clave para seguir catalogando la festividad como entrañable. Puede que mi abuelo me diera pistas de su adiós de una forma tan sutil que no supe interpretar.

—Vaya asco de villancicos en inglés —protesté cuando pasamos por delante de la tienda que repetía en bucle el *We wish you a merry christmas*.

En verdad me daba igual, era por meter el capote a mi abuelo y que rabiara.

—Déjalos que pongan lo que quieran, cualquier villancico es bonito, hasta el del *25 de diciembre, fun, fun fun* —me contradijo sonriente y medio cantando.

En la emisión de las campanadas que anunciaban 1994 en la Puerta del sol, presentadas en TVE por el dúo Cruz y Raya, que se abría paso para que no echáramos tanto de menos la ración de humor anual de Martes y Trece, lo vi llorar por primera y última vez. Cuando chocamos las copas, brindamos con Freixenet y escuchamos el breve discurso de mi padre, Genaro se emocionó y apretó con fuerza la mandíbula porque no quería que lo viésemos triste. La abuela Mercedes lo sujetó de la mano y le dimos un abrazo sin decirle nada más que feliz año y que era el mejor. Nos propuso jugar al bingo, y Alfonso y yo, que íbamos a salir a una fiesta con barra libre de las que había que ponerse elegantes o algo que se le pareciera, aceptamos sin pensarlo y llamamos a nuestros amigos para avisarles de que llegaríamos tarde a la discoteca. Algo nos decía que rechazar el juego nos haría arrepentirnos y hasta las dos estuvimos comiendo turrones, bebiendo el cava que había sobrado, sacando números y tapando los que íbamos teniendo en el cartón con los garbanzos que hacían de fichas. Cuando no le tocaba cantar mi abuelo daba cabezazos en el sofá. Ninguno le recomendamos que se fuera a la cama, quería estar con nosotros hasta que le aguantara el cuerpo y eso era lo que valía.

Yo estaba en una edad en la que creía que las cosas divertidas e importantes sucedían fuera de casa, y tuvo que ser mi abuelo Genaro el que me pusiera en mi sitio y con un simple juego de azar me recordara que la felicidad partía de aquellas cuatro paredes.

Lo que nunca llegué a saber, porque no tenía herramientas ni siquiera para imaginarlo y ella jamás sacó el tema, fue qué sintió mi abuela Mercedes la noche siguiente a aquella mañana de mayo en la que Genaro ya no despertó. Qué sintió ella cuando se dio la vuelta en la cama y al otro lado encontró un hueco vacío de tristeza y soledad que seguía oliendo a él.

Cada año se producía una serie de sucesos mediáticos que seguíamos con interés, aunque la mayoría ni nos iba ni nos venía. Enero llegó con la absolución, por parte de un jurado popular estadounidense, de Lorena Bobitt, acusada unos meses antes de haberle rebanado el pene como una zanahoria a su marido, John, en venganza por los malos tratos que sufría. Más allá del alegato que hizo la mujer, el debate y las bromas se abrieron en diferentes direcciones, como si el tal John iba a orinar sentado, si el corte habría sido limpio o le habría quedado una parte sin arrancar, el grado de dolor que produciría el tajo o si al recuperar el trozo amputado y colocárselo se le subiría igual... Vivíamos en un mar de dudas.

En clase algunas chicas nos amenazaban con que si les hacíamos bromas nos responderían con un Lorena Bobbitt, como si fuera un método científico validado para erradicar la tontería juvenil, y las tijeras que teníamos en el estuche para las clases de Tecnología dejamos de verlas como una inocente herramienta para cortar cartulinas y pasamos a considerarlas auténticas armas mortales a la altura de un cañón de costa.

Tampoco se libró de nuestra atención Kurt Cobain, que conocíamos por un *single*, *Smells like teen spirit*, y por las fotos —que forraban las carpetas de las chicas —con su cara de problemático que tan locas las volvía. Cuando en abril de 1994 se pegó un tiro, nos impactó hasta que el tema no dio para más. Intentamos entender los motivos que llevaron a una estrella a quitarse de en medio en el mejor momento de su carrera. La salud mental era un tema tabú que se reducía al argumento simplista de la locura, como si una depresión fuera un capricho que se pudiera elegir no tener. Quizás si se hubiera suicidado de otra manera la notoriedad para nosotros hubiera sido menor, pero al ser con una pistola resonó con más fuerza y generó un misterio que volvió el caso atractivo.

Pero el suceso dramático que más nos marcó a Jandro, a Toni y a mí fue el que sufrió el piloto de Fórmula 1 Ayrton Senna en el circuito de Imola. Como buenos friquis de los deportes, seguíamos al brasileño y nos encantaba su rivalidad con Alain Prost. Sus piques, y que no ganara siempre el mismo, convertían cada carrera

en un acontecimiento que veíamos los domingos antes de comer sin tener ni idea de coches.

Un día antes de su fallecimiento murió otro piloto en la ronda de clasificación, Roland Ratzenberger. Del austriaco no sabíamos gran cosa porque no era de los mejores; las imágenes del golpe nos dejaron helados y cambiábamos de canal para verlas repetidas. Cuando pasaba algo así nos llamábamos por teléfono para confirmar que lo estábamos viendo, no fuera que no partiéramos del mismo punto para comentarlo y tuviéramos que recurrir al clásico «lo que te has perdido», que era la frase que más rabia nos daba, mucho más que las de «estás suspenso» y «estás castigado».

Que cada vida no valía lo mismo lo confirmamos a las veinticuatro horas. El coche de Senna no torció como debía en la curva Tamburello y chocó a más de doscientos contra un muro. Los ojos de los espectadores se quedaron fijos en la pantalla esperando lo habitual en la mayoría de accidentes, que el piloto diera un salto y saliera del monoplaza. Los segundos avanzaban y Senna seguía en la misma posición, salvo por un pequeño movimiento de cabeza que por un segundo nos hizo creer que había salido de esa. Nos había convencido de que era inmortal y un golpe no podía acabar con él. Después se confirmó su fallecimiento y la tarde la pasé pegada a la televisión, sin hacer caso ni al fútbol, escuchando noticias y viendo repeticiones que no iban a hacer cambiar la realidad por mucho que le pidiéramos que girara a tiempo.

Senna se convirtió en una leyenda y Ratzenberger en un olvidado más, en un personaje secundario con el que completar la historia de un fin de semana mortal que daría para muchos documentales y expertos avisando a toro pasado de cómo evitar la muerte de dos deportistas.

Igualmente, para mis amigos y para mí, el Mundial de 1994 en Estados Unidos se convirtió en algo épico. Era el segundo al que realmente prestábamos los cinco sentidos, pero por algún motivo nos creó más interés que el de Italia 90. Dediqué el mes de antes a informarme bien de los equipos, los jugadores, las sedes... Eran demasiados datos que ponían en riesgo mis horas de estudio, no podía estar a todo y antes que los exámenes finales estaba conocer a fondo a los jugadores de Nigeria o el nombre del entrenador de Rumanía.

España debutaría en plena noche contra Corea del Sur y la prensa llevaba meses inyectándonos la idea de que éramos favoritos para ganar el campeonato. A tenor de la ilusión que se despertó en el país, el mensaje caló, aunque en nuestras tertulias deportivas yo renegaba de esa idea sabiendo que en Brasil había dos asesinos del gol, como eran Romario y Bebeto, y en nuestro equipo la delantera la comandaban Julio Salinas y Juanele. El acto de fe que se nos pedía superaba a los de Lourdes y Fátima juntos y aun así lo compramos a tocateja.

El empate inicial a dos con los surcoreanos nos puso en nuestro sitio y nos mandó a la cama con sueño y la lección aprendida: por mucho que los jugadores de España se hubieran dejado perilla y parecieran recién salidos de la prisión de Alcalá Meco, seguían sin tener el nivel para ser campeones. Después empatamos con los alemanes, ganamos fácilmente a Bolivia y nos pensamos que de los octavos a la final había unos metros de separación. El Mundial retrasó nuestra típica separación veraniega y nos juntamos en casa de Jandro a ver en TVE partidos tan importantes como un Rusia contra Camerún o un Arabia Saudí contra Bélgica. Nuestro amigo tenía aire acondicionado y barra libre de flashes, helados, cena y lo que nos diera por pedir a la chica que se encargaba del servicio y que supuse que alguna vez llegaría a cuestionarse si alimentarnos a Toni y a mí entraba en su sueldo.

Ganar a Suiza no hizo más que ilusionar hasta a los incrédulos fans de Santo Tomás de Aquino. Y allí nos plantamos, en cuartos de final contra los italianos. En la previa nos cansamos de llamarlos *pepperonis*, *pizzoletos*, de juntar los dedos poniendo acento *azzurro* y otras tonterías que se nos quitaron de un codazo en el partido. Empezamos a perder al hacerse público el horario: situarlo cuando los españoles debían tirarse en el sofá a dormitar viendo una etapa llana del Tour de Francia nos desubicó y nuestros jugadores al principio se contagiaron. La esperanza resucitó al empatar Caminero en la segunda parte; percibimos el miedo en los italianos. Era ahora o nunca… Y elegimos nunca, la opción que nos correspondía por contrato, la que mejor se nos daba, cuando Julio Salinas se plantó sin oposición delante del portero Pagliuca y decidió por su cuenta autoproclamarse campeón del mundo de los sueños rotos de todo un país al fallar un gol que, en las mil repeticiones que vimos, llegamos a soñar con que en alguna el balón tomaría otro camino y tocaría la red. No fue así y como colofón final Tassotti nos partió la nariz a cuarenta millones de españoles a la vez. Únicamente crujió una, la de Luis Enrique. A todos nos dolió su sangre derramada sobre la camiseta blanca de la selección y aprendimos una valiosa lección: ilusionarse más de la cuenta hacía que el batacazo, en el fútbol o en la vida, fuera más doloroso.

Salimos de casa de Jandro con ganas de romper algo, deseando las crueldades más brutales contra el árbitro, Sándor Puhl, pero a cambio fuimos a la playa a bañarnos, a comentar la jugada como si los demás no la hubieran visto y a consolarnos al sentir que nuestra rabia era compartida por los adultos.

Uno de los momentos que más recuerdos reales, parcialmente ficticios e inventados en su totalidad, genera la adolescencia, es el viaje de fin de curso. Produce horas y horas de anécdotas, conversaciones en los reencuentros de compañeros y muchas risas. Hay dos denominadores comunes: la ciudad o el país al que se viaja es irrelevante —al evocar aquellos días nadie hablará de que le impresionó la Torre

Eiffel, el Vaticano o los canales de Ámsterdam— y a más tiempo juntos en el autobús y más noches de hotel se incrementa la diversión.

Se creaban dos frentes, el de quienes disfrutaron de la experiencia y los que no pudieron ir, ya fuera porque estaban castigados por las notas o, la predominante: no en todas las casas era factible pagar un viaje que requería un esfuerzo económico a los padres.

—Vamos, chavales, ¡que nos vamos a Roma! Llevaré condones, que fuera de España las chicas estarán más alegres y en el hotel lo mismo debutamos —Toni estaba compuesto por un ochenta por ciento de optimismo y un veinte de agua.

—Me juego las cien mil pesetas que no tengo a que esos condones vuelven aplastados en tu monedero o reconvertidos en globitos de cumpleaños —mi amigo venía de ser detenido por robar una tienda delante de una comisaría, era tarde para que confiara en sus previsiones sexuales.

—¡Claro que sí, siendo positivos se consiguen las cosas! No como estos papanatas, que se van a quedar a dos velas por caguetas —no faltaban los ánimos vacíos de realidad de Borja—. Te acompaño a la farmacia y los compras.

A Toni se le bajaron los ánimos al pensar que tenía que ponerse delante de una farmacéutica y pedirle una caja de preservativos.

Se acercaba mayo y tocaba viajar a Roma, tal como nos prometieron las monjas si nuestro comportamiento durante el curso, el penúltimo antes de dar el salto a la universidad, era propio de personas civilizadas. Estuvimos cerca de que la directora lo suspendiera, mantenernos a raya no era sencillo ni bajo la amenaza semanal de que anularía la excursión, y es que a base de repetirla terminó por darnos más motivos para la guasa que para el miedo.

—Va de farol, no nos deja aquí tirados ni muerta. La más feliz va a ser ella perdiéndonos una semana de vista —aseguró Borja creyendo que sólo lo escuchaba yo. Iba por su tercer viaje y estaba a punto de sacarse el carnet oficial de guía turístico.

—Señor Martínez, no me cabe duda alguna que su dilatada experiencia viajando con compañeros de diferentes promociones le puede dar una visión más amplia que al resto. No obstante, no me provoque o se quedan aquí y anulamos las reservas —amenazó la directora, sor María Antonia, que rezaba de madrugada diez oraciones a la Virgen de los Desamparados rogando que fuera el último curso en el que Borja Martínez vagara por las instalaciones que dirigía.

Papeletas para rifas, meriendas los sábados en el colegio, fiestas en el patio donde lo más peligroso que se vendía era chocolate caliente y bizcochos que se distribuían en los supermercados, hasta en verano, en una caja con la cara de Papá Noel… Durante meses, la promoción que disfrutaría del viaje —no se hacía en el último curso para no descentrarnos de cara a la temida Selectividad— se las

arreglaba para sacarle los cuartos a todo ser vivo que estuviera en su radar, ya fueran familiares, amigos, alumnos o cualquier incauto que saliera a la calle. El objetivo era reducir el precio final del viaje y trabajar en equipo; cuando nos interesaba éramos los primeros en hacerlo. Por votación democrática salió que el destino sería Roma y los profesores encargados decidieron que la ida se haría en autobús y la vuelta en avión para abaratar costes. Entre medias pasaríamos por varias ciudades como Barcelona, Pisa y Florencia. Si nos hubieran propuesto Kabul, Bagdad y Sarajevo en plena guerra habríamos aceptado igual, lo que queríamos era salir del entorno y vivir una semana alejados del colegio, de casa y de la rutina.

Subimos al autobús después de escuchar consejos, advertencias y amenazas de los padres, que abarcaban desde «pásatelo muy bien y disfruta» hasta un «espero que no la montes y me tengan que llamar por tu comportamiento» que cabían en la misma oración. Desde las ventanas veíamos cómo nos despedían, emocionados por ser la primera vez que nos alejaríamos tanto, y liberados. Yo me imaginaba a mis padres montando una fiesta con sus amigos, fumando y bebiendo, con la música alta hasta las tantas y vislumbrando una semana de fantasía sin hijos.

Dos de los profesores más jóvenes, David y Bárbara, fueron los encargados de la misión de traernos de vuelta y no hacer uso del convenio de extradición entre España e Italia. Viéndolos allí, en primera fila, no podíamos por menos que agradecerles que cometieran la insensatez de custodiar a cuarenta y cuatro adolescentes con las hormonas revolucionadas y la coherencia escacharrada, pero en varios momentos de aquella aventura sus intereses y los nuestros viajarían inevitablemente en dos trenes en dirección contraria por la misma vía.

Las últimas filas del autobús eran las más cotizadas, donde se colocaban las chicas populares y se dirimían temas vitales: a quién le gustaba quién, las trastadas más inconfesables y otros archivos clasificados que dentro del aula jamás hubiéramos desenterrado. Sin embargo, la convivencia tuvo un efecto inesperado cuando empezamos a conocer a otras chicas, especialmente del grupo B, de las que apenas sabíamos sus nombres y con quienes jamás habíamos hecho el esfuerzo de acercarnos y saber más de ellas. Éramos muchos y tener buena relación con todas era imposible. En ese contexto más desinhibido de la excursión, la frase «qué pena que no nos hayamos conocido antes» se pronunció más de una vez. Doce años puerta con puerta, compartiendo el mismo espacio, y casi en la recta final de nuestros estudios valorábamos que había algo mucho más interesante fuera de nuestro acomodamiento.

La primera parada nocturna la hicimos en Barcelona. Nos comportamos como gente civilizada tal vez porque necesitábamos que alguien rompiera el hielo y comenzara a desquebrajar las normas, o porque estando aún en España existía la posibilidad de que, si alguien la liaba a las primeras de cambio, deportarlo en un

autobús no era difícil para David y Bárbara, que sentarían precedente para el resto. Visitamos la Sagrada Familia y el Parque Güell y caminamos por la Rambla haciendo que sabíamos hablar catalán con la misma gracia que con el italiano en el Mundial. A la media hora la broma estaba desgastada.

Cruzar la frontera nos convirtió en gremlins comiendo después de la medianoche. De día nos comportábamos medianamente bien, salvo cuando pasábamos por una tienda de recuerdos y cumplíamos los encargos hechos por padres y abuelos de llevarles algún recuerdo de Italia. Lo que no nos habían especificado era si teníamos que pagar los suvenires, así que cuando Mamen abrió la veda y agarró un imán de un quiosco y siguió andando, los demás la imitamos y en cada tienda que entramos hicimos nuestras particulares ofertas, mangando camisetas falsas de equipos de fútbol, pañuelos, basílicas en miniatura, imanes horteras y lo que estuviera al alcance. Toni robó revistas del corazón para su madre, el detalle de que estuvieran en otro idioma y ella no conociera a los protagonistas de la televisión italiana era secundario. Nuestra firme promesa de dejar de delinquir tenía vigencia sólo en España.

Los profesores se mostraban cercanos. De camino a los monumentos hablábamos de temas ajenos al colegio, acercándose a una suerte de tú a tú sin olvidar el lugar que ocupaba cada uno. Descubrimos que tenían aficiones más allá de las aulas y proyectos, dudas e inquietudes. Seres como nosotros que también se afanaban en contarnos cómo eran a nuestra edad, las gamberradas que hacían y que a nosotros nos parecían poco creíbles porque no nos los imaginábamos jóvenes.

—Yo era peor que tú —le dijo David a Borja—, pero al final quieras o no maduras, dejas de hacer el imbécil y te pones a estudiar, aunque algunas oportunidades hayan pasado de largo.

—Va a estar complicado que Borja deje de hacer el imbécil antes de los ochenta, profe —apostilló Jandro.

Nos reímos imaginando a Borja, que era un zoquete de primera división, hincando los codos y estudiando para ser un buen profesor, como lo eran David y Bárbara, docentes que situaban al alumno en el centro de su profesión. Se preocupaban —igual que lo hacía sor María a pesar del temor que infundía—, de que nuestro aprendizaje no fuese de usar y tirar, de memorizar y olvidar. Los libros y las lecciones les importaban y ellos cumplían con su obligación a la vez que no tenían problema en saltarse el guion, proponiendo debates ajenos a la asignatura en los que discrepancia era un tesoro, actividades lúdicas o procurando que fuéramos lo más importante, buenas personas. Aceptaban nuestras gamberradas como parte del proceso, siempre y cuando entraran dentro de lo normal, y cuando se enfadaban temblábamos porque la confianza y la firmeza no eran incompatibles.

Nunca nos dijeron que no podríamos ser lo que quisiéramos —como sí hicieron otros docentes que llevaban en los zapatos más tedio que vocación—, pero no nos engañaban: sin esfuerzo no alcanzaríamos lo que soñáramos. Gente como ellos fueron los que, al volver atrás, y ya con el sentido de la perspectiva bien enfocado, etiquetamos sin duda como buenos profesores.

Por ese aprecio que les teníamos esperábamos hasta la noche, cuando daban las once y después de cenar y de un paseo nocturno tocaba irnos a dormir, para romper cualquier pacto que hubiéramos firmado al comenzar la expedición. Previamente se definían las habitaciones en las que nos concentraríamos, las más alejadas a las de los profesores eran las más cotizadas. Al ser un hotel antiguo, las puertas rechinaban al abrirse, por lo que al despedirnos supuestamente hasta el desayuno las dejábamos entornadas.

Toni tuvo su enésima recaída en su aspiración a dejar de coger algo que no fuera suyo. Cuando estábamos en la habitación de Mariana y de Olga se le ocurrió que era buena idea bajar al almacén y robar una botella de Licor 43.

—Es la primera que he pillado —se excusó al volver con la frente sudada—. No me han visto de milagro —cualquier intento de heroicidad pensaba que le daría puntos con Olga, que ya lo había dejado con su novio de ese mes.

Se corrió la voz de que había alcohol allí y estuvimos a punto de hacer un homenaje al camarote de los hermanos Marx. Mariana, que aún calzaba algo de responsabilidad, dijo que no admitía a más de diez en su habitación, con la casualidad nada inocente de que éramos cinco chicos y cinco chicas. Borja no estaba con nosotros, iba por su cuenta, y Jandro no hacía más que combinaciones mentales para saber con cuál de ellas tendría posibilidades. Se le veía en la cara. Por mi parte, era suficiente con que en los lugares en los que estuviera no apareciera Laura, y más cuando Elena propuso jugar al «yo nunca» y convertimos aquella estancia italiana de diez metros cuadrados en capital mundial de la mentira y en el homenaje más entrañable que se ha hecho a Pinocho.

Se trataba de solventar el trámite y no parecer inmaduros, y para ello había que recurrir a una ristra de embustes que ocultara que ellas y nosotros seguíamos siendo unos mequetrefes que sabíamos cuatro cosas del amor y ninguna de sexo. La situación terminó siendo cómica cuando entre los amigos pusimos en duda algunas confesiones.

—Yo nunca me he liado con dos personas el mismo día —afirmó Mariana, y todos bebimos menos Jandro, lo que significaba que según él sí lo había hecho.

Puse la misma cara que si me hubiera encontrado a la familia del extraterrestre Alf haciendo un picnic en la playa.

—¡Cuéntanos más, Jandro! —propuso Olga sin ningún atisbo de que no se estuviera creyendo tamaña trola.

—Eso, eso, cuéntanos, Jandrito... —apoyé la propuesta deseoso de escuchar el relato fantasioso que iba a colarnos.

Toni me miró conteniendo la risa.

El público esperaba expectante e impaciente por saber cómo era darse el lote con dos chicas. Más allá de la historieta que iba a soltar, a mí sólo se me pasaba por la cabeza que si ya era un logro conseguir que una chica me hiciera caso, sería imposible de gestionar que fueran dos sin hacer el ridículo.

Justo cuando se decidió a abrir la boca el doctor Pasión, llamaron a la puerta. Era Bárbara. Nos quedamos quietos y Mariana se llevó el dedo a la boca mandando callar. A Jandro le venía bien ese tiempo muerto para madurar su invención.

—Si no abrimos se cansará y pensará que dormimos —susurró Mariana recordando que la docente no tenía una orden policial en forma de llave para entrar. El Licor 43 ya hacía su efecto y contener la risa se hacía imposible.

Desistió y la escuchamos alejarse.

—Bueno, no nos despistemos, al lío, que Jandro estaba a punto de contarnos ese doblete magistral que hizo —Toni recondujo el tema con más malicia que interés.

—No hay mucho que contar, fue el verano pasado en las fiestas del pueblo — gran recurso, el del pueblo, que no dejaba testigos.

—Cómo no va a haber mucho que contar, por Dios. Dinos al menos cómo se llamaban las afortunadas —propuse.

—María e Isabel—contestó rápidamente, aniquilándome con la mirada.

—Claro que sí, hombre, como las galletas y el atún.

—¿Y cuál fue la primera, Jandro? —Toni se sumó al interrogatorio.

—Isabel.

—Claro, claro. Isabel... —la cara de sospecha de Toni era un poema.

—Chicos, ¿entre vosotros no os contáis estas cosas? —a Olga le extrañaba que las preguntas vinieran de sus dos mejores amigos.

—Qué va, es que somos muy discretos, ¿a que sí, Jandro?

Lo indultamos. No seguimos acorralándolo porque cuando se picaba se tiraba días sin hablarnos y aún quedaba mucho viaje.

Rematamos la botella, Toni esperó hasta el pitido final por si Olga le daba muestras de interés y nos fuimos esperando que en la siguiente ocasión aquello fuera un paraíso de lujuria. Jandro nos amenazó de muerte prometiendo vengarse y antes de dormir decidimos hacer una ronda de llamadas de teléfono a otras habitaciones al azar. Era el Licor 43 el que nos empujaba a hacer las estupideces habituales, la diferencia era que teníamos a quien culpar: el alcohol. Recibimos gratis una clase breve de insultos en otros idiomas y de algún compañero que había pensado por error que las noches de un viaje de fin de curso eran para dormir.

La vomitona que Jandro echó en el desayuno bufet cuando mezcló la leche con el licor que aún pululaba por su cuerpo, pasó por mérito propio al top uno de anécdotas que nunca olvidaríamos. Volviendo a la mesa después de recargar su plato de magdalenas, y a los pies de una pareja de turistas de piel rosa y chanclas elegidas en el peor momento, expulsó toda sustancia líquida o sólida que no tuviera adherida a su cuerpo, manchando el pasillo y los pies de los turistas, que de buen gusto hubieran abofeteado a mi amigo.

Jandro alegó que la leche estaba muy caliente y que le había caído mal con el madrugón. No hacía falta agacharse para identificar el aroma a alcohol regurgitado. David y Bárbara montaron en cólera y juraron vigilarnos cada minuto de lo que quedaba de viaje, soltaron la frase esperada, la de que era la última vez que se ofrecían a acompañarnos, y se pasaron el domingo hablando lo indispensable a nuestro grupo, condenándonos a los tres por el delito que había cometido el más tonto, que podía haber sido cualquiera de nosotros.

—No se os puede dejar solos, chavales. Hay que beber con cabeza —susurró a mi espalda Borja en la basílica de San Pedro mientras veíamos pasar a apenas medio metro al papa Juan Pablo II rumbo al altar, ya con evidencias de que la enfermedad le comía poco a poco.

—Habla más alto, a ver si se entera el papa del pedo de Jandro —entre Borja y yo reventamos cualquier posibilidad de misticismo al paso de aquel hombre que en el fondo nos daba igual, aunque le hiciéramos fotos con nuestras cámaras desechables para demostrar a nuestra vuelta que habíamos estado realmente en Roma.

David y Bárbara terminaron por indultarnos y hasta rieron al recordar el incidente del desayuno. La excursión nos llevó también a Pisa y Florencia, las confesiones verdaderas y las falsas siguieron en las habitaciones, ya sin la ayuda del licor, Toni no se besó con Olga, Jandro ni en sus sueños atrajo el interés de alguna, yo tampoco, y no por solidaridad precisamente, y Borja repartió su amor a una chica de otra excursión prometiéndole que iría a verla a Madrid en cuanto tuviera ocasión, que en su lenguaje era sinónimo de nunca… Cada uno estuvo impecable en su papel e hicimos lo que mejor se nos daba: divertirnos, reírnos, dormir poco, comer pizza, repetir el mismo sabor de helado y hacer piña entre los dos grupos del penúltimo curso. Tarde, pues habíamos tenido más de una década para conseguirlo, pero justo a tiempo para que el año final fuera inolvidable.

Volvimos a casa con las maletas cargadas de regalos sin pagar. En la despedida, en el autobús que nos trajo desde el aeropuerto, pensamos que ojalá el viaje en vez de una semana hubiera durado un siglo. No era mucho pedir ni nos hubiéramos aburrido una sola hora.

21

Los locos de la ciudad, lejos de huir de ellos, nos atraen porque hay algo magnético en su conducta errante, llena de contradicciones, de incoherencia y sabiduría, de poesía y tristeza, de gritos y silencio dependiendo del momento en el que se les ve. Son diferentes a esos que se catalogan como normales, esa palabra manoseada que nadie sabe definir. De apariencia descuidada y desprendiendo un aroma a vino y tristeza, o a veces de punta en blanco y con la corbata bien centrada, caminan a contracorriente y su propia derrota se vuelve atractiva para quien se fija en ellos. Para el resto son invisibles, parte del atrezo de la ciudad o una molestia si se les tiene cerca, ya sea durmiendo junto a un portal, a la salida de la iglesia con la mano estirada o pidiendo unas monedas a las puertas de la taberna a la que tienen prohibido el paso. Cada ciudad tiene los suyos propios, y no se trata de romantizarlos, pues son personas que encadenadas a su locura sufren, pero sí merecen ser escuchadas… A veces es lo único que piden, aunque no sepan cómo hacerlo. Podemos estar meses sin verlos y no echarlos de menos, y al primer encontronazo pensar que hace mucho que no coincidímos. A lo mejor se alegrarían de saber que alguien repara en su presencia.

Braulio Castellanos Atienza, 1966

—Caray, tío Braulio, qué bien escribes, ¿por qué no lo haces más?

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó con cierta molestia por hurgar en su pasado.

—Lo encontré en casa de la abuela escondido entre las páginas de una novela. No me llevé el papel original, no vayas a pensar mal, lo dejé en su lugar. Es una fotocopia de ese artículo en el periódico.

—¿Y en qué libro? —había algo más que curiosidad en su pregunta.

—En *La colmena*, de Camilo José Cela.

—Ya sé quién escribió *La colmena*. Era el preferido de mi padre. Lo he leído tres veces más que tú.

—¿Tú qué sabes si yo también lo he leído? —lo reté.

—¿Lo has hecho?

—No —y perdí.

—Pues entonces.

—¿Eras periodista antes? —una vez asumida la derrota reconduje el diálogo.

—Estuve colaborando con un periódico. Me pidieron que escribiera sobre gente anónima, cosas de la calle y demás. Nada serio, me pagaban dos duros por cada texto. Era más una afición que otra cosa.

—¿Y por qué no seguiste haciéndolo?

—Estás muy preguntón hoy. El director del periódico se fue y el nuevo recortó gastos. Me dijo que siguiera haciéndolo gratis, así que lo mandé a freír espárragos. Tú no me tomes como ejemplo, si algo te gusta no dejes de hacerlo nunca, tenemos la manía de enterrar las aficiones con excusas. La cantidad de talento que hay por ahí desaprovechado por no echarle ganas y un poco de dedicación. Se piensan que si no va a darles de comer ya es una tontería seguir a cierta edad. Nunca aparques lo que te gusta por la excusa de los años, hazte ese favor, y si encima consigues convertirlo en tu medio de vida, mejor. Así que, cuando te toque, atina bien, que además cada vez te queda menos para elegir.

Tenía a tiro preguntarle por qué no trabajaba. Algo me decía que, si mi padre no me lo había contado, él tampoco lo haría y podría incomodarlo. Alargué un misterio que se prolongaría hasta que ya fue tarde para que me lo explicara él mismo. Hay secretos que al desvelarlos pierden su grandeza, y mientras que yo no supiera la verdad, seguiría imaginando cientos de supuestos en los que a veces mi tío salía victorioso y en otros, la mayoría, como un perdedor.

—Troncos, ¿os dais cuenta de que hoy empezamos el último curso juntos? —preguntó Jandro con vértigo en nuestro banco, ese que frecuentábamos menos.

No nos veíamos desde hacía semanas por el parón veraniego y ya los cambios físicos respecto a principios de julio se acentuaban menos.

Era difícil no caer al vacío si mirábamos desde las alturas lo que íbamos dejando atrás. Puede que por primera vez fuéramos conscientes de lo rápido que viajábamos en el tiempo. Estábamos a nueve meses de vivir el primer gran cambio social, pasar del colegio, en el que habíamos estado acomodados y de alguna manera protegidos, y donde tejimos una personalidad asociada a unos apellidos, a matricularnos en la selva de la universidad, a compartir espacio con chicos y chicas con los que parecía mediar siglos. Nos seguíamos viendo como un proyecto de adultos sin romper y aunque para unas cosas nos creyéramos muy maduros, en el fondo nos daba respeto salir de aquella zona privilegiada.

La única que conocíamos.

—Tú lo mismo repites y te hacen miembro vitalicio del colegio, Toni —le dije de guasa.

—Ni de coña, pero a mí no me pilláis en la universidad. Hago un módulo y a

ganar pasta.

—¿Y de qué vas a hacerlo?

—Ni idea, ya miraré cuáles son con los que más dinero se cobra luego.

—Me da que con ninguno te vas a hacer rico —aclaró Jandro.

—Anda, cachondo, como tú ya lo eres dices eso. Dejaos de pensar en el año que viene, que nos quedan muchas cosas divertidas por hacer en el colegio.

Esa conversación no era una ocurrencia en mi grupo de amigos, era una tendencia que se repetía en el entorno. En las casas y en las clases el futuro se planteaba como algo demasiado cercano y había que tomar una decisión mucho más importante que elegir entre ciencias y letras. Las recomendaciones familiares pesaban en la elección final, especialmente entre quienes no tenían una vocación asignada y les daba igual hacer Derecho que Medicina. Cuando un profesor preguntaba por nuestros planes, recibía un coro de resoplidos salvo en tres o cuatro compañeros que afirmaban que harían Industriales, Empresariales o Arquitectura, dejándonos al resto tiritando. Una que respondió fue Laura, que se decantó por Psicología.

—Esta ya hizo las prácticas conmigo, seguro que saca buenas notas —susurré a Mariana, que seguía sentada a mi lado.

—Eres un picao, supéralo —me acusó. Antes muerta que darme la razón en algo, por eso me caía bien.

De lo que se hablaba menos, quizás por la prontitud para saberlo, era de elegir en función de los gustos y de aquella palabra que algunos utilizaban y que no estaba entre las habituales en nuestro vocabulario, el de la vocación por una profesión. Cómo saberla, si no teníamos ni idea de las competencias asociadas a cada una, ni del temario o las posibles salidas laborales. La elección se hacía en función de la calificación obtenida al finalizar el último curso. Sacar un ocho o un nueve de media empujaba a decantarse por una ingeniería o por una carrera para la que exigiesen una nota alta de corte, de lo contrario entre los padres y los profesores se interpretaba como que se estaba desperdiciando un talento. Y para los que nos habíamos regido bajo el espíritu de la vaguería y el esfuerzo controlado para no morir deshidratados por estudiar más, las opciones se limitaban a unas pocas titulaciones o a vaciar los bolsillos de nuestros padres con la universidad privada.

Yo quería ser periodista para narrar partidos de fútbol y escribir crónicas con lo que creía haber visto, que probablemente fuera muy diferente a la realidad. Imaginaba que según me dieran el título ya me darían un micrófono o un ordenador y me nombrarían cronista oficial del Fútbol Club Barcelona. Los jugadores leerían mis impresiones, asustados de que fuera duro con ellos, y me harían la pelota para no castigarlos demasiado. Hasta Romario me invitaría a sus

fiestas nocturnas para no chivarme de incumplir los horarios de descanso marcados por Cruyff.

En verano cambiaría el fútbol por el ciclismo y me iría a Francia a contar a los oyentes, subido en el coche oficial de la carrera, que Miguel Induráin ampliaba su leyenda y que los Campos Elíseos eran territorio español. No encontraba un plan mejor que recibir un sueldo mensual por narrar lo que más me gustaba; que me hicieran un hueco en la Cadena Ser para pasar a la nómina de enemigos de José María García, o en el diario Marca si se trataba de escribir. La televisión no me interesaba, ponerme delante de una cámara no me resultaba tan atractivo y desbancar a la rectitud de José Ángel de la Casa en TVE lo veía complicado.

Después de intensas negociaciones que se renovaban periódicamente, llegué al último curso sin hora de llegada a casa, uno de los grandes logros sociales a los que aspirar. Vivíamos en una ciudad segura y para mis padres había dejado de tener sentido delimitarme y, peor aún, estar pendientes de si cumplía con la ley.

—Cariño, el chaval va a hacer lo que le dé la gana sean las once o las cinco —alegaba mi padre a mi madre cuando decidieron que volviera cuando me cansara de hacer el idiota en la calle.

—No es lo mismo y lo sabes, cuanto más tarde vuelva más borracha estará la gente, y vete tú a saber lo que bebe él, que este es un tonto lava y si le ofrecen cualquier cosa seguro que dice que sí —ya se veía como una madre coraje intentando sacar a su hijo del vicio.

—No te preocupes por eso, le compro una navaja de esas que se abren con un botón y ya que se defienda en las peleas —la broma de mi padre no recibió los aplausos merecidos.

Al ser el pequeño lo tenía fácil. A los hermanos mayores les costó más abrirse hueco y luchar por sus derechos de ocio porque no tenían referencia previa con la que compararse. Alfonso les había salido normal dentro de lo que cabía, y cuando se le fue las manos con la bebida o con alguna pelea, mis padres no se enteraron. Al no haber malas experiencias directas no había argumentos que usar en mi contra ni castigarme por los errores del primogénito. Yo al principio solía apurar la noche porque podían pasar cosas divertidas en la discoteca justo cuando me diera la vuelta para irme por estar muerto de sueño, pero a medida que un sábado calcaba al anterior, me permití el lujo de abandonar alguna fiesta antes de acabar.

Lo que en su comienzo era novedad se convirtió en rutinas que disfrutábamos porque se hacían en compañía. Tras el primer botellón de calimocho sin alcohol llegaron muchos más, ya con bebida de verdad, y caminar por el paseo marítimo con las bolsas dejó de ser un acto clandestino. Después de la primera huida de la policía —cuando dejamos las botellas tiradas bajo el grito de sálvese quien pueda

—, también llegaron otras carreras. De correr tan rápido como para ser campeones olímpicos de los cien metros pasamos a trotar en las siguientes y a priorizar el poner a salvo nuestra bebida para seguir la fiesta.

Nos ofrecieron drogas. En mi grupo dijimos que no por una mezcla entre la educación que nos dieron en casa, el miedo que nos habían metido en algunas charlas, que estábamos pelados de dinero y, como remate, por los ejemplos de drogadictos que había en la ciudad y que no invitaban a querer ser como ellos. Cocaína, éxtasis, y pastillas con nombres ridículos pasaron de refilón y no quisimos ir más allá, contradiciendo el argumento que repetían quienes las vendían de que había que probar de todo.

—Claro que sí, hombre, prueba también que te den una buena patada en los huevos ya que hay que experimentar, pesado, que eres un pesado —respondió Jandro a un colgado que cada viernes nos venía con la misma matraca: rayas a dos mil pesetas, pastillas a mil quinientas y la promesa de felicidad eterna hasta el amanecer.

Con las chicas seguíamos sin aprender: los éxitos eran a corto plazo y los golpes se manifestaban de formas diversas y hasta divertidas.

Un lunes, cuando llegamos a clase, nos encontramos con la sorpresa de que encima de la mesa de nuestra compañera Julia había una caja roja de bombones Nestlé y un estuche negro de joyería que contenía una cadena de algo que se hacía pasar por oro. Carlines, que era el novio de la susodicha, entró el último y lo aplaudimos, silbamos y le dimos golpecitos en la espalda por valiente, por el increíble acto de romanticismo que suponía esa demostración de amor que no me hubiera atrevido a hacer. La cara de Carlines alertaba de que había algo extraño en aquella película pastelosa.

—¿Qué decís, chalados? Yo no he regalado eso a Julia —explicó indignado, afanado en desmontar que él no era un tipo duro.

—Claro, claro, claro, ahora te las das de machote —se escuchó entre el tumulto.

—¡Que no, coño, que yo no he sido! Algún cabrón le está haciendo regalos a mi novia a mi costa.

—A tu costa no, que tú no regalas ni una bolsa de pipas. Ya decía yo que a qué venía este arrebato de cariño —habíamos estado más pendientes en tocarle las narices a él que en escuchar a la destinataria del obsequio, que lucía una cara de decepción que llegaba a la pizarra. Ver a su chico defenderse con tanta vehemencia fue el principio del fin de una relación que se alargaba ya un año, récord a nuestra edad.

—No me fastidies, encima se enfada conmigo. Será culpa mía que algún hijo de perra le esté tirando los trastos a mi novia con esa mierda de cadena —se indignó

Carlines.

—Si te hubieras apropiado del regalo hubieras salido ganando en vez de ponerte tan chulito —reprobó Mariana, defensora de las causas perdidas.

—Venga, que va a venir el profesor, ¿abrimos esos bombones y nos pegamos el homenaje a costa del misterioso enamorado? —propuso Jandro.

Dejamos la caja vacía como si fuéramos monos hambrientos cogiendo plátanos en el desayuno, alguno protestó porque le había tocado uno con licor y celebramos la valentía del héroe anónimo que había dejado los regalos.

—Estoy pensando que si nadie dice que ha sido él es un poco absurdo, ¿no? Si quiere ganar puntos qué menos que Julia sepa quién ha tenido semejantes huevazos.

Al terminar mi sesuda intervención caí en la cuenta. Había alguien que no estaba participando en la conversación, ya fuera riéndose o defendiendo que era un gesto bonito, y esa persona era la última de toda la humanidad que se habría callado en condiciones normales ante aquella novedad que animó la mañana antes del examen de Filosofía.

—Has sido tú, pedazo de sinvergüenza. A mí no me la cuelas, truhan —le dije por detrás al oído.

Se puso tan nervioso que ni se le ocurrió negarlo.

—Cállate, que te van a escuchar —fingía estudiar la comparación entre Platón y Aristóteles.

Me reí con cierta amargura por no poder compartirlo con mis compañeros, y en un ataque de lealtad, cuando vi a mi amigo allí, con la pierna derecha temblando y dándoselas de experto en filosofía, sentí lástima porque lo estaba pasando mal, y si había llegado hasta ahí era porque realmente le gustaba Julia. La acción tenía los ingredientes de la marca Toni: insensatez, cero probabilidades de éxito y una valentía rozando la inconsciencia que era la que le hacía disfrutar un punto más que el resto. Le guardé el secreto hasta que, en una cena de reencuentro ya en la época de la universidad, consideré que el delito había prescrito y que Jandro merecía conocer la hazaña. La conté con tanta exageración que si alguien me hubiera escuchado habría concluido que Toni le regaló a Julia el chocolate de toda Suiza.

Lo cierto es que me reí porque era mi obligación, la acción lo merecía y él habría hecho lo mismo, pero no estaba yo como para hacerlo. En mi caso directamente daba pena. Me gustaba una chica de un instituto como gusta todo en la juventud, sin saber nada de ella. Se llamaba Rosa y tenía los alicientes para que me atrajese: nunca habíamos hablado y la información de la que disponía era la que imaginaba en mi cabeza cuando la veía bailando en la tarima de la discoteca. Nadie se fijaba en ella y yo la contemplaba como si estuviera viendo el Empire State

derrumbarse, sujetando una copa aguada y planeando cómo conocerla. La opción más razonable, la de acercarme y decirle que me llamaba Santiago, por supuesto que no estaba entre las posibles.

Cuando Toni y yo salíamos de la discoteca, en vez de irnos a casa a dormir nos sentábamos en las escaleras de la calle a hablar, como si quedara algo por decir, o a comprarnos un bocadillo en un local que había al lado y al que los funcionarios del Ministerio de Sanidad hubieran entrado con un traje de protección química. Cada bocata —los llamábamos emparedados con acento sudamericano y nadie nos reía la gracia— tenía el nombre de un músico o una banda famosa. Yo pedía un Eric Clapton, que era de ternera o de algo que tenía la misma forma, y que se estiraba más que un chicle kilométrico de Boomer. A Bon Jovi le habían asignado el de *bacon* con queso y hoy, más de tres décadas después, cuando alguien menciona al rockero americano, antes que el *Living on a prayer* me viene el olor de aquellas baguettes a las que sobrevivimos sin identificar las secuelas.

Gracias a esos ratos muertos en los que no pasaba nada y a la vez todo, descubrí que a Rosa la venía a buscar su padre en coche siempre a la misma hora.

—Si le digo yo a mi viejo que me recoja me manda a freír espárragos. Antes que despertarlo prefiere que me secuestren y ya se pensaría con calma si pagar el rescate —dijo Toni sentado a mi lado—. ¿Cuándo vas a decirle algo a esa chica? La miras atontado y luego no te atreves a saludarla.

—El próximo sábado me acerco —las mejores promesas eran las que se hacían sabiendo que quedaba lejos romperlas.

—Llevas tres fines de semana diciendo lo mismo. Si por un casual ella se ha percatado de que existimos, cosa que dudo, creerá que somos parte del mobiliario urbano —replicó con la boca llena y restos de grasa en la cara de aquel *bacon* de origen confuso.

El siguiente sábado entré en la discoteca convencido de que era la fecha señalada. Oteé la sala. Me faltó hacer ejercicios de estiramientos como si fuera a salir al campo en el descuento. Una parte de mí deseaba que no viniera, por ahorrarme el ridículo. Lo peor era que iba a la guerra sin escudo ni arma y con Borja calentándome la cabeza con que el «no» ya lo tenía. El DJ puso a Maggie Reilly cantando *Everytime we touch*, Rosa apareció desde la oscuridad y bailó para mí como hacía cada sábado, sin saberlo. Lo que os estáis perdiendo, idiotas, pensé al ver que nadie más contemplaba el baile.

—¡Venga, que no tienes nada que perder! —me gritó Toni al oído tirando de optimismo.

Después de su historia fallida con los bombones y el colgante, cualquier cosa le parecía una anécdota.

—¡La dignidad! ¿Te parece poco?

—¿Qué?

—Que vamos a por tu bocadillo, anda —yo no pedí el mío porque si me manchaba o se me quedaban las manos pringosas no iba a estar presentable para el gran momento.

Rosa caminaba dando zancadas grandes y salió de la discoteca mirando el reloj. Me conocía el coche de su padre, lo veía a lo lejos aparcado en doble fila.

—Acércate a la ventanilla y dile al hombre que no se preocupe, que su hija está dentro bailando y que viene enseguida. Lo mismo así te lo ganas y luego ya es más fácil con ella —Toni se reía a carcajadas, le divertía mi torpeza.

—Sí, o le regalo una caja de bombones, ¿no te jode? —el contrataque no tenía mérito.

Rosa salió apresurada.

—Mira, mira, viene hacia nosotros.

Me levanté, me quedé quieto, pasó por delante de mí y me esquivó como quien sortea una farola en mitad de la calle. Bajó la cuesta, subió al coche, le dio un beso a su padre y se alejaron.

—El sábado que viene mejor, que llevaba prisa.

—¡Tío, eres un cagón y un *pesao*! La semana que viene que te acompañe Jandro, que es la historia interminable.

Las dos siguientes semanas no la vi.

—Tiene que estudiar y no puede salir —a la tercera, viendo que no aparecía, la excusé delante de Toni como si la conociera de algo. Sonaban las canciones con las que solía bailar y no había rastro—. O lo mismo está castigada, yo qué sé.

Mi amigo puso una cara que no invitaba a las buenas noticias.

—Estará castigada, sí —dijo Toni girándose hacia la barra.

—¿Qué te pasa, trastornado?

—Nada, nada.

—Que no sabes mentir. Dime qué pasa —insistí.

—Pues que me parece que a la tal Rosa le han levantado el castigo —señaló tras de mí.

Rosa se besaba apasionadamente con un maromo, posponiendo su baile habitual para otro día en el que yo ya no asistiría como público.

Toni me cogió del hombro y los dos contemplamos la pasión que ponía aquella chica que, igual que nunca llegó, se fue sin saber que había estado a punto de ser la mujer de mi vida, al menos durante unas semanas, que era lo máximo que duraba todo.

—Justo hoy que iba a decirle algo y se lía con ese. Ya es mala suerte.

—Sí que es mala suerte, sí. Anda, vamos a por el emparedado, que eso cura a un muerto —propuso Toni.

Esa noche, sentados en las escaleras que cada semana acumulaban más grasa de los restos que se nos caían al suelo, nos reímos de mi amor fantasma y de la cobardía para pronunciar un simple saludo, y lo hicimos como si llegáramos de celebrar un gran triunfo.

—Te prometo que hoy estaba seguro de que hablaría con Rosa —intentaba creerme mis palabras.

—Escucha, has estado más cerca de tocar la luna que de haberle dicho algo. Somos unos paquetes con las chicas, hay que asumirlo.

—¿Te vas a poner en plan poeta a estas alturas?

—Yo en el fondo soy un romántico, chaval.

Y es que fueron nuestras derrotas las que nos volvieron invencibles, cada una nos hacía más fuertes sin saberlo. Se trataba únicamente de vivir nuevas experiencias y de elegir a partes iguales entre aprender y repetir errores hasta cansarnos de tropezar. Pasábamos más tiempo en el suelo que de pie. Quizás la única clave, al fin y al cabo, estaba en elegir bien los compañeros de viaje que nos levantaran de esas caídas que creíamos que dejarían heridas profundas. En el fondo eran rasguños que cicatrizaban más rápido de lo esperado y no impedían avanzar en el camino que construíamos día a día.

22

Jandro fue el primero en anunciar que —después de la selectividad y de las vacaciones de verano— se mudaría a Madrid para estudiar Económicas en una universidad privada de prestigio. No sabíamos a qué se refería exactamente con prestigio y nos daba igual porque nos resultaban parecidas; no habíamos adquirido el criterio de elegir en función de la calidad de la institución. Lo haríamos atendiendo a lo que nos permitiera nuestra nota, a lo que intuíamos que podía gustarnos y a las posibilidades que tuviéramos en casa.

Verbalizarlo supuso un golpe en la línea de flotación de nuestra pandilla, alguien tenía que romper el hielo. Mientras avanzaba el curso apenas hablamos de ello; estábamos en la obligación de creer que la suma de un puñado de meses por venir equivalía a infinito, esa era nuestra idea de las matemáticas. Cogimos manía a las conversaciones sobre la universidad que empezaban en clase los profesores. Nos parecía que, además de desunirnos, el cambio que se avecinaba supondría una carga extra de responsabilidad. No teníamos aún ni idea de que Jandro y yo estábamos a las puertas de una experiencia única que disfrutaríamos tanto como el colegio, pero ya sin la inocencia que veía el mundo con ojos de novedad. Borja y Toni optarían por la formación profesional, una elección que por entonces se veía reservada a quienes no se les daban bien los estudios y a algunos con fama de delincuentes de poca monta.

Fue un curso que disfrutamos especialmente, como las cosas que se saben que llegan a su fin y se desprenden de la condición de cotidianas. Todo estaba también en el mismo lugar: Laura a dos pupitres de distancia y a miles de kilómetros, Rosa pasando cada sábado por delante a la salida de la discoteca en dirección al coche de su padre y yo mirándola, los domingos de cine —estrenaron *Pulp fiction* y fuimos a verla dos veces en la misma semana—, las pachangas, las tardes de transistor de los domingos, las visitas al tío Braulio, su soledad, mis dudas sobre si Wenceslao y su mujer seguían vivos... Y a la vez otras cambiaban para no volver nunca: ya no insultábamos a Manolo el quiosquero, las colecciones de cromos las guardé en el trastero sabedor de que volvería a echar mano de ellas, a los recreativos íbamos a sociabilizar, no a jugar, porque eso era de críos, las bicicletas ya no las cogíamos por el simple hecho de pedalear sin destino fijo... Las cosas que hacíamos empezaban a

tener una razón y para mí nada sería igual porque ya no volvería a ver mi abuelo Genaro, que se fue sin hacer ruido y dejó un vacío que no intentamos ocultar porque hay ausencias que no se pueden esconder, sólo vivir con ellas.

La sorpresa con letras de oro nos la regaló Andrés, que sin avisar apareció un fin de semana. Llevábamos tres años sin verlo y supo dónde encontrarnos, en el banco frente a la iglesia en la que un día se nos ocurrió retar a los feligreses como si tuviéramos alguna opción de ganarlos. Había cambiado y seguía siendo él. Apareció a nuestra espalda, cuando nos giramos y lo reconocimos tuvimos la sensación de que se había marchado ayer. Nos dimos un abrazo gigante los cinco, Borja incluido, que sin haber hablado nunca con Andrés pareció conocerlo desde pequeño de tanto que lo habíamos mencionado.

—Pues no se te ha puesto cara de belga, tío —bromeó Jandro.

Le obligamos a que hablara en francés y sin dejarlo acabar una historia ya queríamos conocer la siguiente. Luego vendrían las nuestras, las que él nunca tendría que haberse perdido.

Nos alegramos de verlo bien y de que la tristeza con la que se fue de España se transformara en experiencias tan divertidas como las que tuvimos en nuestro grupo en su ausencia. Había que recuperar los años perdidos y hasta que le hicimos la pregunta obligada llegamos a pensar que venía para quedarse.

—Nos quedan dos meses en Bélgica y ya en junio nos mudamos a Estados Unidos, me han admitido en una universidad de San Francisco y voy a estudiar Medicina, como tu hermano, Santi.

—Buah, qué bueno, cuando me tenga que operar te llamaré a ti en vez de al hermano de este —dijo Toni.

—Sí, de la cabeza, a ver si así te la pone en tu sitio —contesté.

Lo que decía Andrés sonaba importante, lo escuchábamos con admiración, orgullosos de sus viajes, sus idiomas y de la seguridad con la que nos contaba las cosas. Había algo en su mirada que permanecía intacto, anclado en la niñez, y al mismo tiempo la madurez le había alcanzado antes de lo esperado y más pronto que a nosotros.

Andrés no pasó aquel fin de semana en la pandilla con visado de turista. Sin darnos cuenta replicamos nuestros catorce años: cenamos en la hamburguesería en la que lo despedimos, pidiéndonos la hamburguesa gigante para hacer una competición de quién era capaz de acabársela, echamos una pachanga en la cancha donde nos cogieron prestadas las bicicletas los quinquis, nos metimos en el cine cargados de chucherías de contrabando para ver *Street fighter: la última batalla,* y al salir imitamos a Van Damme repartiendo leña a sus enemigos. Como novedad, lo llevamos de botellón al paseo marítimo y se reencontró con las chicas de la clase, pacté una tregua con Laura y compartimos con su grupo calimocho, conversación

y risas.

El domingo quedamos para despedirnos como hicimos la primera vez. Prometió que no dejaría pasar tanto hasta vernos de nuevo y con una sonrisa triste se subió al taxi con sus padres sabiendo que no cumpliría su palabra. Era la segunda vez que le decíamos adiós a nuestro amigo.

Cuando llegó la hora de la despedida en el colegio, nos cambió la percepción que habíamos arrastrado los últimos nueve meses y entendimos que era buen momento para cerrar el ciclo. Se trataba de un final impuesto, no de una elección, y la contradicción nos movía de un lado a otro, de la tristeza porque se acababa una etapa increíble en la que crecimos en todos los aspectos en los que puede crecer una persona, y de alegría, porque nos íbamos muy contentos, el estado en el que hay que dejar los lugares en los que se ha sido feliz.

Entramos siendo niños preguntándonos el primer día, el segundo y el tercero, por qué nuestros padres nos dejaban abandonados con esas señoras tan raras que llevaban velo azul oscuro y pelo corto. Había algo de consuelo —aunque aún no supiéramos explicar ese sentimiento— al ver a otros niños y niñas en la misma situación. Cada uno se tomó un tiempo diferente en entender que a partir de entonces tendríamos dos familias: la de casa y la del colegio, la que nos había sido otorgada de nacimiento y la que teníamos derecho a elegir. Y eso hicimos, sin atender a ningún motivo racional nos juntamos con otros niños con los que hablábamos el mismo lenguaje, y no me refiero al idioma. ¿Qué nos llevó a Andrés, a Toni, a Jandro y a mí a volvernos inseparables en el primer curso que entonces denominaban como parvulario? Puede que fuera porque se nos iban los ojos detrás de la pelota, o porque nos resistíamos a beber las bolsas de leche que daban en el recreo y cuya lucha sólo tenía una ganadora, la monja amenazando con hacernos ingerir hasta la que se cayera al suelo, o porque los cuatro tuviéramos muy poca habilidad en las grecas para no salirnos con el lápiz de las líneas, o porque en la siesta de obligado cumplimiento en el aula fingiéramos dormir más de la cuenta para que la religiosa no nos hiciera trabajar con los que se iban despertando. Hubo algo dentro de lo cotidiano que nos puso en el camino a los cuatro y no a otros.

Pasaron los cursos y la convivencia diaria se volvió aventura. Nos gustaba ir a clase, relacionarnos con los compañeros, el patio, la gimnasia, las fiestas del colegio, las tardes de cine y deportes los fines de semana, las vacaciones, retar a los profesores sin pisar la línea que separaba la broma de la falta de respeto, el camino de ida al colegio, el de vuelta y lo que pudiera suceder durante, los retos en los que demostrar nuestra supuesta hombría, que era más una aspiración que una realidad, perdernos por los pasillos de las zonas que estaba prohibidas y colarnos en las habitaciones de las religiosas... Y no nos gustaban tres cosas: madrugar, los deberes

y los exámenes, que en la balanza no eran más que meros obstáculos que aceptábamos resignados porque no teníamos opción a huir de ellos.

Al sonar el último timbre, a las 14:30, nadie se levantó de golpe, como hubiéramos hecho cualquier día. Nos quedamos quietos, mirando al resto para ver quién era el primero en ponerse en pie y decir que hasta ahí habíamos llegado, que no volveríamos a estar los treinta compañeros juntos en la misma aula nunca más. No significaba no volver a verse, coincidiríamos en la ciudad y con algunos seguiríamos quedando fuera de aquellas paredes que fueron casa también. Experimentamos la sensación de que las cosas buenas sucedían más rápido de lo que nos gustaría.

Las chicas organizaron una cena de despedida —las ideas buenas salían de ellas— y nos exigieron que nos vistiéramos con traje y corbata —y las malas también—. Protestamos, como era nuestro papel, y accedimos, como también lo era. Iban de gala y no podían permitir que nosotros fuéramos de cualquier manera, que era como habríamos aparecido si no llegan a imponernos la vestimenta. Por fortuna, el traje de mi hermano me quedaba razonablemente bien y no iba arrastrando por el suelo los bajos del pantalón ni cabía otra persona dentro de la americana. Acostumbrados a vernos de cualquier manera en el colegio, la fiesta con las mejores galas que podíamos ofrecer tenía algo de homenaje a Cenicienta. A la mañana siguiente volveríamos a nuestras pintas, pero esa noche las chicas estaban muy guapas, cada una en su estilo, y los chicos podríamos haber pasado por sus perfectos acompañantes en la fiesta de palacio. Toni, Borja, Jandro y yo quedamos para subir juntos al punto de encuentro, por evitar la vergüenza de ir solos por la calle con el traje, y al llegar dimos besos a las chicas, que nos miraban de arriba abajo cerciorándose de que éramos nosotros en nuestra versión elegante. Nos preguntaron que dónde habíamos estado aquellos años y cuando Julia abrazó a Toni, pensé que le confesaría al oído que había sido el del regalo de los bombones y el colgante, pero el traje le dio a mi amigo la cordura para echar el freno y no estropear la celebración llevándose la calabaza mayor antes de la velada.

El menú era cerrado. Nos ofrecieron lo que llamaban unos entremeses compuestos por embutidos que Toni decía que no se comería ni su perro y un filete empanado con patatas. Los camareros nos servían con desgana, quizás las cenas juveniles no eran su especialidad, pero la comida nos daba igual.

La barra libre de cerveza y sangría ayudó a la nostalgia. Estábamos en el final de una etapa y nos dedicamos a mirar atrás, a reírnos de mil anécdotas, caídas, enfados de los profesores, acusaciones de romances secretos que los implicados negaban, excursiones, persecuciones... Alguien quiso calcular las horas que habíamos pasado en el colegio. Si hubiéramos tenido la cifra exacta habríamos sido conscientes de la influencia que tuvo lo que sucedió tras aquellos muros de los que salimos

reconvertidos en una versión más completa de los niños que intentamos en vano no dejar de ser. Fallamos en esa misión y crecimos, pero lo que vino después estuvo bien, las caras y las sonrisas en la cena eran nuestras mejores credenciales al recordar: los ojos no mentían.

Ya en la discoteca, que al ser un miércoles teníamos en exclusiva para nosotros y los de otro colegio, las exaltaciones de la amistad, los «tú vales mucho y nunca te lo he dicho», «qué idiota eras de pequeño», las promesas de que había que verse más en el futuro y otros tópicos propios de las despedidas, regaron el ambiente en proporción al alcohol ingerido. Las corbatas se aflojaron, el maquillaje escapó de su posición original, la pista de baile se convirtió en una fiesta y Laura se acercó a la barra cuando yo esperaba que el camarero me sirviera un ron con limón.

—¿No vas a perdonarme ni el último día? —estaba demasiado guapa como para mirarla a la cara. Apunté hacia las botellas, fue la huida más torpe que se me ocurrió.

—No tengo que perdonarte, no sé por qué dices eso —era verdad, no tenía ningún motivo. Me enteré años después, cuando maduré.

Mi postura se mantenía cubierta del mismo hielo que congeló el verano de 1993. Laura fue más generosa y me dio la última oportunidad de cerrar bien una relación desigual de más de una década de enemistad y un puñado de meses de algo que se pareció al amor. Estar a la altura pasaba por darle un abrazo, decirle que no pasaba nada, que estaba bien así y que deseaba que tuviera éxito en su aventura universitaria. Lo último era verdad, por supuesto que lo era, pero me faltaron agallas para ser sincero y ella se cansó de esperarme.

Las luces de la discoteca se encendieron, la música se apagó, busqué a Laura para pedirle perdón, pero ella ya se había ido, y los últimos restos de elegancia se confundieron con los primeros rayos de junio. Las corbatas en los bolsillos, la americana colgada al hombro, algunas parejas improvisadas saliendo de la mano y la sensación de que si nos íbamos a casa habría acabado una época. Por eso nos fuimos unos cuantos supervivientes a alargar lo inevitable a una churrería, porque una hora más juntos aún creíamos que podría ser una eternidad, y hasta quemarme la lengua con el chocolate caliente y descubrir a Mariana mirándome y riéndose con cara de cansancio, sabiendo que yo no tenía remedio, se convirtió en una fotografía perfecta que no ha perdido nitidez en mi memoria.

23

Para la selectividad teníamos dos opciones: tomarla como un escollo de tres días con un total de seis exámenes, como tantos otros que habíamos hecho, o darle la categoría de semana más importante hasta la fecha, la que marcaría nuestra elección universitaria y por extensión la profesión a la que nos dedicaríamos. Optamos por la primera, si habíamos llegado hasta allí raspando el aprobado no íbamos a quedarnos sin gasolina en la última curva del campeonato. Y por si eso pasaba, Toni —que era al que más le daba igual porque para formación profesional no necesitaba la prueba— se preparó un repertorio de chuletas a las que dedicó más energía que la que habría necesitado para estudiar. Jandro y yo nos bajamos de ese barco, jugábamos aquel partido fuera de casa, no conocíamos a los profesores que iban a vigilar ni tan siquiera el aula. Nos faltaban muchos datos como para que compensara arriesgarnos.

Hasta entonces copiábamos en los exámenes de las formas más diversas: rayando en el bolígrafo BIC las respuestas, con chuletas que nos pegábamos en el reverso del jersey, escribiendo en el pupitre —que ensuciábamos días antes con dibujos para esconder la lección entre ellos—, poniéndonos en la última fila y tirando el cuaderno al suelo, o nuestro método favorito, el cambiazo. Escribíamos temas enteros en hojas limpias y cuando el profesor no miraba sustituíamos los folios, metíamos unos cuantos tachones y pedíamos otra hoja para pasar el contenido a limpio y hablar del Renacimiento, de la Edad de Hielo o del Paleolítico poco menos que como si los hubiéramos vivido en primera persona.

Podríamos justificar que nos provocaba remordimientos sacar algunas asignaturas sorteando la legalidad. No era así, hacerlo nos dejaba más tiempo libre y era lo único que buscábamos. Nos gustaban los atajos que iban en contra de las normas y a las empollonas les daba rabia, lo que no impidió que firmaran un pacto no escrito de que acusarnos supondría quedar señaladas como las chivatas del colegio, y eso no interesaba a nadie. Lo hacíamos en las materias en las que identificábamos una ausencia de peligro evidente y a base de repetirlo perdimos el miedo porque nunca nos pillaron.

—Ya sabéis que está permitido copiar mientras que no os vea —decía el profesor de inglés antes de dictar las preguntas.

Nos reíamos haciéndole la pelota —como si fuera la primera vez que escuchábamos su chascarrillo— y convertíamos sus deseos en órdenes. Quiénes éramos nosotros para contradecirlo.

En las casas, los días previos a la selectividad se masticaba la tensión. Los adultos sabían mejor lo que nos jugábamos y nos presionaban con más o menos sutileza. Preguntas como a qué hora nos levantábamos para estudiar, si después de comer seguiríamos, si habría repaso tras la cena o la extrañeza de que diéramos una vuelta en la calle con el argumento de despejarnos, reinaban en cada hogar de forma similar. En mi casa cundió el pánico cuando el primer día de exámenes —teníamos dos por la mañana y uno por la tarde— usé el rato que me quedaba después de comer para echarme una siesta.

—A este chico le falta tensión, Rafa, te lo he dicho muchas veces. Se confía y se va a dar de bruces —escuché a mi madre al otro lado de la puerta, incrédula de que no estuviera repasando la materia que me tocaba en apenas un rato.

—Déjalo, mujer, eso es que lo tiene controlado —mi padre se puso de mi lado por convencimiento o por ganas de picarla un rato.

—Qué va a tener controlado, si ha sacado en las notas cincos y seises, no pega ni palo y para colmo se pone a dormir. Lo mato. Ya le valdría ser como su hermano.

La comparación fraternal no escapaba a ninguna familia cuando las diferencias entre hermanos eran grandes. Alfonso y yo podríamos haber exigido a nuestros padres un análisis de ADN para que confirmaran el parentesco, cansados de que la gente nos dijera «¿sois hermanos? Pues no os parecéis», a lo que respondíamos que porque el otro era adoptado.

Una semana después quedamos para ir al colegio a buscar las notas. Por el camino Jandro y yo íbamos nerviosos, Toni diciendo chorradas y Borja ni se había presentado, nos acompañó por si pasaba algo divertido. Había aprobado el curso con ayuda de los profesores, que estuvieron a punto de hacerle un homenaje al alumno más longevo del centro.

—Este centro no va a ser lo mismo sin usted, señorito Borja. Los docentes no nos ponemos de acuerdo en lo que respecta al siglo en el que se matriculó en esta institución —sor María, poco dada a la broma, se permitió una licencia al informarle de que no iba a repetir de nuevo y de que su periplo, más duro que el de Jesucristo en el desierto, había concluido.

Cuando llegamos al colegio —ya sí, la última vez— había cola para recibir la notificación del resultado. Más que inquieto por la nota lo estaba porque suspender significaría estudiar en verano. Imaginar los madrugones para ir a la biblioteca a volver a aprenderme lo que ya creía saber, con el agravante de que mis amigos estarían pasándolo bien, me provocaba temblores. Por eso cuando vi en la hoja que tenía de media total un 6'1 no pensé en la universidad sino en la playa,

porque lo urgente era más importante que el futuro. Jandro con un 6'4 y Toni con un 5'1, que le supo tan bien como a un empollón una matrícula de honor, completaron el pleno.

Borja se sumó a la alegría y nos abrazamos en círculo, dando botes y cantando «¡campeones, campeones!» como si hubiéramos ganado el Mundial en el último minuto al equipo de evaluadores de los exámenes.

Teníamos vía libre para disfrutar del que siempre se consideró el mejor verano, el de antes de entrar a la universidad. Aunque tradicionalmente era la época en la que menos nos veíamos, hicimos una excepción y consumimos en equipo el sol, el calor, las horas interminables tirados en la arena con un vaso en una mano y miles de planes en la otra, el mar, las fiestas de los pueblos de alrededor, las verbenas, el salitre y los amores de verano con chicas de otras provincias que, por una vez, a más de uno se nos dieron bien, quizás porque fueron tan breves que no les dimos opción a cansarse.

Y así, los días se fueron acortando y las noches dejaron de acogernos. El mar se enfrió, el paseo marítimo se vació de turistas anhelando vivir en una ciudad costera y nos preguntamos, como cada septiembre, por qué el verano que esperábamos durante nueve meses había sido tan breve.

Jandro hizo las maletas y puso rumbo a Madrid. Su casa dejó de ser nuestra fortaleza y, aunque volví a subir de forma esporádica en las vacaciones de Navidad o de Semana Santa, ya lo hice con el rol de invitado, no con el del descarado que se creía con derecho a entrar y salir cuando quisiera. Toni se marchó a cien kilómetros a estudiar un grado superior de comercio y marketing. Al principio venía los fines de semana y nuestras rutinas parecían intactas, sin embargo, pronto espació las visitas a la ciudad y nuestras quedadas se redujeron a las veces en que sus planes y los míos encontraban puntos en común para seguir viéndonos. Y Borja y yo seguimos en casa, él trabajando por las mañanas y estudiando un módulo de administración y finanzas. Sin Jandro y Toni cerca, nuestra relación no aguantó pasar de grupo a binomio y fuimos enfriándola, pero por breve no dejó de merecer ser considerada como amistad y décadas después fue la que recuperé por un conjunto de casualidades.

Sucedió lo que tantas veces me habían avisado: los amigos de la universidad sustituyeron a los del colegio por culpa de la distancia, o eso era lo que preferíamos creer. Podríamos haber complementado ambas amistades si hubiéramos puesto de nuestra parte, sin embargo, las experiencias de aquella nueva etapa, añadidas a una extraña sensación de libertad donde las explicaciones cada vez eran menos necesarias, nos dieron la falsa sensación de estar empezando de cero. Se trataba de un sentimiento que no hacía justicia a lo que en verdad éramos: una suma de las vivencias que habíamos tejido en los primeros dieciocho años por este mundo. Allí

estuvieron Toni, Jandro, Andrés y Borja, mis cuatro amigos, los que nunca me fallaron y con los que no cabía ningún reproche por haber elegido el camino que más desunía. Con ellos disfruté de miles de horas de diversión, de dudas, incertidumbre, conversaciones absurdas, travesuras, calabazas y aventuras que construimos a base de ocurrencias que no tenían más sentido que el que quisimos darle. Es un tesoro enterrado a buen recaudo, imposible de robar y convertido en el mejor escudo contra el tiempo que se niega a dar un respiro.

Epílogo

Suena mi teléfono móvil y aparece en la pantalla una notificación en WhatsApp.

«El número +34775445034 le ha añadido al grupo Promoción 1995»

No tengo ese contacto en mi agenda, toco en su perfil, pone que se llama Mariana. Veo la foto y pienso que hay personas que apretaron un botón para quedarse en la edad que quisieron.

No voy a ser antipático y no intervenir.

«Hola a todos. Soy Santiago Castellanos. Qué alegría volver a saber de vosotros»

Una riada de mensajes de números que no tengo registrados me da la bienvenida. Doy por sentado que ellos ya se han presentado anteriormente. El proceso natural me lleva a cotillear la lista de miembros del grupo, a pinchar en las fotos de perfil y ver quiénes son. Algunos los identifico enseguida por la imagen y en otros, que aparezca el nombre, me da la pista definitiva. Carlines, Mariana, Toni, Laura, Mamen, Jandro, Piluca, Julia, Pablo, Olga… hasta Miguel, el chico con el que nadie se relacionaba, está ahí y me contesta amable.

El grupo se ha creado para conmemorar los veinticinco años de nuestra salida del colegio. Dudo si incluir a Andrés, tengo su número y, si el objetivo es un reencuentro presencial lo más completo posible, no puede faltar. Lo añado y enseguida escribe.

«Buenas, soy Andrés Merino. No sé si os acordáis de mí, me fui antes del colegio y perdí el contacto, pero estoy encantado de volver a saber de vosotros. Contad conmigo para lo que sea.»

Enseguida recibe la aprobación del resto. Claro que se acuerdan, aseguran. Le preguntan si sigue en el extranjero y responde que es sevillano de adopción y médico. Propone que cada participante cuente dónde está, a qué se dedica… La variedad de escenarios es muy amplia y hay quienes mantienen la amistad intacta, no todos han pasado por el rodillo de la dejadez. Nos repartimos entre la ciudad en la que nacimos, la que estudiamos, las de los alrededores, el extranjero, trabajos relacionados con los estudios universitarios, funcionarios, camareros, un conductor de autobús, varios profesores, dos periodistas, tres policías nacionales, un político…

Todos procedemos de un lugar común. Fuimos educados en el aula bajo la misma premisa y después la personalidad, las decisiones acertadas y fallidas, la familia, la capacidad para coger al vuelo las oportunidades y otros factores, nos han convertido en personas diferentes unidas bajo el mismo nexo: el colegio en el que nuestros padres decidieron que estudiáramos.

En un ataque de nostalgia arrecian las anécdotas, las de la infancia y las de la adolescencia, como si se trataran de dos libros diferentes. Salen a colación sor María — preguntan si sigue viva—, el profesor de inglés con sus chascarrillos perennes,

dudas sobre cuántos docentes seguirán allí ejerciendo… Carlines comparte un audio de cinco minutos que escucho al doble de velocidad y que podría haber durado treinta segundos. Algunos le contestan con un «Jajaja». Curioso, su voz me suena familiar a pesar del tiempo. Pide, bromista, que el que regaló los bombones y el colgante a su novia confiese porque el delito ha prescrito. Julia, la receptora del regalo misterioso, recoge el guante y recuerda que en el fondo le hizo ilusión y que tiene sus teorías sobre quién pudo ser, pero publica un emoji de cara amarilla con una cremallera en la boca y dice que se llevará sus sospechas a la tumba. Me quedo con ganas de mencionar a Toni y poner otro emoji de la cara mirando hacia arriba con gesto de circunstancias. Cuántas cosas habríamos hecho hace un cuarto de siglo que ahora ni se nos pasarían por la cabeza y cuántas dejamos de hacer por miedo.

Se abre la veda de compartir fotos. Las del viaje a Roma, en las fiestas del colegio, los disfraces, las del último día de clase, la orla en la que parecemos exconvictos pidiendo otra oportunidad, las *gymkanas* cuando el verano asomaba tímido y nos llevaban a la playa en horario escolar… Nunca las había visto, me gustaría tenerlas en mi álbum y propongo a los que las comparten que las escaneen en buena calidad.

Jandro envía una en la que salimos los cuatro amigos. No sabemos decir quién nos la hizo. Estamos en el parque de la iglesia y parece que nos hayamos colocado para interpretar cada uno el papel que interpretamos en nuestra amistad: Toni da patadas a la pelota con la atenta mirada de un anciano detrás, Andrés quejándose —si la imagen tuviera voz le estaría pidiendo que parara hasta que entraran en misa—, Jandro está sentado en el banco comiendo pipas observando la escena y yo me río de algo señalando con el dedo fuera de plano; me gustaría saber adónde apuntaba. No puedo ponerle fecha porque días como aquel hubo muchos, pero debe ser 1990 o 1991.

Hay algo que prevalece en nuestras caras aniñadas atrapadas en las fotos: estamos siempre riéndonos o haciendo tonterías. Quizás es lo primero que perdimos al llegar al mundo adulto, la capacidad para restarle importancia a lo importante. Ese mundo al que algunos se afanaron en llegar deprisa y otros bordearon el trayecto para tardar más, sabedores de que era una trampa de la que ya no se podría escapar; una batalla desigual de un puñado de años primerizos contra toda una vida restante.

La efusividad de los primeros días en el grupo de WhatsApp da paso a un silencio parecido al que impusimos a partir de 1995, cuando nos tocó volar del colegio. Quienes siguen siendo amigos supongo que hablaran por otros canales, y los que no, nos quedamos sin relatos que contar o no queremos estirarlos demasiado para no parecer pesados.

Mariana, que es la líder del reencuentro, nos informa de la fecha, el sábado catorce de marzo de 2020, y del restaurante. Primero habrá una visita al colegio y a continuación cena y copas. Aunque llegan las primeras excusas, son muchos más quienes aseguran que vendrán. Allí nos veremos, nos juntaremos y nos compararemos. Serán inevitables algunos comentarios sin maldad a los calvos, a los kilos de más, a los que mantienen el mismo aspecto y a quienes no identificaríamos ni en una rueda de reconocimiento. Una competición invisible en la que nadie quedará colista.

Se acerca el día y las noticias que llegan del mundo nos alejan cada vez más de la cita con el pasado. Nadie se atreve a ser el primero en dar el paso para no parecer catastrófico, pero la semana de antes Mariana agarra el volante y propone que lo mejor es cancelarlo hasta que las cosas estén mejor. El alivio impregna el grupo de WhatsApp y la apoyan, seguros de que en unas semanas el virus se habrá desvanecido y nos veremos.

Tirado en el sofá de noche, después de media hora buscando sin éxito una serie que ver en alguna plataforma, me propongo hacer limpieza de grupos de WhatsApp. Mi mujer me dice que para qué si no me quitan casi espacio en el teléfono. Soy maniático en lo que respecta a mantener mensajes y fotos que ya no voy a utilizar. Voy bajando con el dedo y abandono grupos de barbacoas, de regalos a bebés que acaban de nacer, de comidas de Navidad, findes en la montaña, el equipo de fútbol, corona de flores para el padre de Jorge, entradas para conciertos… Entre todos ellos pasa desapercibido *Promoción 1995*, que lleva más de dos años y medio agonizando. El último mensaje es de Mamen para pedirnos que nos cuidáramos ante la pandemia que ya era una realidad, está fechado a dieciséis de marzo de 2020. Después… nada.

Cuando la vida volvió a ser vida dos años después, aunque fuera con un parte de bajas inasumible que asumía como certero que cualquier tiempo pasado sería irremediablemente mejor, nadie tomó la iniciativa para reactivar el encuentro pendiente. El momento pasó y la asistencia al segundo intento de vernos habría sido pobre. Era hora de plantarse y dejar todo en su sitio, en los años ochenta y noventa, cuando no éramos unos extraños. La convivencia en el aula nos convirtió en una segunda familia, dando por hecha la suerte que nos rodeaba al tener siempre un compañero al lado que tendiera una mano desprovista de cualquier interés oculto. Hacíamos todo sin una razón, no dábamos ningún valor al beneficio propio salvo en los exámenes, donde no nos quedaba otra que enfrentarnos al monstruo individualmente. El triunfo colectivo se celebraba mejor, juntos nos volvimos invencibles sin saberlo, como esos superhéroes que, aunque lo tengan delante, no son conscientes de su verdadero poder.

Al echar la vista atrás creo estar convencido de que habría hecho todo igual, no cambiaría nada porque no sabría qué modificar. Así estuvo bien. Elegí los amigos y acerté, escogieron por mí el colegio y acertaron, caí en una familia con mis mismos apellidos y fue la mejor. Encarar lo que estaba por venir con ese bagaje a la espalda era más sencillo; el verdadero mérito fue de todos ellos por haber estado ahí cuando más falta me hicieron.